

Sarah Moore Fitzgerald

una TARTA de  
MANZANA LLENA  
de ESPERANZA



*Siempre queda una miga...*



MAEVA  young

# SARAH MOORE FITZGERALD

*Una tarta de manzana llena de esperanza*

*Maeva*

# Sinopsis

*Siempre queda una miga...*

*Oscar Dunleavy, un chico con un brillo especial, bondadoso, generoso, inteligente y sobre todo optimista, tiene un secreto. Sabe preparar unas tartas de manzana «casi mágicas». Todos aquellos que las prueban se contagian inmediatamente de una gran alegría y felicidad. Pero un día Oscar desaparece, y todo el mundo asume que ha fallecido. Solo Meg, su mejor amiga, y Stevie, el hermano pequeño de Oscar, se niegan a aceptarlo. Juntos empiezan a investigar, decididos a descubrir qué le ha podido suceder, y en esta búsqueda épica, los tres chicos aprenderán una valiosa lección.*

Autor: Fitzgerald, Sarah Moore

©2014, Maeva

ISBN: 9788415893844

Generado con: QualityEbook v0.75

# Una tarta de manzana llena de esperanza

**Sarah Moore Fitzgerald**

## Índice

Cubierta

Portadilla

EL PRIMER TROZO

EL SEGUNDO TROZO

EL TERCER TROZO

EL CUARTO TROZO

EL QUINTO TROZO

EL SEXTO TROZO

EL SÉPTIMO TROZO

EL OCTAVO TROZO

EL NOVENO TROZO

EL DÉCIMO TROZO

EL UNDÉCIMO TROZO

EL DECIMOSEGUNDO TROZO

EL DECIMOTERCER TROZO

EL DECIMOCUARTO TROZO

EL DECIMOQUINTO TROZO

EL DECIMOSEXTO TROZO  
EL DECIMOSÉPTIMO TROZO  
EL DECIMOCTAVO TROZO  
EL DECIMONOVENO TROZO  
EL ÚLTIMO TROZO  
Agradecimientos  
Créditos

*Para Ger*

## **EL PRIMER TROZO**



Tenían preparada una ambulancia a la puerta de la iglesia por si alguien se desmayaba. Hombres con brazaletes verdes dirigían el tráfico. Alguien había escrito COMPLETO con letras rojas en un cartel que colgaron a la entrada del aparcamiento. Los vecinos abrieron las verjas de sus jardines.

Dentro habían pegado unas grandes tiras de papel en los respaldos de las primeras cuatro filas de bancos en los cuales otro cartel decía RESERVADOS PARA 3R, porque solo los alumnos de esa clase podían sentarse allí.

Todos parecían confusos. Era el Día de Oración por Oscar Dunleavy, que había desaparecido, presumiblemente estaba muerto, y nadie se hace nunca a la idea de una cosa así.

El padre Frank se había convertido en el centro absoluto de atención. Dijo que los compañeros de Oscar iban a necesitar tranquilidad, protección y respeto a causa de «las cosas lamentables, antinaturales e increíbles» que uno experimenta cuando presiente que no va a volver a ver a un compañero de clase.

También íbamos a necesitar mantas, porque la calefacción de la iglesia se había estropeado justo cuando el tiempo de febrero había vuelto a cambiar para peor.

Oí al padre Frank cuando hablaba con los padres y les decía que nos esperaban «unos momentos muy difíciles» al ver el pupitre vacío de Oscar y pasó junto a su taquilla, pintada con un grafiti y que seguía cerrada con un candado que nadie había tenido el valor de forzar. El padre Frank estaba en su salsa ante la oportunidad de centrar su atención en algo distinto de sus tareas habituales, que por lo general se limitaban a pasearse por el colegio y mandarnos que recogiéramos nuestros desperdicios o tiráramos el chicle.

Ahora estaba consolando a gente triste y traumatizada, y utilizaba un lenguaje de dolor y consuelo que por lo visto dominaba a la perfección.

Explicó que aunque pareciera que todos estábamos bien, íbamos a tener que enfrentarnos a momentos de confusión cuando la pérdida de Oscar se materializara como un ataque contra nuestras mentes jóvenes e impresionables, no solo durante aquellas semanas tristes y vacías, sino a lo largo de muchos años.

Todos fuimos entrando en fila. Caras pálidas. Narices enrojecidas. La clase entera se fundió en una única mancha silenciosa, un borrón azul de uniformes que palpitaba como un fantasma gigante.

Cada vez que miraba a la multitud, veía algo que habría querido no ver: el rostro estremecido de un hombre adulto, una mujer que rebuscaba un pañuelo en el bolso, lágrimas que goteaban de la barbilla de alguno de los asistentes. Se oían intercambios de saludos en voz baja y toses que sonaban artificiales.

Y entonces apareció el padre de Oscar, empujando la silla de ruedas de Stevie; parecían dos eslabones rotos de una cadena. Durante un segundo, el grito de un bebé rasgó el silencio, como una explosión de sonido feliz y casual, puro y nítido en medio de aquella angustia. Había flores, montañas y montañas de flores, todas azules y amarillas.

—Acianos, ranúnculos —dijo el padre Frank en algún momento de su discurso interminable—. Acianos por el color de sus ojos, ranúnculos por su alma radiante.

En serio, esas fueron sus palabras.

Una fragancia de hierbas aromáticas y almizcle flotaba en el aire. Dio la

impresión de que se levantaba polvo de todos los rincones de la iglesia como una especie de bruma sobrenatural. Y mientras duró aquella ceremonia que nadie deseaba, todos hicimos lo posible por no mirar a los ojos a nuestros compañeros.



Casi empezaba a creer que el discurso del padre Frank no iba a acabar nunca, cuando su voz se volvió más grave, más lenta y más solemne para señalar el final de una parte y el comienzo de otra.

—Ejem —carraspeó—. Ahora vamos a pedir a la mejor amiga de Oscar que salga a leer. Es la persona que ha estado más cerca de él. Va a decir unas palabras para recordar a su amigo en nombre de todos los que lo conocimos y lo quisimos tanto.

No pude evitar acalorarme con esa sensación de bochorno que uno siente cuando no se ha preparado para algo importante. Nadie me había dicho que tuviera que leer. No estaba de humor para ponerme en pie delante de toda aquella gente ni para decir nada. Pero respiré hondo un par de veces y me dije que tenía que mantener el tipo por Oscar. Estaba segura de que las palabras que tendría que leer me esperaban en el atril, junto al padre Frank. Alguien tendría que haberme avisado con antelación, seguramente se trataba de un error porque nadie me había dicho nada, pero pensé que era comprensible, dadas las tristes circunstancias.

Pero nadie se acercó para decirme lo que tenía que hacer, y lo único que veía eran las coronillas de todos los asistentes. Me puse en pie mientras se hacía un silencio sepulcral en el interior de la iglesia y la gente se movía inquieta en los bancos. Me dio la impresión de que la multitud se estremecía ante mis ojos.

Y entonces se levantó. Con el pelo dorado y brillante, surgió de su asiento como un ángel y se dirigió hacia el altar con tanta elegancia que parecía que flotaba en el aire. Al verla, me quedé paralizada, como pegada al suelo. La chica angelical se acercó al micrófono.

—¿Quién es esa? —le pregunté a mi madre; ella tampoco lo sabía. Me incliné hacia Andy Fewer, que estaba sentado en el banco de delante, para

repetirle la pregunta—. ¿Quién es esa?

Pero cuando la chica comenzó a hablar reconocí su silueta y me di cuenta de quién era.

—La muerte no es nada...

Su voz era como chocolate fundido y se derramó entre nosotros como si alguien estuviera tocando música.

—Un breve momento y todo volverá a ser como antes.

Andy se volvió hacia mí con expresión de perplejidad.

—Es Paloma —respondió en un tono como si le hubiera preguntado en qué planeta vivíamos—. Paloma Killealy.

—Sí, claro —pensé—. No podía ser otra.

Cuando terminó de leer, nombró una canción y dijo que era la favorita de Oscar, como si lo hubiera sido siempre, y como si cada vez que la escuchara se acordara de él.

—Va por ti, Osc —dijo, y se puso a cantar una canción que no reconocí.

¿Osc? ¿Desde cuándo? Nadie lo llamaba así.



Cuando una persona joven sufre una desgracia, y cuando la gente se reúne en la iglesia para rezar por esa persona, se produce una especie de vibración extraña, algo similar a un murmullo o un zumbido. Todo se estremece, me imagino que del mismo modo que ocurre en los primeros momentos de un terremoto, como si hasta la tierra estuviera sobrecogida y horrorizada por tan tremenda injusticia.

«Todavía le quedaba mucho por vivir» era la frase facilona e inútil que todo el mundo repetía una y otra vez, aunque nada de lo que la gente dijese fuera a cambiar las cosas, al menos de momento. Era demasiado tarde, decían. Porque Oscar había tomado una decisión, y por ello los demás íbamos a sufrir el resto de nuestras vidas. Se había ido. Y en aquel momento todo el mundo más o menos había asumido que nunca iba a volver.



Febrero era el mes favorito de Oscar.



Yo le había dicho que debía de ser la única persona del mundo que tenía un mes favorito, pero él lo tenía muy claro. Me explicó que cuando se deja de ser niño, la Navidad solo es una terrible desilusión. Y enero nunca ha sido más que un mes oscuro y pesado lleno de deberes y comidas aburridas. Pero luego, justo en el momento en que el mundo parece estar sumido en su momento más sombrío, aparece febrero y te da unos golpecitos amistosos en el hombro como si fuera tu mejor amigo y llevarais mucho tiempo sin veros.

Además, ese febrero en particular había traído una nueva señal que nos permitía planear cosas que nunca habíamos hecho: cosas distintas, cosas emocionantes, cosas de adolescentes. Ya no éramos niños pequeños y ese febrero llegaba lleno de cientos de nuevas posibilidades.

Pero ahora las posibilidades que Oscar hubiese podido disfrutar se habían reducido radicalmente. A cero.



En el exterior, el ambiente de los escalones de entrada a la iglesia era serio y silencioso, pero se oía un leve murmullo que parecía ir en aumento, como un monstruo distante y gigantesco que fuese avanzando a cada segundo.

Un grupo de padres se había agrupado en torno al padre Frank; el sol brillaba como una broma macabra y hacía que todo pareciera más hermoso de lo que se merecía. Allí estaba Andy, y también Greg, y el padre Frank preguntó:

—Por Dios bendito, chicos, ¿por qué? ¿Por qué una persona a la que quedaba tanto por vivir habrá... terminado como parece que ha terminado?

—Pues verás, padre, puede ser por una serie de razones —dijo Andy, serio y decidido, como si fuese un experto en la materia—. Personalmente, creo que es casi un milagro que alguno de nosotros pueda sobrevivir.

—¿A qué te refieres? —preguntó el sacerdote.

—Me refiero —continuó Andy— a que cuando uno se hace mayor llega un momento en que prácticamente parece que el mundo no tiene sentido; en que de pronto se siente todo el peso de lo terrible que es la realidad, como algo llovido del cielo que te cae encima.

—¿Algo llovido del cielo? ¿Como qué? —preguntó el padre Frank en un

evidente esfuerzo por entender.

—Algo grande, como un piano, por ejemplo, o una nevera. Y cuando eso ocurre, no hay manera de dar marcha atrás hacia algún momento en que todavía no te había caído encima.

—Pero ¿y las satisfacciones de la vida, y las alegrías, los planes, como el deporte, la música, las chicas y cosas así? —El padre Frank parecía estar suplicando.

—Ficción —suspiró Andy—. Espejismos en el desierto de la vida, para que a la gente le parezca que vale la pena.

—Ah —repuso el padre Frank—. Ah, entiendo; ¿y todos los jóvenes sentís lo mismo?

—Sí, creo que sí —respondió Andy sin molestarse en pedirle opinión a nadie—, pero la mayoría aprendemos a convivir con ello.

—Bueno, pues es un alivio, supongo.



Tardé muchísimo en encontrar a Stevie, que estaba sentado en su silla de ruedas junto a la puerta de la iglesia. Cerca de él se encontraba su padre, entregado de lleno a la solemne y repetitiva tarea de estrechar cientos de manos.

—¡Oh, Stevie! —Me incliné para abrazarlo, cerré los ojos y las lágrimas que había intentado contener brotaron como un torrente.

—No pasa nada, Meg —susurró, aunque evidentemente sí pasaba algo. Pero experimenté una sensación parecida al alivio cuando por fin pude mirarlo a la cara en condiciones—. ¿Cuándo volvisteis?

Le dije que habíamos vuelto lo más rápido posible, en cuanto nos enteramos de la noticia. Se me ocurrió que la sensación de que todo era tan inestable se debía en parte a que aún me encontraba bajo los efectos del *jet-lag*. No era capaz de ver con nitidez.

A pesar de estar inmerso en aquella niebla de balbuceos de dolor, había una alegría en Stevie y un brillo en sus ojos que me transmitieron cierto ánimo y me hicieron sentir que había alguna razón para sentirse animosa, o esperanzada, o incluso ligeramente optimista.

—¿Qué pasó, Stevie? ¿Qué demonios pasó? ¿Y por qué todo el mundo se comporta así? ¿Y esta misa? ¿Por qué una misa? Quiero decir, se supone que no se debe celebrar hasta que está totalmente confirmado que la persona por quien se celebra ha muerto. No se hace una misa a menos que existan pruebas. O sea, que en principio no hay ninguna razón por la cual debamos creer que está muerto. ¿O sí?

Stevie me miró y se giró para acercarse un poco más.

—¡Exacto! —susurró—. ¡Eso es lo que he intentado decirle a todo el mundo! Gracias a Dios que has vuelto, Meg, porque, de verdad, eres la primera persona, la primera persona con la que he hablado, aparte de mí mismo, que no lo cree. Sabía que podría contar contigo y estoy encantado de que estés aquí, porque la verdad es que me sentía solo. Para ser sincero, hasta empecé a creer que me había vuelto loco. Todo el mundo va por ahí diciendo que se suicidó. ¿Te lo puedes creer? Eso no tiene sentido, de verdad, no lo tiene.

—Stevie, tienes que contarme todo lo que sepas. Cada pequeño detalle de lo que ocurrió antes de que desapareciera.

—Haré todo lo posible, Meg. Lo he repasado una y otra vez. Pero ahora no tenemos tiempo para hablar. —Stevie frunció el ceño y echó una mirada a su alrededor; su voz sonaba mucho más madura y sensata que la de cualquier niño de su edad—. ¿Por qué no bajamos luego al embarcadero? Nos vemos allí. Espera más o menos hasta medianoche, ¿de acuerdo?

—¿Y cómo vas a poder llegar tú solo a esas horas de la noche, Stevie?

—Sin problema —dijo en un tono nada afligido que ayudó a avivar mis esperanzas—. Desde que te fuiste han pasado un montón de cosas. ¡Ahora soy casi autosuficiente!

En su cara se dibujó una sonrisa tan amplia que comenzó a atraer una atención no deseada, así que cambió de expresión, puso un gesto más serio y, con la confianza furtiva de un espía, me pidió que me mezclase entre la gente, que no dijese nada y que me reuniese con él más tarde como habíamos quedado.

El gentío se arremolinó. Hubo abrazos y mucho más llanto. Desde la distancia, vislumbraba cada poco el destello del pelo dorado de Paloma Killealy, y entre la multitud que seguía hablando con susurros me pareció oír

por todas partes su nombre pronunciado en voz baja y de boca en boca como si fuera un poema. Paloma Killealy, Paloma Killealy. Paloma, Paloma Killealy.

## EL SEGUNDO TROZO



No me maté. Sigo vivo. No estoy muerto. Es cierto, me siento fatal por todo lo ocurrido: por desaparecer sin decir adónde iba, porque todo el mundo dio por hecho que había muerto y por dejar que lo sigan creyendo.

Las cosas me habían sobrepasado. Fue una avalancha de acontecimientos lo que me llevó a subirme en la bici y pedalear lo más rápido que había pedaleado nunca, lanzarme hacia el borde del mar y dejarme caer en sus aguas negras.



Recuerdo que después no paraba de repetirle a Barney lo completamente idiota que había sido, lo despreciable que me había vuelto y lo mucho que me odiaba.

Él no paraba de repetirme que sabía cómo me sentía y que hay personas que cuando dicen que quieren ayudarte lo dicen en serio. Y estaba más o menos seguro de que me decía la verdad.

La verdad es una cosa muy importante a la que aferrarse cuando te han sacado del mar después de querer morir ahogado. Pude haber dejado que me llevasen las aguas. Ahora podría estar muerto; resulta curioso pensarlo. Cuando digo curioso, lo que en realidad quiero decir es extraño, inquietante.

Si oyes el aullido agudo de una sirena en tu interior, te invade enseguida la sensación de que nada te importa, y te vuelves peligrosamente autodestructivo. Antes siempre me sentía lleno de energía y felicidad, pero esos sentimientos

habían desaparecido. Mis ideas alegres e infantiles habían desaparecido. Una montaña entera de pensamientos nuevos comenzó a crecer en mi interior como una maraña de malas hierbas y estaba empezando a matarme. Por eso tomé la decisión de bajar al embarcadero en bici en plena noche y lanzarme al mar.

Los proyectos que tenía se vinieron abajo, y cuando se hacía de noche los veía como si fueran los hierros retorcidos de un coche que ha chocado y del que no queda nada; nada que no esté destruido y doblado, nada que tenga sentido.

No logré matarme. Cuando me di cuenta de que ni siquiera eso era capaz de hacerlo bien, me incliné por la segunda mejor opción. Decidí mantenerme escondido y dejar que creyeran que había muerto. Durante algún tiempo, sin embargo, una parte de mí quería que alguien me encontrara.

Fue un poco doloroso que nadie pareciera poner demasiado empeño en dar conmigo. En un espacio de tiempo inquietantemente breve, dio la impresión de que todo el mundo se conformaba con asumir que había desaparecido — después de una búsqueda que solo puede calificarse de poco entusiasta— y volver a su rutina diaria cuanto antes. Un par de policías fueron a casa de Barney, pero en cuanto les dijo que se marcharan y dejaran de molestarlo, se fueron.

No se debería dar a nadie por perdido cuando desaparece. No se debe decir «Qué tremenda desgracia, pero bueno, así es la vida».

Además, la desaparición de una persona es precisamente el motor para que todo el mundo salga a buscarlo, y para que se siga buscando sin parar hasta que las uñas estén llenas de tierra y el alma llena de tristeza después de todas las rocas que han levantado para ver si el desaparecido estaba debajo de alguna. Si queréis saber mi opinión, os diré que conformarse y aceptar la desaparición de una persona es algo muy parecido a un delito. Y un insulto a su memoria.

Pero aprendí mucho. Con el transcurso de los días, aprendí que seguir oculto también tenía cierto sentido. Aprendí que no hay demasiada diferencia entre fingir haber muerto y estar muerto de verdad. Por lo visto, las dos cosas vienen a ser lo mismo.

Aprendí que si desaparece alguien conocido no debes sacar conclusiones precipitadas automáticamente. Hay que hacer preguntas y buscar y remover

cielo y tierra hasta estaba totalmente seguro. No lo des por perdido hasta que hayas agotado todas las vías. Mantén la esperanza en tu corazón.

## EL TERCER TROZO



Según la policía, Oscar había sacado su bicicleta de montaña del garaje y se había ido directamente por la carretera hacia el puente de Hallow, cuyas luces parecen estar siempre haciendo guiños. La gente decía que debía de haberse lanzado cuesta abajo y sin frenos para luego dejarse caer al mar.

¿Existe alguna evidencia de que lo hiciera? ¿Dónde están las pruebas?, nos preguntamos Stevie y yo cuando nos reunimos a medianoche después de la misa por Oscar, como habíamos planeado.

—La bicicleta —dijo Stevie—, encontraron la bici. Uno de los buzos la sacó del agua, toda retorcida y chorreando. Alguien la apoyó ahí, sobre el último bolardo de piedra, y ahí se quedó varios días.

Stevie condujo su silla hacia el bolardo y lo rodeó con lentitud.

—Nadie quería tocarla ni moverla. Era como una maldición que los tenía aterrorizados. La gente ni siquiera la miraba. Estaba claro que intentaban apartar la vista de ella por todos los medios.

Stevie dijo que él sí la había mirado, no le importaba nada hacerlo. Si quieres llegar al fondo de cualquier asunto tienes que examinar las pistas con la mayor atención. Dijo que había bajado a verla un montón de veces hasta que su padre encargó a alguien que se la llevara. Dijo que había algo humano en el modo en que estaba apoyada, como si buscara consuelo en la piedra fría.

Mucha más gente había visitado el embarcadero durante los días siguientes a la desaparición de Oscar para dejar flores y bajar la cabeza con resignación, pero sobre todo, decía Stevie, para fisgar y cotillear.

La señora Gilhooly, que vivía un poco más arriba, junto a la carretera —y

era una auténtica reina del melodrama, incluso en las ocasiones más felices—, había sido toda una profesional, según dijo mi padre, a la hora de causar conmoción. Suspiraba mientras se dedicaba a recorrer el embarcadero, a hablar con los buzos y a mantener a la gente al tanto de las últimas novedades.

—¡Qué horror! Cuando el pobre chico se tiró al mar, ese bolardo debía de estar tan frío, duro e insensible como ahora.

Stevie dijo que se había enfadado muchísimo con ella y que le había dicho que no hiciera comentarios sobre lo que no sabía.

—¿Cómo sabe que se tiró al mar? ¿Por qué llega a esa conclusión? Y si mi hermano está tan muerto, ¿dónde está su cuerpo? ¿Dónde? —exigió saber—. ¡Dígamelo, si tan segura está!

Y la cotilla de la señora Gilhooly le preguntó a Stevie dónde estaba su padre, porque no estaba bien que los niños que iban en silla de ruedas anduvieran solos por el escenario de la trágica desaparición de su hermano, en un estado que ella juzgaba vulnerable y fuera de control.

Stevie le dijo que no estaba de luto, para que se enterara. Estaba mirando y buscando y pensando mucho..., y más cosas importantes que nadie estaba haciendo como era debido. Y le informó de que le dejaban hacer lo que quisiera, y que lo que hacía o adónde iba —solo o acompañado— no le incumbía a nadie, y a ella menos que a nadie.

Me puso de mal humor pensar que aquella cotilla había hecho enfadar a Stevie.

Pero yo también tenía que hacerle algunas preguntas delicadas, aunque fueran difíciles de decir en voz alta.

—Stevie, ¿crees que podía ser infeliz? ¿Piensas que pudo ocurrir algo que le hizo desear..., ya sabes, hacer algo así?

—Hombre, todo el mundo se siente un poco triste alguna vez. Pero eso no los convierte en suicidas.

—Sí, ya lo sé, pero quizá...

—Meg —dijo al tiempo que alzaba la mano a modo de pequeño escudo—, necesito poder seguir contando contigo para mantener la fe. Tienes que creer que está vivo. Si dejamos de creerlo, nadie seguirá buscándolo, y esté donde esté ahora mismo, necesita a alguien a su lado. ¿No te das cuenta? Está claro que solo ha querido esconderse en algún sitio durante cierto tiempo. Sé que

volverá. Nuestra misión es averiguar dónde está ese sitio, y hacer lo que sea necesario para ayudarlo a volver. No es momento de dudar, Meg. Es muy importante. De hecho, es lo más importante que tendremos que creer en toda nuestra vida.

Le dije que era cierto, pero supe que había percibido mis dudas.

El pesimismo es un sentimiento contagioso, y estaba bastante extendido. Una parte de mí casi había empezado a imaginar a Oscar haciendo lo que todo el mundo decía que había hecho, y no sé exactamente por qué, pero hasta había comenzado a oír una especie de ruido de chapoteo antes de quedarme dormida, y había empezado a soñar que veía el cuerpo de Oscar flotando en alguna parte mientras el agua batía, lenta y salada, contra su cuerpo pálido y descalzo.



Cientos de personas participaron en la búsqueda. Stevie me contó que él y su padre estaban en el muelle cuando uno de los buzos encontró los zapatos de Oscar. El buzo se los había dado a su padre, y este los había metido en la mochila con mucho cuidado, y podía verse cómo se extendían las manchas de humedad por la tela mientras se acercaba al coche. Stevie dijo que era como si aquella mochila se hubiera convertido de pronto en el mapa de un continente desconocido lleno de países oscuros, enormes e irregulares.

Stevie seguía afirmando que nadie estaba poniendo el interés suficiente, pero por lo que yo observaba, mucha gente hacía todo lo que estaba en sus manos. Durante mucho tiempo, equipos enteros de hombres vestidos con trajes de neopreno y calzados con aletas inspeccionaron los alrededores del embarcadero mientras daban zancadas largas y exageradas antes de volver a sumergirse para buscar más pruebas o de subirse a unos botes naranjas y poner proa hacia aguas más profundas.

Al principio nadie llamaba a todo aquello búsqueda del cuerpo de Oscar, pero poco a poco todos fueron asumiendo que de eso se trataba. Se sumergían una y otra vez a lo largo de la costa rocosa.

Y después, cuando las esperanzas de encontrarlo fueron desvaneciéndose, su padre siguió recorriendo las partes más escarpadas de la costa



prácticamente sin despegar los prismáticos de sus ojos.

No era lógico, eso era lo que decía mucha gente, pero seguramente su padre aún tenía fe, como Stevie, como intentaba tenerla yo; si no, ¿qué hacía ahí sin dejar de buscar independientemente del tiempo que hiciera?

—Hola, Meggy —me saludaba cada vez que nos cruzábamos, y sonreía. Pero no era una sonrisa de verdad. Más bien parecía que alguna fuerza extraña le estuviese estirando la cara.

—Hola, señor Dunleavy —contestaba yo, y él me decía que lo llamara Bill—. ¿Cómo está Stevie? —Era una de esas preguntas que se hacen por decir algo. Ya sabía de sobra cómo estaba Stevie.

En casa de los Dunleavy, la habitación de Stevie se encontraba en la planta baja, por la silla de ruedas. Si yo siguiera viviendo en mi casa, habría podido hablar con él desde la sala, igual que hacía con Oscar desde mi cuarto, en el piso de arriba. Pero ya no era mi casa. Ahora eran las Killealy —Paloma y su madre— las que vivían allí. Solía acercarme en bici y quedarme un rato frente a la ventana, justo al lado del cerezo apretujado en el espacio que en otro tiempo había sido de Oscar y mío.

A veces Stevie y yo alzábamos la vista y veíamos la luz de Paloma encendida, pero no hacíamos ningún comentario. No me importaba que me tomara por una especie de cotilla. Ni siquiera quería pensar en ella, aunque la sentía muy cercana todo el tiempo.

—¿Qué tal Stevie? —le pregunté a Bill Dunleavy en el muelle.

—Stevie está bien, Meggy, gracias —contestó—. A decir verdad, está mucho más animado de lo que cabría esperar. Lo que me parte el corazón es que no hace más que decir que Oscar está perfectamente en un sitio seguro y que todo le va muy bien. En serio, Meg, casi resultaría gracioso si no fuera todo tan terrible y tan triste.

Rio con una risa extraña, se pasó el envés de la mano por los ojos y sorbió por la nariz.

—Intento hacerlo lo mejor posible, Meg. Intento centrar mi atención en Stevie porque tenemos que volcar nuestra energía en los vivos; no para de decírmelo todo el mundo. Pero en realidad, es Stevie el que dedica la mayor parte de su tiempo a animarme. «Estoy bien, papá», dice, «de verdad que estoy bien. No tienes de qué preocuparte».

Fue como si el padre de Oscar se hubiera olvidado de que estaba hablando con otra persona, y se puso a balbucear palabras que fui incapaz de oír. Sus hombros firmes se hundieron y sus prismáticos quedaron colgando, mustios, mientras describían un giro enloquecido y melancólico en el extremo de la correa.

Una parte de mí deseó pedirle que abandonara su búsqueda compulsiva y se fuera a casa. Probablemente a Stevie, que ya no tenía madre, le habría venido bien tener a su padre a su lado aquellos días. Pero otra parte de mí pensaba que si el padre de Oscar dejaba de buscar, supondría el punto de inflexión final de la desesperanza, y no estaba preparada para eso.



Los primeros días de búsqueda se convirtieron en semanas y se fue apreciando que la actividad frenética dejó de ser tan frenética y que la gente comenzó a resignarse y a abandonar la búsqueda diaria, y que el pánico que se había oído en sus voces durante los primeros días..., bueno, empezó a desvanecerse. El pánico puede parecer algo malo, pero lo cierto es que contiene miles de partículas de esperanza. Cuando el pánico desaparece, normalmente implica que esas partículas también han desaparecido. Hasta el padre de Oscar dio la impresión de haberse rendido y comenzó a hablar de Oscar como si de verdad hubiese muerto.

Así que todos terminaron por aceptar lo inaceptable. Oscar no iba a volver. No había dejado ningún rastro, a excepción de la bicicleta y los zapatos encharcados.

Yo no dejaba de lamentar haber hecho aquel viaje tan absurdo a Nueva Zelanda, porque estaba segura de que si no me hubiera ido, Oscar estaría aquí y yo no tendría la vista fija en la oscuridad mientras me preguntaba qué demonios había pasado, y hasta qué punto podían haber empeorado las cosas para que hubiese tomado aquella decisión tan terrible y carente de esperanza.



Había pasado más o menos un año desde que mis padres comentaron lo de aquel viaje por primera vez. Yo creí que era una idea absurda de la que

hablarían durante unos días y después caería en el olvido. Pero con una rapidez sorprendente, su ilusión por marcharse se intensificó y fueron entrando en detalles, y al poco tiempo ya no hablaban de otra cosa. Les extrañó muchísimo que yo no compartiera su entusiasmo.

Aparecieron cosas nuevas en casa, como pósters enormes de surfistas y delfines, ovejas y sol radiante. Con un júbilo exagerado, mi madre los pegó en la pared del comedor y quitó fotos mías, lo cual, en lo que a mí afectaba, constituyó una metáfora perfecta del modo en que ese viaje a Nueva Zelanda estaba irrumpiendo en mi vida y alterando mi propio plan: quedarme donde estaba.

La vida ya es bastante complicada de por sí a los catorce años. Lo que menos necesitas es que encima te pongan más obstáculos en el camino, como una mudanza que suponía dejar atrás todo lo que te resulta vagamente familiar y que te obliguen a empezar de cero en un sitio completamente distinto.

Pero antes de que me diera cuenta, ya habían reservado los billetes, todo estaba organizado y mi padre monopolizó el iPad para poder hablar por Skype con sus nuevos y estupendos compañeros de trabajo del otro lado del mundo.

Mi madre comenzó a guardar todas nuestras cosas en unas enormes cajas de plástico con tapa. Y pusieron un anuncio en la prensa local para que el mundo supiera que nuestra casa podía alquilarse durante los seis meses que íbamos a estar fuera.

Y luego solo quedó una semana y empecé a darme cuenta de cosas de las que antes ni me había percatado.

Yo también tenía que guardar y empaquetar cosas: las que iba a llevarme y las que iba a dejar. Me parecía irracional guardar mis botas, mis sudaderas con capucha y mis pantalones de chándal favoritos cuando lo que tenía que estar haciendo era sacarlos.



Tuvimos unas cuantas discusiones tremendas antes de marcharnos. Oscar me contó que las había oído desde su casa, palabra por palabra, gracias a la costumbre de mi madre de abrir las ventanas de par en par cuando llegaba junio. Y le pareció que mi actitud era de persona mezquina y desagradecida, lo

cual según él no se ajustaba en absoluto a mi verdadero carácter. Dijo que le costaba trabajo reconocer mi nueva personalidad, siempre tan enfadada. También me dijo que a veces era una chica extraña y difícil de entender.

Nuestras casas estaban tan próximas que Oscar y yo podíamos hablar desde las ventanas de nuestras respectivas habitaciones. Recuerdo el día exacto que llegó. Aún éramos pequeños. El camión de mudanzas proyectó una sombra sobre la cocina cuando pasó por delante; me asomé a la puerta de la calle a curiosear y fue entonces cuando lo vi por primera vez; ya era un niño alto, de aspecto amable y distraído. Me acuerdo también de la primera vez que vi a Stevie en la silla de ruedas, menudo y parlanchín, y a su padre, que sacaba con cuidado aquellas cajas gigantescas y las apilaba en el jardín, pero sin decir una sola palabra y sin la ilusión que uno espera ver en el rostro de alguien que se muda a una nueva casa.

Más tarde volví a ver a Oscar, esta vez desde mi cuarto, sentado ante la ventana, con la vista clavada en el cielo; había brisa y él apoyaba la barbilla en los brazos. Tenía a su lado un telescopio gigantesco por el que miraba de vez en cuando. Al principio fingí que no lo había visto; la verdad, no sé por qué. Luego golpeó mi ventana con una rama seca que había arrancado del cerezo que crecía encajado entre nuestras casas. La abrí, me dijo «hola» y sonrió.

Oscar tenía una sonrisa franca y radiante que le marcaba dos hoyuelos en las mejillas. Era una de los cientos de cosas que lo hacían especial.

A partir de entonces se convirtió en mi mejor amigo. Había sido tan simple e inevitable como el chispazo de una cerilla.



Siempre estaba en mi casa y pasábamos mucho tiempo juntos. Un día nos sentamos debajo de la mesa de la cocina y grabamos nuestros nombres en la madera donde nadie pudiera verlos. Desde entonces aquella mesa fue especial porque guardaba un secreto.

No te das cuenta de que te vas haciendo mayor, pero un día, antes o después, descubres que ya no te sientes cómodo sentado debajo de la mesa. Cuando tuvimos edad suficiente para que nos dejaran salir solos, el primer

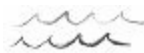
sitio adonde solíamos ir era al puerto, a tirar piedras al agua. Las lanzábamos por turnos casi al ras de la superficie para ver quién conseguía que rebotara más. Siempre ganaba yo, pero a él no le importaba.

—Cada uno tiene sus habilidades especiales —decía—, y una de las tuyas es un fuerte sentido intuitivo de los requerimientos aerodinámicos y de aproximación del lanzamiento de piedras planas y redondeadas al mar.

Casi siempre me hacían reír su manera de hablar y las cosas que decía.

Nos acostumbramos a sentarnos en las ventanas de nuestras habitaciones por la noche, al final del día. Oscar era distinto de las demás personas que conocía, y mientras fue mi amigo nada resultaba molesto ni complicado. Todo era sencillo, agradable y divertido. Todo tenía sentido.

No recuerdo quién nos sacó aquella foto, pero llevaba años en mi habitación. Estamos asomados a la ventana y riéndonos con una alegría más pura que cualquier cosa remotamente parecida a la sonrisa de pose que te acostumbras a poner cuando eres mayor. Esa foto muestra la sonrisa perfecta que se dibuja en tu cara cuando miras a los ojos a quien ha sido tu mejor amigo durante años.



En el transcurso de las semanas previas al viaje, nuestras conversaciones habían adquirido un tono distinto y más tristón. Me sentaba entre sollozos frente a mi ventana mientras Oscar se asomaba a la suya y me miraba con expresión tierna y el ceño algo fruncido. Solía balancear las piernas de un lado a otro y se mantenía en equilibrio agarrado al marco. Yo había adoptado la manía de despegar el yeso en los puntos donde estaba medio desprendida de la fachada de mi casa. Era como una forma de rebelión pueril, mi reacción llena de resentimiento por sentirme tan amargada y tan incomprendida.

Las noches anteriores a mi partida fueron las más calurosas que recuerdo. Pero en nuestra pequeña ciudad, el frío no desaparece del todo ni siquiera en las mejores noches de verano.

Le conté a Oscar que no quería irme; que mis padres me estaban privando de mi derecho más básico al obligarme a hacer algo totalmente en contra de mi voluntad. Le hablé de mis pesadillas ante la tarea titánica que me esperaba:

conocer a montones de neozelandeses que no había visto en mi vida y que ya tendrían sus propios amigos y no mostrarían ningún interés en una pelirroja recién llegada de Irlanda con la cara paliducha y llena de pecas.

Por muy amigo mío que fuera, Oscar Dunleavy no tenía por qué mostrarse siempre de acuerdo con todo lo que yo decía, ni por qué creer lo mismo que yo. Y en lo concerniente al viaje, siempre se ponía de parte de mis padres. Me decía que tenía que disfrutarlo, que era exactamente lo mismo que mi padre y mi madre me decían todo el tiempo. Disfrutarlo, insistía, era la única manera en que uno debía aceptar una oportunidad como la que a mí me estaban ofreciendo en bandeja.

—No es para quejarse —me había dicho en una ocasión, y me hizo ver que iba a pasar medio año en un sitio distinto y estupendo, y me recordó que iba a vivir en una casa con piscina y jardín junto a un lago rodeado de montañas. Dijo que si protestaba por un viaje como ese la gente me tendría envidia; pensarían que yo me tomaba como lo más natural del mundo algo que casi nadie tendría oportunidad de hacer: dejar a un lado la vida que llevaba y probar otra totalmente distinta durante unos meses.

Según él, podría traer muy mala suerte verlo todo con ojos resentidos durante el proceso de adaptación a un país completamente distinto.

Intenté explicarle lo implacable y peligroso que iba a ser el sol y que, comparada con los neozelandeses, se me iba a ver tan pálida que todo el mundo pensaría que tenía alguna enfermedad grave o algún problema de piel. Estaba segura de que me iban a tachar de inadaptada social, y mucho más segura aún de que nadie querría hablar conmigo.

—Se van a morir de ganas de hablar contigo —me dijo—. Nadie va a pensar que te pasa nada raro. Les resultarás exótica y fascinante, y la mayoría de ellos querrán ser amigos tuyos. Además, hay varios inventos pensados para climas calurosos, ¿sabes?, como las cremas, el aire acondicionado, las camisetas. Meg, todos los problemas tienen solución. Lo que estás haciendo ahora es buscar motivos para no querer ir.

Me dijo que a las pocas semanas habría olvidado mi rechazo al viaje y estaría llenando mi página de Facebook de fotos con experiencias estupendas, agradables y soleadas.

Y en casa, mientras tanto, me recordaba, el invierno irlandés se les iría

echando encima poco a poco. Las mañanas se volverían más frías y más grises, y levantarse para ir a clase se convertiría en la actividad deprimente que ambos conocíamos bien. Con la llegada de octubre, a todo el mundo le castañetearían los dientes y llevarían las manos aferradas como garras a los manillares de las bicicletas porque tendrían que soportar una lluvia gélida.

—¿A cuánta gente conoces que haya tenido la oportunidad de hacer una expedición a un país nuevo y con sol y playas de arena blanca, fiestas al aire libre y clases de surf?

Yo intentaba por todos los medios convencerme de que tenía razón. Pero había una furia en mi interior que me hizo enfadarme con casi todo durante las semanas anteriores a nuestra marcha. Mis padres no habían tenido el detalle de preguntarme, ni siquiera por curiosidad, si me interesaba el viaje. No dejaba de pensar en ello ni de atormentarme, y me amargaba hasta el aire que respiraba.

A mí me habría gustado mantener una conversación madura, lo cual habría implicado informar a mis padres —era evidente que no se habían percatado— de que yo no estaba hecha para vivir en Nueva Zelanda, teniendo en cuenta mi afición por los climas templados y mi tez con tendencia a ponerse como una gamba.



Durante las semanas antes de mi partida, Oscar me dijo miles de cosas por la ventana. Me dijo que me iba a echar mucho de menos, que había buscado un montón de información sobre Nueva Zelanda que me iba a venir muy bien, y que me la mandaría por correo electrónico en cuanto llegara.

Yo también quería decirle miles de cosas, cosas que poco a poco había empezado a ver más claras justo antes del viaje. Pero a veces lo que más ganas tienes de decir es precisamente lo que más te cuesta.

Y luego estaba todo lo que mis padres no paraban de repetir: «Meg, miles de niños estarían agradecidísimos si se les presentara una oportunidad como esta», o «De verdad, no entendemos por qué estás complicando tanto las cosas».

Fui a ver a Oscar, a Stevie y a su padre, y los tres me dijeron que nada

sería lo mismo sin mí, y Stevie comenzó a describir círculos con su silla. Explicó que estaba creando un campo magnético que impediría que pudiera marcharme, pero su padre le dijo que lo único que estaba consiguiendo era marearnos a todos.



Cuando se supone que tienes que sentirte optimista y receptivo ante algo que te llena de una especie de miedo que te agarrota, ese miedo te deja sin palabras. Te hace querer decirles a todos que se larguen y te dejen en paz.

Mis padres habían comenzado a suplicar.

—Por favor, Meg —me decían al ver cómo me dejaba caer en el sofá con una indiferencia lánguida que solo se tiene cuando uno se siente tan triste e inseguro como yo me sentía entonces—. ¿No puedes hacer un esfuerzo para no estar tan enfadada y tan melancólica?

Poco a poco se dieron por vencidos, como hace la gente razonable cuando ve que sus súplicas no sirven de nada. Y entonces fueron ellos los que se mostraron melancólicos y enfadados. Comenzaron a hablar del viaje como si fuera a ser una experiencia aterradora e inevitable. Habían perdido el entusiasmo con el que comenzaron aquel proyecto. Hablaban de los detalles del viaje entre susurros como si estuviesen comentando una enfermedad inesperada o una factura inmensamente alta con la que no contaban. Al poco tiempo fue como si hubiera una enorme espada pendiendo sobre sus cabezas.

Me sentí culpable. Había contagiado mi mal humor al resto de la casa. Las perspectivas de mis padres sobre aquella oportunidad única habían perdido su optimismo y la culpable era yo.

Todo a mi alrededor parecía tenso y sin alegría. Y probablemente así habría seguido si no hubiera sido por Oscar.



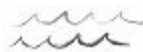
Oscar y yo nunca nos cansábamos de hablar por la ventana. Cuando éramos pequeños nos acostumbramos a contarnos secretos. Cuáles eran nuestras asignaturas preferidas, nuestros colores favoritos, qué queríamos ser de mayores (yo, maquinista de tren; él, encargado de cama elástica)... Nunca



llegué a preguntarle qué hacía exactamente un encargado de cama elástica. Debería habérselo preguntado, pero no lo hice. Debería haberle preguntado muchas cosas.

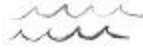
No dejaba de pensar en nosotros cuando éramos niños y de recordar cómo nos sentábamos en cuclillas y a escondidas, con la barbilla apoyada en la mano, para hablar durante horas de esas cosas tan importantes para nosotros, como por ejemplo si iba a nevar, qué íbamos a pedir por Navidad o cuándo íbamos a volver al zoo.

Al principio, mis padres y su padre no nos dejaban asomarnos a la ventana porque creían que era muy peligroso. A menudo nos gritaban que nos metiésemos dentro, nos diésemos las buenas noches y nos fuésemos a la cama. Pero al poco tiempo dejaron de preocuparse. Se convirtió en algo habitual. Nunca nos caímos. Cuando teníamos once años nos compraron unos teléfonos y nos dijeron: «Ahora ya podéis hablar cuando os apetezca». Creían que nos iba a encantar la novedad, pero no fue así. Estábamos horrorizados. No necesitábamos teléfonos mientras fuéramos vecinos. Oscar seguía teniendo en su habitación la rama seca del cerezo y se negó a deshacerse de ella, así que cada noche yo esperaba su golpe chirriante en mi ventana. Era el mejor sonido del mundo.



Otra particularidad de Oscar era que nadie le daba miedo. Y siempre tomaba sus propias decisiones sin importarle lo que pudieran decir los demás. Son dos de las mejores cosas que ahora mismo recuerdo de él.

No era solo un amigo. Era casi mágico. No soy capaz de expresarlo mejor. Era sincero, una persona íntegra, y siempre estaba contento. Y el que su hermano Stevie tuviera que ir en silla de ruedas no era un problema para él como la gente cree, porque Oscar siempre se aseguraba de que todas las puertas permaneciesen abiertas y de que todas las escaleras tuviesen una rampa y de que todas las estaciones de tren contaran con los accesos adecuados para que Stevie pudiera pasar. Siempre decía que si el mundo estuviera bien diseñado, todos sus habitantes se moverían en silla de ruedas. Y cada vez que lo decía, Stevie se echaba a reír.



El entretenimiento favorito de Oscar era salvar gente. Siempre estaba salvando gente, arreglando cosas estropeadas y ayudando a gente que estaba a punto de venirse abajo. No era una habilidad que se advirtiera o reconociera inmediatamente. Stevie decía que Oscar tenía un don, y ese don era el de oler cosas que nunca te imaginarías que tuvieran olor; cosas como la tristeza o el desaliento, como el miedo y la desesperanza.

Nunca le dio demasiada importancia a ese don, siempre se mantuvo discreto y confiado. Cuando uno confía en sus propias habilidades es mucho más probable que sea capaz de reaccionar y utilizarlas, eso era lo que le pasaba a Oscar. Cada vez que yo le preguntaba sobre ello, respondía que sus habilidades no eran en absoluto excepcionales ni extraordinarias. Todos, decía, sabemos reconocer cuándo alguien necesita ayuda, pero poca gente se molesta de verdad en escuchar sus instintos, y esa, decía, era la única diferencia entre él y muchas otras personas.

Pero no era la única. Oscar también hacía tartas de manzana. Nunca pensé que tuvieran nada de especial hasta una noche, poco tiempo antes de que yo me fuera.

Todavía pienso en ello, aunque intente evitarlo.

## **EL CUARTO TROZO**



Cuando vives en la costa, te acostumbras a los miles de sonidos del mar: hay días que forma un estruendo que te obliga a taparte los oídos, otros azota las rocas como si hubiese un montón de gigantes aplaudiendo. A veces forma olas pequeñas, otras veces olas grandes que baten con fuerza o golpetean la arena. La costa es un lugar muy cambiante. Cada día es distinto. Nunca hay dos iguales.

Era una noche de verano, en junio. El aire era cálido, soplaba una brisa suave y el mar estaba en calma; de su superficie emergían pequeñas briznas de aire más fresco que serpenteaban entre el calor como era habitual en aquel lugar, incluso en los días más calurosos.

La luna titilaba con un resplandor plateado, parecía que respirase. Meg Molony estaba sentada en su ventana, se la veía muy guapa, con su carita cuajada de pecas; se entretenía desprendiendo pequeños fragmentos de yeso de la pared y sus ojos escudriñaban la oscuridad.

Aquella tarde yo había estado muy atareado porque había tenido una de mis premoniciones.

—¿Has vuelto a hacer tartas de manzana? —me preguntó Meg con una sonrisa, a la vez que fruncía el ceño.

—Sí, eso es precisamente lo que he estado haciendo, ¿cómo lo sabes?

Señaló mi pelo. Sacudí la cabeza y la nube de harina blanca que flotó en el aire nos hizo reír a los dos.

Intenté explicarle una vez más mi costumbre de hacer tartas de manzana. Hay gente que nota en los huesos cuándo va a cambiar el tiempo. Hay gente capaz de decir dónde hay agua bajo tierra. Mi habilidad era oler cosas en el aire, cosas intensas y cargadas de deseos. Esos olores eran la señal de que era hora de hacer tartas.

Meg dijo que cada vez que le hablaba de las tartas de manzana, lo hacía de manera que todo parecía lógico y normal aunque en realidad no lo fuera.

Y justo entonces, tal como me esperaba, lo noté. Tuve que estirarme, asomarme más por la ventana y decirle a Meg que se callara.

—Espera un momento, Meg —dije, y ella preguntó:

—¿Qué, Oscar, qué pasa?

Debía permanecer en silencio. Saqué el telescopio y miré hacia el embarcadero, más allá de nuestras casas. Oí algo que solo yo podía oír y vi algo que solo yo podía ver.

Meg intentaba por todos los medios hacer lo mismo, muy concentrada, mientras la cortina de su ventana ondeaba y la envolvía como un pequeño fantasma cansado.

Habían pasado uno o dos minutos.

—Creo que hay alguien allí —susurré.

Meg abrió los ojos de par en par y por su manera de moverse me di cuenta de que quería verlo todo.

—Lo huelo, Meg, ahora es un olor muy fuerte.

—Yo no huelo nada —dijo ella.

—Probablemente, si te concentras un poco más, puedas olerlo.

Y se concentró un poco más, aunque no consiguió oler nada.

—¿A qué huele? —me preguntó.

—Huele a alguien que necesita algo; está invadido por la desesperanza. Es peor que el miedo, mucho más destructiva. En el embarcadero. Tengo que ir.

Busqué una manta y la metí en la mochila. Una de mis tartas de manzana estaba lista para llevar en una caja blanca de cartón, y tuve que sujetarla en una sola mano como un camarero sostiene una bandeja. Fue un milagro que no se cayera cuando salí por la ventana y bajé por el árbol. Había ensayado mis maniobras y era evidente que la práctica empezaba a dar sus frutos.

—¡Ay, ay, ay! —exclamé unas cuantas veces antes de llegar al suelo. Tuve que dar unos saltitos a la pata coja mientras me frotaba el codo, a la vez que mantenía la tarta en equilibrio y Meg me preguntaba si estaba bien. Le dije que estaba perfectamente.

Mi bicicleta brillaba junto a la verja.

—Hay un hombre allí, Meggy. Junto al mar. Alguien tiene que salvarlo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Un hombre? ¿Solo? ¿Junto al mar a medianoche? ¿Y eso qué tiene que ver contigo?

No sé muy bien por qué, pero nunca me molestaba en pensar si algo era o no asunto mío.

Meg dijo que era una maravilla ser mi mejor amiga. Pero también me dijo que era agotador.

—¿Estás diciendo en serio que vas a ir? ¿Ahora? ¿A estas horas de la noche?

—Meg, ¿no me has oído? Hay alguien que necesita ayuda.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor no le pasa nada. ¿No puede existir la posibilidad remota de que, quienquiera que sea, quiera estar solo?

—Sí, es posible. Pero mi instinto me dice que no es así.

—Entonces, ¿puedo ir contigo?

—Sí, si te apetece —respondí—, pero ten en cuenta que el tiempo juega en nuestra contra.

Resultó que yo tenía razón. Era un hombre. Estaba al final del embarcadero, con la mirada fija en la oscuridad centelleante que comenzaba en la escalera oxidada y cubierta de percebes que pendía del lado del embarcadero donde más cubría.

Parecía muy viejo. Un perrito flacucho trotaba nervioso de un lado a otro mirando el agua, luego al hombre, luego otra vez el agua. Apoyadas junto al muro, había una manta vieja y llena de agujeros y dos bolsas arrugadas y de aspecto triste, apoyadas la una en la otra como dos personas asustadas. El hombre era una maraña de arrugas; tenía las manos sucias. Las lágrimas dejaban un rastro brillante y en forma de rama sobre sus mejillas.

Con el tono de voz más suave que me salió, le pregunté qué hacía allí.

—Oh, vaya —dijo—. ¿Te puedes llevar al perro, por favor?

No nos miró. Siguió con la vista fija en el agua como si buscara algo que se le hubiera caído.

—Dejé a *Homer* a salvo, lejos del mar —continuó—. Escribí a la protectora de animales y lo iban a atender de maravilla, pero el muy bobo me siguió hasta aquí y no soy capaz de convencerlo para que se marche.

El perro se sentó junto al hombre, inseguro. La voz del hombre carecía de expresión; sonaba distante y sorprendentemente distinguida.

—Hay que ver, este perro siempre ha tenido una habilidad extraordinaria para seguir un rastro y me ha encontrado aquí. En general, es un buen chico, ¿a que sí, *Homer*?, pero es que... precisamente en este momento preferiría estar solo.

Se arrodilló sobre el granito rugoso. *Homer* se acercó y me olisqueó y debió concluir que yo era una persona agradable y que se podía fiar de mí, porque apoyó la mandíbula en mi rodilla unos segundos antes de retomar su trotecillo nervioso.

—¿Me llevo al perro? —susurró Meg. Sé que de verdad estaba intentando ayudar.

—No, Meggy, el perro se queda —contesté también en un susurro.

Y en aquel momento supe que las cosas que le tenía que decir serían importantes, así que me paré a pensar en las palabras exactas, y después

comencé a hablar con toda la calma y la claridad de las que fui capaz.

—Sé lo que quizá está usted pensando aquí solo, pero esos pensamientos no van a durar eternamente —dije—. No se va a sentir siempre así. Se le pasará. *Homer* seguirá aquí esperando, saldrá el sol y usted volverá a encontrar razones para vivir, las mismas que le han abandonado. ¿A que sí, Meg? —le pregunté mientras me volvía hacia ella. Comenzaba a verse la primera luz de una nueva mañana de verano y a oírse el canto de los pájaros.

El hombre nos contó que se llamaba Barney. Barney Brittle. Metió la cabeza entre las manos y dijo en voz baja y agotada:

—Chicos, sois muy amables, pero por favor, llevaos a mi perro y dejadme. Preferiría que os fueseis los dos a casa, gracias. Esto no os interesa en absoluto. Me gustaría que me dejaseis tranquilo.

Nadie se movió durante lo que nos pareció mucho rato.

Supe que aquel era el momento. Rebusqué en mi mochila y saqué la caja de cartón blanco. Tuve que sujetarla con mucho cuidado, porque las tartas de manzana son muy frágiles y esta era importante. Se la ofrecí a Barney.

—Tenga —le dije—. He hecho esto para usted.

Barney alzó la cabeza y contempló cómo le tendía la caja.

—¿Cómo demonios has podido hacer algo para mí? Acabamos de conocernos.

De repente sus ojos mostraron más brillo y curiosidad de los que cabría esperar en aquel momento en el rostro del anciano.

Tomó un trozo, se lo acercó a la cara, cerró los ojos y respiró hondo.

—Hay que reconocer —dijo— que huele bastante bien.

—¿Bastante bien? —le regañé fingiendo que me había ofendido, con el fin de relajar un poco el ambiente—. Eeeh..., creo que le va a parecer que está mejor que bastante bien.

—Ah, ¿me la como ahora? —preguntó Barney. Se notaba que empezaba a gustarle la tarta, y también nuestra presencia.

Dio un bocado. Cerró los ojos y transcurridos uno o dos minutos dijo:

—Vaya, hay que reconocer que está buenísima.

—¿Lo ve? —dije yo, y comencé a sentirme aliviado, orgulloso y feliz.

—Dios mío, pero ¿de verdad la has hecho tú? No había tomado nada igual desde..., desde... Jamás había tomado nada igual. Es... vaya, es sublime.

—Lo sé —dije.

La actitud de *Homer* era ahora completamente distinta. Estaba junto a su amo con esa alegría que los perros transmiten cuando sacuden todo el cuerpo y se mueven de un lado a otro entre las piernas de la gente.

Meg y yo también nos comimos otro trozo e incluso le dimos un trocito a *Homer*. Permanecimos los cuatro allí sentados, comiendo y sonriendo, y se creó ese ambiente agradable que a veces se produce y que hace innecesaria la conversación.

Un enérgico rayo de sol nos salpicó atravesando el mar desde la isla, y todo se cubrió con un resplandor dorado. Miré mi teléfono. Llevábamos allí tres horas más de lo que pensábamos. Si mi padre se enterase de que no estaba acostado, sería mi perdición, y mucho más si supiera que ni siquiera me encontraba en casa, sino en el embarcadero, hablando con un desconocido y comiendo tarta.

—Llévese el resto a su casa —le dije a Barney—, es suya.

—Querido muchacho, muchísimas gracias. Creo que sí, que me voy a marchar. Y me parece que hace tiempo que vosotros dos tendríais que estar también en la cama. Bastante he hecho ya teniéndoos despiertos a estas horas.

Nos estrechamos las manos y sonreímos.

—Va a estar usted bien —le dije.

—Sí, sí, la verdad es que creo que así será —respondió él.

Después Meg y yo emprendimos la marcha por el sendero con nuestras bicicletas. La obligué a ponerse mis zapatos, que le quedaban un poco grandes.

—Oscar, ¿alguna vez te han dicho que eres muy raro?

—Sí, tú, casi todos los días.

—Ya, porque lo eres.

—Y eso me convierte en un ser más encantador aún, ¿o no? Confiésalo —dije, y le di un empujón cariñoso con el hombro.

—Sí, ya, claro —respondió.

Regresamos a nuestras casas y nos dijimos adiós con la mano desde nuestras respectivas habitaciones.

—¿Qué voy a hacer sin ti, Oscar?

—Estarás perfectamente —contesté—. Probablemente te vendrá bien

pasar algún tiempo sin mí. Soy como una pesadilla. No paras de decírmelo.

—Tienes razón. Será genial librarme de ti durante unos meses. Pero Oscar..., en serio...

—¿Qué?

—Sigamos en contacto, ¿vale? Por favor.

—Por supuesto.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Genial, porque te voy a echar mucho de menos.

## EL QUINTO TROZO



Era difícil mantener el ritmo de Oscar. Por ejemplo, la noche que conocimos a Barney. Estaba tranquilamente sentado en la ventana, balanceando las piernas como de costumbre, y un minuto después saltó y bajó por el cerezo con maniobras de trapealista, armado con la tarta de manzana. Y luego desapareció y no fue más que una estela plateada en la noche, y sus pies, un cerco borroso.

Oh, mierda, pensé mientras me ponía una sudadera, abría la ventana del todo y saltaba hacia el árbol como había hecho Oscar. Y como Oscar, prácticamente me habría caído del cerezo si no fuera porque las ramas frenaron mi caída. Eché pie a tierra con dificultad y fui de puntillas al garaje, cuya puerta chirrió como si la estuvieran matando cuando la abrí para buscar la bici con la esperanza de que mis padres no se despertaran.

—Oscar —llamé entre dientes. Lo veía en la distancia, un destello de luz que subía y bajaba a lo lejos como si estuviera flotando sobre la mar picada —. Oscar, Oscar, Oscar —susurré otra vez, y aceleré todo lo que pude en dirección al embarcadero. Era algo a lo que me había acostumbrado: a



susurrar su nombre en mi mente una y otra vez.



—Es una tarta de manzana —le dijo Oscar a Barney en tono solemne aquella noche, como si fuese la respuesta a todo y como si aquella frase contuviera un millón de explicaciones—. Pero no es una tarta de manzana cualquiera. Después de tomar un trozo, lo verá todo distinto. Las cosas empezarán a cambiar, y cuando se haya acabado el trozo se dará cuenta de que todo va a salir bien.

Y cuando Barney se comió el primer trozo, vaya si le cambió la cara. No estoy del todo segura de si las tartas eran mágicas, pero sí puedo decir que estaban riquísimas.

—Vigila al perro —me susurró Oscar—, y así podré hablar un poco más con Barney.

Llamé al perro para que se acercase, lo acaricié y me senté a su lado mientras Oscar y Barney hablaban un rato, y aunque no podía oír todo lo que decían, poco después los oí reír. La risa ahogada de Oscar resonó como un eco en mi dirección y luego en dirección al mar, seguida de la carcajada jadeante y contenida del anciano, que sonó a alivio o a liberación. Al menos fue un sonido sorprendentemente alegre que me hizo sentir algo que no fui capaz de describir con exactitud; algo reconfortante, supongo. Algo agradable y cálido, lo cual además era beneficioso, teniendo en cuenta que estaba descalza mientras me preguntaba qué demonios estaba haciendo allí, con los bajos del pantalón del pijama húmedos y manchados de barro.

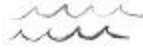


—No me malinterpretes, pero no esperaba que tuviera una voz tan bonita —le había dicho de camino a casa después de despedirnos de Barney.

—Quizá porque no has hablado con mucha gente como él.

Yo nunca había conocido a nadie como Barney.

Eso era lo que ocurría cuando estaba con Oscar: siempre se hacía algo nuevo. Se abría la mente. Se conocía a alguien distinto.



Oscar se comportaba como si su estrategia de las tartas de manzana fuese algo de lo más normal y corriente. No parecía darse cuenta de que se salía de lo común. Si a alguna otra persona en el mundo se le hubiera ocurrido hacer una tarta, y si por ese milagro salvara a otro ser humano como acababa de hacer Oscar, probablemente pondrían un gesto de triunfo, o al menos algo engreído o autosuficiente. Pero Oscar seguía manteniendo la misma expresión serena en su rostro.

Y aquella noche, ya en la cama, pensé en el viaje a Nueva Zelanda y lo poco que faltaba para irnos, y la ilusión que debería hacerme, así que me pregunté por qué me había empeñado en no querer ir.

En aquel momento llegó la verdad como caída del cielo, como un saco lleno de nubes de azúcar. Fue una sensación vívida y clara, agradable y plena de seguridad, que me golpeó suavemente por dentro y por fuera, y entonces comprendí. Comprendí todas las batallas que había librado con mis padres y por qué una aventura lejos de Oscar me parecía algo tan terrible.

No quería alejarme de él. No quería sentarme ante una ventana nueva de una casa desconocida en un país extranjero y no poder hablar con él. Oscar era el motivo. Él era el motivo por el cual quería quedarme.



Como era lógico, la fecha de nuestra partida se fue acercando cada vez más, y como no se puede detener el tiempo, llegó el día. Era muy temprano y aún no me había levantado, con la esperanza de que se produjera algún desastre que significara que nos teníamos que quedar, cuando oí en el cristal el familiar *tap tap* de Oscar.

Rodé sobre mí misma, me puse en pie con un golpe sordo y me acerqué a la pata coja a la ventana mientras me preparaba para la despedida que no quería que llegara nunca. Oscar no estaba allí. En su lugar, lo que vi fue una mancha irregular de vaho sobre el cristal como si alguien acabara de echar su aliento sobre él, y cuando abrí la ventana lo primero que noté fue un cálido y leve efluvio de aire cargado de un olor a canela que me resultó familiar y me acarició el rostro. Entre nuestras casas, alguien había instalado una cuerda y

dos poleas.

Y allí, sobre una pequeña plataforma que colgaba de la cuerda con un suave balanceo —en una caja hecha del mismo cartón blanco que le había visto llevar al embarcadero aquella noche—, me esperaba una de las tartas de manzana de Oscar. Tenía una «M» horneada justo en el medio, y había hecho un avión diminuto con nubes alrededor, y una carita sonriente. Me rodeó un olor peculiar, el que se percibe cuando azúcar, mantequilla y especias se funden en uno y se cuecen en un horno caliente.

Oía a mi madre correr escaleras arriba y abajo. Oía la voz de mi padre, tensa y áspera. El teléfono no hacía más que sonar y mis padres no hacían más que gritarse el uno al otro que respondiera yo. El aire bullía con el tipo de energía irritable que se desencadena cuando alguien se ha visto sometido a una campaña inmisericorde de resistencia y luego está invadido por las dudas sobre una decisión trascendental que ha tomado, pero ya es muy tarde para echarse atrás.

Retiré la tarta de su plataforma oscilante, la llevé al piso de abajo y la puse encima de la mesa de la cocina.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó mi madre, que se detuvo de repente para mirar la tarta dorada y esponjosa.

—Oscar —respondí como si aquel nombre lo explicara todo.

Cuando mi padre vio la «M», las nubes, el avión y la cara sonriente, también sonrió.

Y con una sucesión de movimientos extasiados a cámara lenta, los tres nos dispusimos a comer la tarta. Mi padre sacó tres platos del armario, yo encendí el hervidor para hacer té y mi madre buscó un cuchillo. Con cuidado, nos sirvió una dulce porción de tarta a punto de deshacerse.

Una nueva sensación se apoderó de la cocina, una sensación sin inquietud ni resentimiento. Y al tiempo que la manzana se deshacía en nuestras bocas, parecieron deshacerse también otras cosas, como las dudas y los celos y todo lo que nos había vuelto gruñones y nos había hecho estar distanciados.

Las sombras de nuestras dudas parecieron esfumarse.

Sé que seguramente suene un poco raro, pero después de tomar unos cuantos bocados de tarta, de pronto todo parecía distinto.

Algo bueno y tolerante comenzó a despertarse en mi interior, y me

sorprendí incluso a mí misma con un corto discurso en el que expresé mi admiración por el espíritu aventurero de mis padres y lo decidida que estaba a hacer que fuese un viaje provechoso para todos y a mostrar una actitud más positiva hacia el plan.

Mis padres se miraron, luego volvieron la vista hacia mí y dijeron que había sido muy sensata, muy madura y muy íntegra. Y luego los dos me dieron un abrazo dulce y cálido de tarta de manzana.

—En serio —dijo después mi madre—, ¿habrá en el mundo otro adolescente que se tome tanto trabajo para hacer y regalar algo así, que se dé cuenta de lo atareados y nerviosos que hemos estado y que hace un montón de tiempo que no comemos nada casero? ¡Qué exquisitez! Debe de haber hecho la masa él y todo. Desde luego, es algo extraordinario. ¡Y con esos adornos tan cariñosos, tan propios y delicados! La verdad, no hay otro como él.

—No —dije yo—, no lo hay.

Después de aquello, los preparativos del viaje dejaron de parecerme una tarea dura y negativa y se convirtieron en algo más parecido a una celebración.

—No te olvides de darle las gracias a Oscar por esa tarta —me dijo mi madre con expresión de desconcierto y felicidad, mientras mi padre expresaba su aprobación con un gesto.

—De acuerdo, así lo hare —dije yo.



¿Quién iba a sospechar que algo tan concreto, tan tangible, tan lleno de mantequilla y azúcar habría sido la respuesta a todos mis temores? La tarta de Oscar resultó ser la solución. Así de simple.

Oscar dijo que ahora que me sentía implicada en el proyecto, todo iba a salir mejor aún de lo que él había previsto. En cuanto llegara, todo iba a ser estupendo, me lo iba a pasar genial y todo saldría a las mil maravillas.

Pero junto a esas cálidas y nuevas sensaciones había algo más. Aquello que me había estado obsesionando volvió a crecer en mi interior y no pude callármelo por más tiempo; según he comprobado, ese momento significa a menudo que es importante ponerlo por escrito.

Querido Oscar:

No sé cómo decirte esto de otra manera, pero verás, es que necesito explicarte una cosa. No dejo de pensar en la noche en que salvaste a Barney con tu tarta. Es otro ejemplo de lo bueno y amable que has sido siempre. Pero hasta esta misma mañana, cuando me mandaste a mí una tarta, no supe qué era lo que tenía que decirte.

El momento no puede ser más inoportuno, pero el motivo por el que no quería irme es que prefería quedarme aquí, y el motivo por el que quería quedarme aquí eres tú.

No tengo nada en contra de Nueva Zelanda ni mucho menos, pero debido a lo que siento, sobre todo por ti, el mundo entero me parece distinto.

No sé si es porque todo lo veo más claro o más negro. Supongo que todo depende de lo que sientas tú por mí, que espero sea lo mismo que siento yo por ti.

Pero bueno, el caso es que me has convencido de que debo, como tú dices, «disfrutar de la aventura», así que eso es lo que he decidido hacer. Fue el sabor de la tarta de manzana lo que finalmente me ha empujado a entregarme de lleno a este viaje. Pero necesito saber que estarás aquí cuando vuelva.

Te quiero, Oscar Dunleavy.

Empecé a enamorarme de ti el día que nos conocimos.

Necesito tener una idea de si tú sientes lo mismo por mí. Mándame una señal. Cualquier cosa servirá.

Un beso,

Meg

Apoyé la mano en el papel y durante un instante de locura pensé en acercarme a su casa y metérsela en el buzón. Me pregunté qué diría, pensaría o haría Oscar si tenía el valor de enviársela.

Pero no envié la carta porque me dio miedo. Miedo de que se riese de mí. Miedo de que mis palabras le parecieran absurdamente ridículas. Miedo de que se rompiese algo que Oscar y yo ya teníamos. Miedo de que no..., de que él no sintiera lo mismo. Así que, aunque metí la carta en el sobre y hasta escribí «Para Oscar Dunleavy», y aunque pensé durante un rato en acercarme a su casa de una carrera en plena noche para dejársela, al final no lo hice.

Por el contrario, le di vueltas y la retorcí entre mis manos hasta que se

quedó toda arrugada y hecha un higo; luego volví a alisarla y la metí debajo del colchón, un lugar mullido, silencioso y discreto donde nadie podría verla.

## EL SEXTO TROZO



Desde que Meg se fue a Nueva Zelanda, la echaba de menos todo el tiempo. Miraba su ventana y al ver su habitación, vacía y desocupada, algo se retorció en mi interior como si me doliera. Estaba tan acostumbrado a ver su cara que no verla me ponía triste, melancólico y me deprimía un poco.

Así que cuando Paloma Killealy se mudó a su casa... Por supuesto, no era Meg y jamás podría reemplazarla ni nada por el estilo..., pero me pareció que sería una persona a la que tendría oportunidad de conocer, y resultó que ella había pensado lo mismo y eso era bueno, pensé. En aquel momento.



En la semana que llegó Paloma se celebraba la fiesta del *Energiser*, y justo el día anterior, en el colegio y delante de un montón de gente, entre los que se encontraban Andy y Greg, me pidió que la invitara.

Estaba claro que no tenía ni idea de qué iba el *Energiser*, porque es esa fiesta que se celebra dos veces al año en un gran pabellón rodeado de campo a las afueras de la ciudad.

Una vez allí, te pasas la noche entera gritando a tus amigos para que puedan oírte, y ves gente como Andy y Greg besándose con chicas. Eso es todo. La verdad, es un poco aburrido, pero todo el mundo va, no sé muy bien por qué.

Pero lo que sí sé es que nadie «invita» a nadie al *Energiser*. No funciona así. Se lo expliqué a Paloma, que contestó «Ah, vale, muy bien» y se alejó con la melena ondeando de un lado a otro al andar, y Andy y Greg empezaron a

decirme:

—Oscar, tío, ¿te has vuelto loco? Está claro que está colada por ti, ¿y tú ni la miras?

Aseguraron que no había habido una chica como ella en toda la historia del colegio desde su fundación en 1968.

—Se te está ofreciendo en bandeja. ¿Qué tienes en esa cabeza, chaval? —preguntó Greg, y me hizo una llave de cabeza de esas que tanto usan él y Andy en sus peleas.



Paloma descubrió que nuestras ventanas estaban muy cerca, y que podíamos aprovecharlas como hacíamos Meg y yo, y a los pocos días comenzaron nuestras charlas. Me resultaba extraño, pero Paloma era agradable a su manera, y era bueno ver a alguien en la ventana. Además, no tenía ni idea de cómo era la vida en nuestro colegio, así que se presentó la oportunidad de explicárselo.

—Perdona por haberte puesto en un compromiso delante de tus amigos —me dijo, y yo le contesté que no se preocupara—. Todo es tan distinto a lo que estoy acostumbrada. Me está costando un poco adaptarme. Donde vivía antes había bailes en el colegio, y los chicos invitaban a las chicas.

—Ah, ya —dije, y le expliqué que no tenía por qué sentirse mal y que era perfectamente comprensible que diera por hecho que aquí hiciéramos lo mismo.

—Hay algo que quiero preguntarte, Oscar. —Se asomó a la ventana de Meg y se puso a jugar con un mechón de pelo entre sus largos dedos mientras abría y cerraba los ojos muy despacio.

—De acuerdo, dispara —dije.

—Siento curiosidad. O sea, me pregunto..., quiero decir, si los chicos invitaran a las chicas al *Energiser...*, si las cosas funcionaran así, me pregunto si te apetecería invitarme.

Me di cuenta de inmediato de lo que insinuaba. Se acarició el brazo, ladeó la cabeza y me miró con sus ojos cristalinos y brillantes. Y la verdad es que estaba muy guapa.

Entonces pensé que, en efecto, Paloma Killealy estaba interesada en mí, sensación bastante agradable, sobre todo si tenía en cuenta que la mayoría de los chicos de mi clase no paraban de hablar de ella desde que llegó. En el colegio suspiraban cuando la veían pasar e inspiraban el aire que dejaba su estela, y para Andy y Greg casi se había convertido en una obsesión. No hacían más que preguntarme cómo era tenerla de vecina.

Podría haber sido lo más halagador que me había pasado en la vida. Pero que una chica guapísima se interese por ti no significa que tengas que cambiar tus planes.

—Paloma, ha sido muy amable que me preguntes eso, y te lo agradezco.

Pero luego le dije que estaba a punto de contarle algo que nunca había comentado con nadie y le hice prometer que me guardaría el secreto. Dijo que por supuesto, con la expresión más seria y digna de confianza que uno se pueda imaginar.

—Verás, es que hay una chica. Se llama Meg. Antes dormía en tu habitación y cuando te vayas volverá, y no dejo de pensar en ella. Me pregunto qué estará haciendo, en qué estará pensando. Si invitásemos a las chicas a ir al *Enegiser*, sería a Meg a quien me gustaría invitar. Espero que te des cuenta de lo que quiero decir y que lo entiendas.

—Ah, vale —dijo, y a continuación repitió lo que yo había dicho como si fuese algo difícil de entender—. La chica que te interesa se llama Meg.

—Sí, eso es —dije.

—Un momento. Entonces, ¿lo que quieres decir en realidad es que yo no te intereso?

—No —respondí, porque creo que las personas se merecen que se les diga siempre la verdad—, no en ese sentido, Paloma. Pero sí puedo decirte, en caso de que aún no lo sepas, que excepto yo, todos los chicos de mi clase están muy interesados en ti, así que tienes un montón donde escoger en caso de que quieras...

—¿Y tú no estás interesado en mí? —me interrumpió, y repitió lo mismo un par de veces exactamente en el mismo tono.

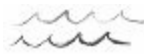




Tras aquella conversación, Paloma retomó su actitud habitual enseguida. Dijo que Meg debía de ser una persona muy especial para que alguien como yo sintiera algo así por ella. Dijo que Meg era muy afortunada, y yo le di las gracias.

Hasta me pidió su dirección de correo electrónico porque estaría bien, dijo, mandarle un par de líneas y presentarse, ya que vivía en su casa y dormía en su habitación, así que escribí la dirección de Meg en un trozo de papel, lo enrollé y se lo lancé a Paloma, que lo atrapó al vuelo con sus largos dedos e inmediatamente desenrolló y pasó los datos a su móvil.

—Ven a verme mañana, ¿vale? —dijo sin mirarme mientras corría las cortinas de Meg. Y yo contesté que sí.



Cuando llamé a su puerta al día siguiente, la madre de Paloma me acompañó al jardín trasero. Paloma estaba junto a la valla con una pala enorme en las manos que parecía un abanico; golpeaba un colchón con tanta fuerza que desprendía grandes nubes de polvo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—¿Qué... —¡PLAS!— te parece... —¡PLAS! — que estoy... —¡PLAS! — haciendo? —me preguntó ella entre jadeos y con el ceño algo fruncido por el esfuerzo.

—Pues me parece que estás dando golpes a un colchón.

—Lo estoy *ventilando* —puntualizó—, lo cual obviamente es algo que tu novia Meg nunca hizo, porque huele a rancio. No sé cómo demonios he podido yo dormir en él en esas condiciones.

—Que conste que no es mi novia, y que conste también que la conversación era confidencial.

Paloma siguió aporreando el colchón y no contestó.

—¿Qué pasa, Paloma?

—¿Qué te hace pensar que pasa algo?

—Ah, no sé, es que pareces muy enfadada, tienes una cara que da miedo.

Dejó de dar golpes al colchón y me sonrió.

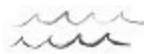
—Quizá es que no estoy acostumbrada a que ningún chico me rechace.

Se echó a reír con una risa estridente y aguda que no le había oído nunca. Intenté decir algo, pero me tapó los labios con un dedo y dijo con su voz dulce:

—Oscar, no tienes por qué contestar a lo que acabo de decirte, solo estaba de broma.

—Por supuesto, ya lo sabía —le dije.

Pero la broma, el tipo de broma al que Paloma se refería, me pareció bastante agria. Fue como morder una fruta amarga y encontrarte con un corazón arenoso que contiene cientos de pequeñas pepitas de verdad cruda.



Paloma había encontrado en la habitación de Meg una carta dirigida a mí. La metió en mi buzón junto con una nota: «Oscar, he encontrado esta carta para ti. Por supuesto, no la he leído ni he hecho nada con ella aparte de dejártela aquí. ¡Hasta luego! PalomaK xxx».

Fue un buen detalle. Vi que el sobre estaba un poco manoseado, y me di cuenta de que habían abierto y cerrado la solapa un par de veces porque estaba arrugada y un poco rota, me imaginé que posiblemente Meg hubiera cambiado de opinión y sacado la carta una o dos veces.

Subí a mi habitación para leerla en privado, y antes de hacerlo, eché un vistazo a la ventana de Paloma. Tenía una luz nueva, fuerte y cegadora, que me dificultaba la visión. Fue como si hubiera fijado la vista en el sol.



## EL SÉPTIMO TROZO



Cuando te vas a vivir a otro sitio, la novedad, la aventura y las experiencias sorprendentes parecen eternas a su manera. Las circunstancias rutinarias y tediosas de tu vida son las que se escapan de tu memoria como si no hubieran sucedido nunca. Se podría pensar que ocurriría lo contrario, que los detalles menos interesantes se harían eternos y los divertidos pasarían volando, pero lo cierto es que no es así.

Desde el momento en que llegamos, prácticamente todo estuvo plagado de novedades y sorpresas; una nueva aventura a la vuelta de cada esquina bañada por el sol.

Aprendí a hacer esquí acuático y a nadar de esa manera especial y energética típica de cuando se baña uno en un lago. La sensación de nadar en un lago es de tacto sedoso y resbaladizo. No hay sal que te ayude a mantenerte a flote, así que tienes que esforzarte mucho, mucho más, para no hundirte. Si lo comparas con nadar en el mar de Irlanda, es la actividad más diferente que te puedas imaginar.

Me aclimaté al calor y también conocí a un montón de gente. Y cuando llegó enero, ya estaba acostumbrada a ir en bici al lago a bañarme casi todos los días después de clase con mi pandilla de nuevos amigos kiwis.

En Irlanda, ir a bañarse a cualquier lugar al aire libre en pleno enero es una actividad de colgados. En Nueva Zelanda es más bien un derecho humano esencial.

Las casas de Rotarua están hechas de madera. De noche crujen y gimen como si estuviesen vivas. Los cisnes del cercano lago Rotoiti no tienen el plumaje blanco resplandeciente, casi azulado, de los cisnes normales. Es negro y brillante, y tienen los picos color rojo sangre. En Nueva Zelanda, la tierra que pisas se comporta de un modo al que crees que nunca te vas a acostumbrar: vibra, aunque la mayor parte de las veces nadie parece fijarse, y en ocasiones hierve y borbotea, y de vez en cuando hasta suelta chorros de agua caliente y turbia.

Cuando eres de un lugar frío, húmedo, lluvioso y en el que abundan las nubes, no estás habituado a la sensación de que algo estalle ante tu rostro cada vez que sales de casa, como si estuvieras abriendo la puerta de un horno.

Sin embargo, con el tiempo conseguí que me gustaran aquellas cosas tan extrañas, aprendí a valorar las diferencias y a amar la aventura. Me lo pasé

genial, justo como Oscar había dicho.

Oscar tenía razón, igual que en tantas otras cosas. El viaje fue perfecto. Bueno, al menos al principio. Todo lo que él había vaticinado se cumplió casi exactamente. Cuando notaba que lo que sentía por él pugnaba por salir a la superficie de mi mente, intentaba visualizar el colchón de mi casa de Irlanda y con la imaginación metía debajo aquellas sensaciones y sentimientos, como la carta que había escrito. Y luego continuaba sumergiéndome de lleno en mi nueva vida neozelandesa con el entusiasmo impulsivo de una persona valiente que se arroja a un mar desconocido.

Papá y mamá seguían sorprendidos y felices ante mi cambio de actitud —«entusiasmados», decían— y el gran esfuerzo que estaba haciendo.

Decían que la diferencia venía motivada por pensar en positivo.

He descubierto que puedes pasarlo muy bien en un sitio aunque al mismo tiempo eches de menos otro, y yo echaba de menos Irlanda. Obviamente, extrañaba más a Oscar de lo que nadie puede imaginar que se puede extrañar a un ser humano sin ponerse enferma o estar triste a todas horas.

Solía soñar con él; en mis sueños aparecía siempre en la ventana, balanceando las piernas y sonriendo con su hermosa sonrisa.

Le hice prometer que me avisaría en cuanto hubiera algún indicio de que alguien fuera a mudarse a nuestra casa. Le dije que aunque no se mudara nadie, tenía que seguir en contacto con regularidad. Y él me lo prometió, y lo hizo. Los dos lo hicimos, al principio.

**Para: Meg Molony**

**De: Oscar Dunleavy**

**Asunto: Unas cosillas a tener en cuenta**

No quería decirte todo esto antes de que te fueras, pero ahora que has decidido disfrutar de la aventura, ahí van unos cuantos datos útiles que quizá deberías saber.

Dato número uno: puertos muy sucios en Nueva Zelanda, a menudo enfermedades transmitidas por agua que ponen en riesgo la vida, muchas de ellas muy extendidas por el país. No beber agua del grifo.

Dato número dos: los neozelandeses son unos insensatos y entre sus

deportes más populares se cuentan el descenso de aguas bravas, el puenting, el críquet y otras actividades de riesgo. De nuevo, evítalos.

Dato número tres: el tiempo en Nueva Zelanda es a veces impredecible, así que lo ideal es no comprometerse a realizar ningún tipo de viaje y mantenerse a cubierto todo lo posible. Si te ves obligada a hacer alguna excursión, no salgas nunca sin llevar encima un surtido de material que incluya bebidas, protector solar, comida, suministros, ropa de abrigo, teléfono y, a ser posible, bengalas luminosas.

Dato número cuatro: prácticamente se produce un terremoto por minuto, así que es fundamental que aprendas el protocolo para afrontarlos y sobrevivir.

**Para: Oscar Dunleavy**

**De: Meg Molony**

¿Desde cuándo eres un experto en salud y seguridad? M Xox

**Para: Meg Molony**

**De: Oscar Dunleavy**

Meggy, tómatelo en serio. Quiero decir que toda precaución es poca. O xx

Hasta que un día, poco después, leí este mensaje suyo en Facebook:

¿Qué tal, Meggy? ¡Te estoy escribiendo desde mi cuarto y he visto encenderse una luz en el tuyo!

Veo a una persona con pelo largo que anda por tu habitación y está sacando y colgando su ropa con calma y metiendo cosas en los cajones. Se me hace extraño que no seas tú, Meggy. Ojalá lo fueras.

Xxx

«Lo sé, y además de verdad», había respondido yo mientras intentaba hacer caso omiso de un estremecimiento que noté dentro de mí.

Después me dio más detalles:

Me pareció que te apetecería estar al tanto de todas las novedades sobre

los inquilinos. Seguro que te gustará saber que son agradables y van a cuidar muy bien de vuestra casa. Sí, la chica que de la que te hablé ahora duerme en tu habitación, pero no te preocupes, es bastante maja y además muy ordenada. Es bueno volver a tener a alguien ahí al lado. Aunque claro, yo preferiría que fueras tú.

Se llama Paloma. Paloma Killealy.

No sé por qué, pero le pedí que le hiciera una foto y me la mandase.

Ya te mandaré otra mejor cuando pueda hacerle una de cerca. De momento tendrás que conformarte con esta. Espero que te estés echando protector solar y que te mantengas a salvo de los escorpiones.

Oscar xx

Pinché en el archivo adjunto y me encontré la foto de una persona entre sombras; lo único que vi en realidad fue más bien una silueta, detrás de mis cortinas blancas. Tenía la cabeza inclinada y parecía que sostenía algún tipo de luz inestable, quizá una vela, o una linterna estropeada, que arrojaba unas sombras extrañas en mi antiguo cuarto y lo hacía parecer un lugar desconocido, y me arrepentí al instante de haberle pedido a Oscar que le hiciera una foto, o, ya que la había hecho, de que me la hubiera enviado.

Poco después me mandó otra, tal como había prometido. Tampoco era muy nítida y seguía teniendo la cara oculta por una sombra oscura, pero esta vez estaba sentada en el alféizar de mi ventana y asomaba el cuerpo de una manera como solo lo haría alguien que conociera muy bien a la persona que le está sacando la foto.

Y al poco tiempo, Oscar apenas hablaba de nada ni de nadie que no fuera ella. Parecía conocer miles de detalles de su vida: que iba a nuestro colegio, que su madre se dedicaba a los negocios y que estaban buscando una casa más grande mientras estaban de alquiler en la nuestra y que había cosas de mi casa que no le gustaban. Por ejemplo, que era demasiado pequeña y que las tuberías hacían ruido cada vez que se abría un grifo, que el cuarto de la caldera olía raro y la ducha que había al lado de su habitación era totalmente impredecible; a veces te escaldabas y al momento te morías de frío.

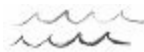
—Dile que no es impredecible —le contesté a Oscar—. Dile que lo único

que tiene que hacer es saber bien cómo funciona.

Me dijo que le había dado el recado y luego se puso a hablar de sus enormes ojos castaños y su pelo de seda dorada.

¿De seda dorada?

Había observado con detenimiento las dos fotos que me había mandado y por lo que pude percibir, no me dio en absoluto la impresión de que su pelo fuese de seda dorada. Me pareció un pelo normal y corriente, como el de cualquiera. Nada fuera de lo común.



Me esforcé lo que pude por alegrarme por Oscar. Cuando le conté a mi madre que se estaba haciendo amigo de la chica que ahora ocupaba mi cuarto, me preguntó si la nueva situación me provocaba algún sentimiento especial que quisiera comentar con ella.

—¿A qué te refieres? —le pregunté, y por primera vez en mucho tiempo me sentí algo molesta.

—Quizá sea difícil para ti que te hablen de alguien que duerme en tu cama y pasa tiempo con Oscar —dijo mi madre.

—No sé de qué estás hablando —dije. Cerré el portátil de golpe y me dirigí a la puerta—. De todos modos, la que quisiste alquilar la casa fuiste tú. A mí nunca me pareció buena idea, y además ahora ya no importa, ni me interesa lo más mínimo, porque tengo un montón de amigos aquí. No dependo de Oscar para nada.

—No he dicho que dependas, solo que...

—Mamá, de verdad, estoy bien. Quiero decir, que Oscar puede estar con quien le dé la gana. ¿Cómo le voy a impedir algo así? De hecho, me alegro. Me preocupaba cómo iba a pasar el invierno, qué iba a hacer, y ahora mira, fíjate. Ha hecho una nueva amiga y es genial. Me alegro mucho, mucho por él, ¿está claro?

Luego le dije que me iba al lago con unos cuantos de mis nuevos amigos. Que quizá incluso hiciésemos esquí acuático.

Y lo hicimos, y después estuve hablando con Keira y Dougie y algunos más y les hablé de esa chica y me pregunté en voz alta si Paloma Kilooly, o como

se pronunciara ese nombre ridículo, sabría hacer esquí acuático o surf, o si alguna vez se habría bañado en un lago rodeada de cisnes negros de plumaje brillante y enormes montañas escarpadas que la contemplaran desde un cielo limpio y azul.

Nos sentamos a una mesa de picnic, y me puse a jugar con unos mechones de mi pelo pelirrojo, los sostuve entre los dedos y me pregunté qué aspecto tendría con el pelo de color distinto, por ejemplo, negro cisne o seda dorada.

—Aquí he hecho un montón de cosas que seguro que ella no ha hecho en su vida —anuncié a todos. No sabía muy bien por qué, ni ellos tampoco.

—Venga, Meggy, no te agobies —dijo Dougie—. Te vas dentro de un par de meses, y volverás a tu habitación, y tú y Oscar seguiréis exactamente como estabais antes.

Cuántas veces me acordé después de sus palabras; llegaban a hacerme tanto daño como si alguien me tirara una piedra a la cara.

**Para: Meg Molony**

**De: PalomaK**

**Asunto: ¡¡¡Hoolaaaaa desde TU CUARTOOOOOOO!!!!**

¡Querida Meg Molony!

Oscar Dunleavy me ha dado tu dirección y por eso te estoy escribiendo... ¡¡Espero que no te parezca mal!! ¡Como probablemente ya sepas, mi madre y yo estamos viviendo en tu casa! ¡¡Y yo duermo en tu habitación!! ¡¡Y me pareció buena idea mandarte unas líneas para presentarme, ya que vamos a star en el mismo curso cuando vuelvas!!! ¡¡Espero que stés disfrutando de NZ!!! ¡¡Me he hecho MUY amiga de Oscar!!! ¿A que es divertido? ¡¡Es fantástico!! ¡¡Será gnial conocerte cuando vuelvas!!

PalomaK

PD: Por Dios bendito, ¿cómo funciona la ducha? Creo que nunca le voy a pillar el tranquillo.

Parecía maja, tuve que reconocerlo. Es decir, que era un mensaje muy cordial y —aparte de la sobredosis de signos de exclamación— no le encontré ningún defecto. Quería ser agradable, y Oscar siempre me recordaba que la



mayoría de la gente era en esencia buena y que no merecía la pena pensar mal de ellos. ¿Y por qué no iba a hacerse amiga de Oscar? Todo el mundo quería ser su amigo. No había nadie en el colegio que no quisiera serlo, y nadie a quien cayera mal. Él era así.

Le contesté diciéndole que era «gnial» tener noticias tuyas y que yo también estaba deseando conocerla en persona.

A la mañana siguiente, tenía otro mensaje esperándome:

**Para: Meg Molony**

**De. PalomaK**

**Asunto: Por cierto...**

Hoy quité el colchón de tu cama y adivina qué me encontré debajo. ¡Sí! ¡¡Una carta para Oscar!! ¿Cómo llegó hasta allí? Bueno, el caso es que la metí en su buzón, ¿te parece bien? No tienes por qué darme las gracias, ¡¡¡es el tipo de favores que se hacen las compañeras de habitación!!! ¡Escríbeme! ¡Seremos amigas por correspondencia! ¿A que es divertido?

Px

Un sofoco tremendo me invadió el cuerpo entero como una ola, seguido de lo que parecía un puñal de hielo que me perforaba el estómago. Mierda. Intenté desesperadamente acordarme de las palabras exactas que había escrito, pero lo único que recordaba era que contenía una declaración de amor en toda regla. Y ahora Oscar lo iba a leer..., si es que no lo había leído ya. Paloma no tenía la culpa. Creyó que me hacía un favor. No tenía nada que reprocharle.

Sentí mareo y náuseas. Quizá aún había tiempo, pensé por un momento mientras la imagen de Oscar leyendo mi carta se iba haciendo cada vez más nítida y más humillante.

Miré la hora a la que me había mandado el mensaje, y durante un alentador instante de lucidez creí que aún podría dar marcha atrás a todo y convencer a Paloma para que sacara la carta de allí antes de que Oscar tuviera oportunidad de leerla. Pero no había manera, por supuesto. La había enviado hacía más de un día. Ya habría leído mi carta, y sabría lo que decía y ya era demasiado tarde para hacer nada excepto quedarme sentada pestañeando ante mi ordenador y pensar cuál podría ser mi siguiente maniobra de salvación.

## EL OCTAVO TROZO



En cuanto la leí, deseé no haberlo hecho.

Querido Oscar:

En el caso hipotético de que alguna vez se te haya pasado por la cabeza que tú y yo pudiésemos llegar a salir juntos como pareja, creo que te convendría saber que eso nunca, nunca va a pasar. No tengo ningún interés, y lo mejor es que vayas acostumbrándote a la idea. ¿Quizá ha llegado el momento de pasar página? Deja de obsesionarte con una persona y mira las posibilidades que tienes en otros sitios. Está muy bien que seamos amigos y todo eso. Si estoy sacando conclusiones equivocadas, dímelo. Pero me pareció conveniente dejar las cosas claras para que puedas seguir con tu vida y yo con la mía.

Lo que trato de decirte en realidad es que necesitas volar solo.

Adiós,

Meg

Me tumbé en la cama, rígido y tenso, y dejé que miles de ideas sombrías se agolparan en mi cabeza, una tras otra. Y luego oí un ruido. Era Paloma, que estaba lanzando esos pequeños fragmentos de yeso —que había encontrado en el alféizar de Meg— contra mi ventana y me preguntaba por la carta. No estaba de humor para hablar de ello, pero Paloma tenía un modo tan especial de mirarme, con un pestañeo lento, que me entraron ganas de contarle todos mis secretos. Y antes de que me diera cuenta, le estaba confesando que Meg no sentía ningún interés por..., bueno..., por mí. Escuchó con atención, asintió varias veces y comentó «ajá, ya, mmm». Me dijo que me iba a dar un consejo. Que la única manera apropiada de responder a una carta como esa era no

hacerle el menor caso y actuar como si no me importara lo que decía; como si su contenido fuera totalmente irrelevante y no trajera consigo ninguna consecuencia.

—Oscar, tienes que hacerle saber que el contenido de esa carta te importa tan poco que prácticamente ni te acuerdas de lo que decía. Esa es con mucho la mejor manera de tomarse algo así.

Supuse que Paloma estaba haciendo todo lo posible por mostrarse sensata y sincera, y por ayudarme, y quise seguir su consejo.

—Para mí, lo mejor que puedes hacer es dejar de pensar en esa chica. No parece que sea muy buena —dijo entonces Paloma; se trataba de su opinión, posiblemente valiosa si eres capaz de aplicar la lógica a una situación concreta.

Pero lo que yo sentía por Meg no contaba, ni siquiera existía en la parte lógica y racional de mi cerebro. Paloma podría haber ordenado a mi corazón que dejara de latir, o a mi sangre que dejara de correr por mis venas.

Después de que Paloma me diera las buenas noches, oí el sonido metálico de un mensaje que llegaba a mi bandeja de entrada.

**Para: Oscar Dunleavy**

**De: Meg Molony**

**Asunto: Carta accidental. Por favor, no hagas caso**

Oscar, lo siento muchísimo, pero Paloma me ha escrito y me ha dicho que te metió una carta mía en el buzón y sí, es mía, pero no tenías que haberla leído; es que en realidad no quería decir lo que puse cuando la escribí. Lo hice sin pensar. Es que no estoy segura de lo que me pasó por la cabeza en aquel momento y no solo no pretendía escribirla, sino que además nunca tuve intención de que llegaras a leerla. Solo fue una especie de garabato hipotético y distraído; nada de lo que dice es cierto en realidad.

Así que por favor no la tengas en cuenta. ¿Puedes hacer como que nunca la escribí y nunca la leíste? Espero que no te importe. Avísame cuando recibas este mensaje para poder olvidarnos de todo esto.

Meg

**De: Oscar Dunleavy**

**Para: Meg Molony**

**Asunto: Carta accidental; por favor, no hagas caso**

Meg, ha sido un alivio leer tu mail. Y me parece perfecto que nos olvidemos de la carta. Para serte sincero, me quedé medio desconcertado cuando la leí, así que saber que en realidad en ningún momento pretendiste que la leyera parece bastante lógico. Olvidémosla, como tú dices. Me parece bien, si a ti también te lo parece, y la verdad es que creo que es lo mejor que podemos hacer.

Ah, y, por cierto, Meg, si alguna vez te he causado una impresión errónea... Ya sabes, si alguna vez he intentado insinuar algo sobre nosotros en el pasado, tú también deberías olvidarlo, porque en realidad no pretendí dar a entender nada. No pretendí enviar ningún mensaje engañoso, ¿vale? Si te he dado pie para que creas que pienso en ti de una manera determinada, lo siento. Jamás habría querido que te llevaras esa impresión. Pero sigamos siendo amigos, porque, de hecho, eso es lo que somos, ¿no?

Gracias.

Oscar



## **EL NOVENO TROZO**



Una vez que has leído una carta, no la puedes desleer. Quizá debería haberme tranquilizado al saber que le parecía perfecto hacer lo que le había pedido, es decir, que se olvidara de todo. Pero no fue así. Me sentí destrozada, rechazada y humillada. Era yo quien le había pedido que no hiciera caso de lo

que había escrito sobre lo que sentía por él. Entonces, ¿por qué era yo la que se llevaba una bofetada? Mi secreto había quedado al descubierto. Y lo que él sentía por mí, o mejor dicho, lo que no sentía, había quedado más claro que el agua. Supongo que debería alegrarme haber dado el primer paso y retirar lo que nunca pretendí decirle en aquella carta que tampoco pretendía enviarle. Y sin embargo, no me alegraba para nada. Sentía de todo menos alegría.

Desde entonces, algo se rompió entre Oscar y yo. Nuestra amistad quedó tan dañada que no iba a ser capaz de arreglarlo. Nada volvería a ser como antes.

Meg:

¡Buenísimas noticias! ¡Estoy empezando a conocer a Paloma y es genial! Tenemos muchas cosas en común y mucho de qué hablar, y nos sentamos en la ventana como antes hacíamos tú y yo, y la vida no ha sido tan aburrida como me temía. Te mantendré informada.

Muchos saludos de tu amigo,  
Oscar

Capté el mensaje.

Seguí lamentando haber sentido lo que sentí, haberlo puesto por escrito y haberlo guardado debajo de mi colchón, donde lo encontró Paloma, que había acabado mandándoselo. Pero ya era demasiado tarde.

Intenté olvidarlo, pero no puedo decir que fuera fácil. No podía apartar a Oscar de mi cabeza, y las cosas que decía me asaltaban continuamente. Soñaba con su rostro y con lo divertido que era, y me imaginaba que veía su bici titilando a la luz de la luna; y a veces, cuando dormía, soñaba con el olor de sus tartas de manzana, aunque cuando me despertaba el olor había desaparecido.



Y mis padres no dejaban de repetir lo maravillosamente bien que me estaba adaptando a la vida en Nueva Zelanda. A menudo decían —a todo el que quisiera escucharlos— que era muy buena señal que no abriese Facebook cincuenta veces al día para saber qué hacían mis amigos de Irlanda, y que ni

siquiera pareciese sentir la necesidad de mandar mensajes a Oscar todo el tiempo. Que conste que esto al final resultó ser uno de los peores errores de mi vida.

Nunca se me había pasado por la cabeza llegar a perder el contacto con él; quiero decir, antes de que lo perdiera. Me pareció que tenía motivos para hacerlo. Pero resulta que no eran motivos de peso. Resulta que jamás se debe perder el contacto con la gente que se supone que es importante en tu vida. No existen excusas para hacerlo.

## EL DÉCIMO TROZO



Meg dejó de escribirme mensajes y no había manera de contactar con ella. Y aquel era precisamente el momento en que me habría venido de perlas hablar con ella sobre un montón de cosas que estaban sucediendo. La Meg de antes habría sido una ayuda inestimable. La Meg de antes habría hecho lo posible por ayudarme a comprender, y todo podría haber sido mucho mejor, pero a medida que pasaban las semanas me pregunté si la Meg de antes iba a volver algún día. Hasta empecé a dudar de su existencia. Cuando se marchó, no pasaba un solo día sin tener noticias suyas. Ahora llevaba más de un mes sin recibir un solo mensaje.

Me acordaba de cómo había dado por supuesto que Meg era mi amiga especial y lo tonto que había sido al pensar que teníamos un futuro excelente por delante cuando ella volviera. Y cuando me di cuenta de que estaba equivocado —absurda, vergonzosa y humillantemente equivocado—, de repente todo lo que me rodeaba perdió su color y se convirtió en un mundo en blanco y negro, y la magia pareció desvanecerse y lo único que me quedaba era intentar hacer acopio de mi amor propio e intentar convencerme de que la esperanza que había albergado en realidad nunca había existido. Me comporté

como si no me sintiera destrozado o abatido. Fingí que no me importaba.

Después de la carta, todo fue distinto. ¿Cómo iba a ignorar algo así? Quizá haya personas que sean capaces, pero yo no. Y no es que no lo intentara, pero el simple hecho de conocer su existencia lo marcó todo.

Tampoco es que no hubiera otras cosas en mi vida: por ejemplo, Paloma. Se había portado genial conmigo y nos habíamos hecho muy amigos. O al menos eso me parecía. Supongo que a veces era difícil de adivinar lo que pensaba y, de acuerdo, había momentos en los que no sabía a qué atenerme con ella. Solía ir a buscarla para ir juntos a clase y normalmente me acompañaba encantada en su bici e íbamos charlando todo el camino hasta que nos acercábamos a la verja del colegio; entonces era como si desapareciese. Muchas veces me costaba trabajo volver a verla en todo el día.

La veía en el patio, pegada a gente como Andy Fewer y Greg Delaney, que también eran muy amigos míos, y yo la saludaba con la mano, y cuando levantaba la vista o si me veía acercarme a ella, ponía una sonrisa extraña, se reía y luego desaparecían los tres, cada uno en una dirección. Y yo me quedaba saludando al aire y sintiéndome como un idiota.

Paloma había hecho muchos amigos desde su llegada, y a menudo le gustaba tener conversaciones a solas con ellos. La mayor parte de las cosas que les decía debían de ser muy graciosas, porque sus amigos solían estallar en ruidosas carcajadas justo después de que ella les susurrara algo al oído.



Mis tartas de manzana nunca parecían funcionar con mi padre, y no porque no lo intentara. Pero daba igual cuántas veces lo animara a que comiera un trozo; no parecía importarle. Saqué en conclusión que había gente inmune a sus efectos y no se podía hacer nada por evitarlo.

Hasta que una noche, papá, Stevie y yo vimos aquel programa. Salía un repostero famoso, no mucho mayor que yo, que precisamente estaba enseñando a hacer tartas —casualmente, tartas de manzana— muy parecidas a las mías. Mi padre se irguió en su asiento, señaló el televisor y luego me miró y sonrió.

Hacía mucho que no lo veía sonreír. Me dijo que mis tartas tenían mucha mejor pinta que las del programa, que seguro que no estaban ni de lejos tan

ricas como las mías.

Cuando se levantó para ir a la cocina a prepararse una taza de té, Stevie me susurró que aquello era una señal. Daba la impresión de que era la primera vez que papá decía algo desde hacía semanas.

Como siempre, Stevie se mostró encantado de ayudar y tamizó la harina en nuestro gran cuenco de cristal ante la mesa baja que había instalado para él. Aquella noche hice cuatro tartas.

Papá dijo que sería de glotones quedarnos con todas, así que podía llevar un par al colegio al día siguiente, y a Stevie le pareció una idea genial.

Pero yo no estaba seguro. Había procurado desde siempre que mis habilidades reposteras pasaran desapercibidas ante mis compañeros de clase. Hay que tener cuidado con esas cosas. El colegio no siempre es el sitio más adecuado para presumir cuando se trata de algo poco común, eso lo sabe cualquiera.

Así que, para asegurarme, decidí comentarlo con Paloma antes de tomar una decisión.



Por suerte, aquella noche estaba sentada en la ventana de Meg cepillándose el pelo. Cuando me vio, sonrió y me preguntó de dónde salía aquel olor tan delicioso. Me pareció que era el momento apropiado para hablarle de mi talento especial. Pareció entusiasmada; de hecho, exclamó:

—¡Oooh, qué guay!

Le pregunté si, en su opinión, a nuestros compañeros les gustaría que les llevara una tarta de manzana casera, y ella sonrió y dijo que por supuesto, que era extraordinario que un chico de mi edad supiera hacer esas cosas, y yo le dije que estaba algo preocupado porque la gente podía pensar que era «diferente».

—De ninguna manera, ¿por qué iban a pensar eso? Sí, sí, llévalas, Oscar, seguro que dejas a todo el mundo con la boca abierta —dijo, y las estrellas arrancaron trémulos destellos a su pelo dorado.





Paloma tenía razón. Jamás podría haberme imaginado una reacción tan positiva. Al día siguiente, el señor O’Leary llevó una de las tartas a la sala de profesores y dejó la otra en clase, sobre la mesa que había junto a la pizarra. Cuando volvió, anunció que tenía algo que decirnos:

—¡Escuchadme todos! ¡Creo que hemos encontrado al candidato para el concurso de talentos!

El concurso de talentos era una competición a nivel nacional; los colegios presentaban al alumno que creían más adecuado y que mostrara las habilidades que consideraban convenientes. Minutos después, muchos de mis compañeros ya habían probado un trozo y aplaudían y exclamaban cosas como «¡Bien hecho, Oscar!», y la gente afirmaba que por supuesto ganaría en representación del colegio, lo cual sería estupendo, porque el premio consistía en un iPad para cada alumno. Así que nos hizo mucha ilusión a todos, y al principio me sentí orgulloso de poder representar al colegio haciendo algo que me encantaba. Sabía que tenía un don, pero nunca me había imaginado que quisieran que lo demostrara en un concurso.

A Paloma no la vi tan feliz como esperaba. Parecía más bien molesta. No entendía por qué todo el mundo andaba tan alborotado.

—Pero si fuiste tú quien dijo que a todos les iban a encantar las tartas —le dije.

—Ya, bueno, y acerté, ¿no? —replicó sin demasiado entusiasmo.



Aquel día no castigaron a nadie y tampoco hubo deberes, y los profesores pasaron el día entero como si estuvieran disfrutando de verdad.

También ocurrieron muchas otras cosas buenas: nuestro equipo de hockey pasó a las semifinales de la liga regional por primera vez desde 1973, y el coro del colegio cantó el *Ave María* tan extraordinariamente bien que la señora Stockett se emocionó. Luego explicó que era de felicidad y de orgullo.

—¡Hoy hay magia por todas partes, Oscar! —exclamó el señor O’Leary cuando me marchaba.

No era magia, pensé para mí. Solo se trataba de gente amable con los demás y que mostraba lo mejor de sí. En secreto, tuve la sensación de que las

tartas de manzana habían vuelto a causar su efecto, y debería haberme sentido feliz por ello. Pero cuando llegué a casa, mi padre estaba tan callado y tan triste como siempre. Y al cerrar los ojos vi la cara de Meg, y la oí hablar, y deseé, más de lo que era consciente haber deseado nunca, poder retenerla a mi lado, justo en el momento en el que parecía estar escapándose.

¡Hola, Megser!

¿Qué pasa? ¿Cómo es que no has seguido escribiendo?

Por aquí todo va bien, pero me gustaría saber de ti. ¿Qué tal tus nuevos amigos?

De las noticias de por aquí, supongo que te alegrará saber que me han seleccionado para el concurso nacional de talentos de este año. Yo, Oscar Dunleavy, voy a representar al colegio.

Dice Paloma que a mucha gente le habría encantado que la seleccionaran, así que me puedo considerar afortunado. De hecho, dice que le gustaría haber podido aprovechar el concurso como oportunidad para enseñar sus diseños, que, por lo visto, le salen genial. Cree que si no me hubiera animado a llevar las tartas de manzana, hubieran tenido en cuenta otros talentos. Me dijo que había tenido un buen golpe de suerte y que debería agradecersele a ella, y la verdad es que se lo agradezco.

Pero ahora dice que no le importa, y que espera que gane. Que me merezco todo lo que se merece la gente con este tipo de habilidades, y que debe admitir que, después de todo, las tartas están riquísimas.

Me está ayudando a preparar el ensayo general delante de toda la clase. Siempre está dispuesta a echar una mano. Tiene mucho interés en que me salga bien y se pasa horas hablando de ello. Andy y Greg aprendieron a usar iMovie en verano y me van a hacer una entrevista delante de todo el mundo, así que seguro que dentro de nada me convertiré en la sensación de Internet, ja, ja.

Oscar xx

La cuestión era que Paloma estaba muy impresionada con mis tartas y eso me alegraba. Lo que ya no le parecía tan bien era que me hubiesen escogido para el concurso de talentos «así, porque sí», y cada vez que se ponía a explicarlo, me daba cuenta de que tenía parte de razón. Chasqueaba sus dedos

largos, suaves y con las uñas pintadas, para ilustrar lo rápida y aleatoria que había sido la decisión.

—No deberían haber elegido a nadie sin haber dado una oportunidad a los otros, ¿no? Todo el mundo debería tener la posibilidad de mostrar lo que sabe hacer antes de elegir al ganador, ¿no?

El señor O’Leary insistía:

—Cállate, Paloma. Por supuesto que no necesitamos hacer una selección; ya sabemos a quién vamos a presentar de este colegio. A Oscar. A Oscar Dunleavy y a sus deliciosas tartas de manzana con sus exquisitos adornos; son increíbles.

—Nadie ha ganado jamás un concurso de talentos con comida —protestó ella.

—Sí —la contradijo Alison Carthy—. Un chico pasó a la final en directo de *Tú sí que vales* del Reino Unido con unas tostadas muy artísticas.

—Ya, y mira, fíjate lo ridículo que suena. Las tartas de manzana parecerán igual de extrañas y nuestra clase no tiene por qué ser el hazmerreír del colegio. Si pasa, todo el puñetero mundo se va a reír de nosotros. No es justo. Hay más gente con talento en esta clase. Al menos deberíamos tener la oportunidad de demostrar lo que somos capaces de hacer.



Más tarde, por la ventana, Paloma me dijo que esperaba que entendiera su punto de vista. No había pretendido menospreciar mis habilidades, y quería que supiera que no era nada personal.

—No te ofendas —me dijo—, estoy de tu parte al cien por cien en lo que respecta a tu talento. Lo que pasa es que alguien tiene que defender la democracia, la libertad de expresión y la justicia igualitaria para todos.

Las tres cosas muy dignas de defensa, admití, cuando reflexioné sobre ello.

## EL UNDÉCIMO TROZO



Oscar me había prometido que todo iba a ser como antes. Había oído cómo lo decía, y me había mirado a los ojos desde la ventana donde creí que siempre estaría esperándome. Pero me había mentido y ahora lo sabía, porque todo estaba cambiando radicalmente.

Había otra persona ocupando mi lugar, viviendo en mi habitación, asomándose a mi ventana y manteniendo largas conversaciones con él, ayudándole con la fase regional del concurso de talentos y hablando de tartas de manzana, competencias y sabe Dios cuántas cosas más justo en el sitio donde yo estaba antes.

No quería hablar con él, ni mandarle ningún correo ni ponerle al día de lo que pasaba. Quería castigarlo, creo. Quería castigarlo por hacerse amigo de alguien, lo cual da muestra de la persona tan horrible que soy. ¿Cómo podía reprochárselo? Oscar era el chico más sociable que conocía. Era propio de su carácter hacer amigos, especialmente entre la gente nueva que se acababa de incorporar al colegio y no conocía a nadie. Los recién llegados, como todo el mundo sabe, son vulnerables y necesitan que se los trate con amabilidad.

No estaba bien que me sintiera celosa. Pero el aguijón de los miles de kilómetros de distancia era profundo y agudo, y pareció insensibilizarme y hacer que le volviera la espalda, lo cual, como ya dije, era algo que jamás había imaginado que sería capaz de hacer hasta que lo hice.

Mi falta de comunicación no desanimó a Oscar. Siguió escribiendo, pero yo ya sabía, sabía lo distinto que era todo, y desde entonces noté su sentido del deber impreso en todos sus mensajes, y eso también me aguijoneaba. No me escribía porque de verdad quisiera, o al menos yo no lo creía así. Me escribía porque era lo correcto, porque yo estaba lejos y porque me había prometido que lo haría.

Oscar, pensaba yo con amargura, no me hace ninguna falta que cumplas con lo que crees que es tu deber. Voy a demostrarte lo poco que te necesito. Espera

y verás qué bien me las arreglo sin ti.

**De: Oscar Dunleavy**

**Para: Meg Molony**

**Asunto: Desastre en el concurso de talentos**

No estoy muy seguro de por qué, pero todo el mundo se ha puesto en contra de que presente la tarta de manzana. Pensé que a lo mejor tú podrías ayudarme a entenderlo.

Te voy a contar lo que ha pasado. De todos modos, probablemente te ibas a enterar antes o después: tuve que ensayar delante de toda la clase, y fue un desastre porque pasé tanta vergüenza que ahora me estoy planteando seriamente no presentarme al concurso.

Por suerte, Paloma ha estado trabajando mucho en sus diseños y me ha dicho que le gustaría ocupar mi lugar si decido no presentarme, lo cual sería la solución perfecta, porque no me apetecería nada dejar colgado al colegio si me retiro. Creo que sería mucho mejor en todos los sentidos que fuese ella. No sé muy bien por qué se ha producido ese giro de 180 grados, pero parece ser que de pronto mucha gente empezó a pensar que no iba a haber nadie interesado en ver a un niño haciendo tartas de manzana. Que podría resultar un poco rarito. ¿A ti qué te parece?

Paloma se está portando genial y dice que quizá debería intentar desarrollar una habilidad distinta que pueda «llegar» a más gente.

Me encantaría que me escribieras y me contaras cómo te va. Molaría tener noticias tuyas. Parece que ha pasado una eternidad desde que..., bueno..., desde que me escribiste por última vez.

Tu amigo,

Oscar

Yo no podía dejar de pensar en la carta que había llegado a sus manos por accidente y en la humillación espantosa que sentí al saber que la había leído..., y la vergüenza aún más espantosa por que le hubiera horrorizado la idea de que estuviera enamorada de él.

No podía reprocharle que sus sentimientos no fuesen recíprocos. Por supuesto que no; al menos, desde un punto de vista lógico. No puedes obligar a

nadie a sentir algo que no siente, ni a decir algo que no le sale. Pero aunque no tenía sentido enfadarme con él, y aunque intenté no hacerlo, el caso es que me enfadé, y por eso, cuando al final opté por escribirle, le dije lo siguiente:

**De: Meg Molony**

**Para: Oscar Dunleavy**

**Asunto: Todo bien, gracias**

Hola, Oscar, perdona que haya tardado tanto en contestarte. Espero que todo vaya bien y que tu vecina y tú sigáis pasándolo bien juntos. A mí la verdad es que por aquí me va de maravilla, gracias. Te parecería increíble cuántos amigos nuevos he hecho. Son muy divertidos, en serio. No paramos de reírnos. Todos los días al salir de clase vamos al lago y hacemos esquí acuático y barbacoas y lo que nos apetezca. Es guay. Además, ya sabes, tenemos muchísima suerte con este tiempo, este ambiente y todo lo demás. ¿Qué tal se está portando el invierno irlandés? Espero que no haga demasiado frío, o que no llueva demasiado y esas cosas.

Así que, aunque básicamente me dedico a pasármelo bien, la verdad es que ando muy liada y no creo que pueda escribirte con tanta frecuencia como hasta ahora. Y tampoco espero que lo hagas tú. Quizá sea el momento de que empecemos a vivir en mundos distintos.

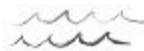
O sea, que lo que quiero decir en realidad es que no tienes por qué sentirte obligado a seguir mandándome mensajes, ¿de acuerdo? Siempre me alegra tener noticias tuyas, y no es que no me guste recibir tus mensajes, Oscar, pero tengo que seguir con mi vida, ¿entiendes? Lo único que ocurre es que no puedo pasarme la vida pendiente de la pantalla del ordenador por si hay mensajes tuyos cuando ahí afuera brilla el sol y debería estar haciendo otras cosas para sacar el mayor partido posible a todo. Tengo que «disfrutar la experiencia», ¿recuerdas? Necesito explotar al máximo todo lo que me rodea. En este momento, Nueva Zelanda es mi hogar. Así que..., supongo que habrás entendido a qué me refiero.

Ah, y, por cierto, ya que me preguntas, casi te diría que eso de hacer tartas de manzana es un poquitín raro, sí. Si tienes posibilidad de retirarte, quizá lo mejor sea que no te presentes al concurso ese de lo que sea. Yo que tú no iría.

Meg

Fui rastrera y mezquina, lo sé. Oscar era mágico, igual que sus tartas, y todo el mundo debería saberlo igual que yo. Pero estaba celosa y quise hacerle daño y hacer que se sintiera como un gusano porque yo no le gustaba. Y no quería que él y Paloma se convirtieran en las estrellas de la clase de 3R durante mi ausencia.

Ojalá pudiera retirar todo lo que le dije.



Oscar contestó casi de inmediato para decirme que entendía mi punto de vista sobre lo de las tartas, pero que no tenía ni idea de a qué me refería al decirle que no deberíamos seguir escribiéndonos. Dijo que él iba a continuar escribiéndome porque eso es lo que hacen los amigos.

Pero yo no estaba dispuesta a cambiar de idea. Después de aquel seguí recibiendo mensajes suyos: pequeñas notas e ideas y recordatorios de cosas que nos habíamos dicho. Yo sentía que nuestras ventanas se encontraban a millones de kilómetros de distancia y todo lo que nos habíamos dicho sonaba vago y desdibujado; lo recordaba como algo distorsionado y complejo por lo lejos que estaba y por aquella carta absurda. La carta absurda. La carta que jamás tenía que haberse enviado. La carta que nunca quise que leyera, especialmente ahora que estaba segura de que él no me correspondía.

**De: Oscar Dunleavy**

**Para: Meg Molony**

**Asunto: Llamando a Meg. Vuelve, Meg**

¿Meg? ¿Por qué has enmudecido? Venga, habíamos quedado en escribirnos todos los días, y ahora te has quedado callada y has desaparecido y me vendría muy bien hablar. Así que no seas mala, abre el portátil y mándame una foto o algo para que pueda recordar lo tremendamente guapa que eres, ¿vale?

Recibí unos cuantos mensajes más como ese, pero no contesté a ninguno. El último contenía tres palabras. Solo decía «Meg, ¿dónde estás?».

Dos semanas después recibimos la noticia.



## EL DECIMOSEGUNDO TROZO



Cuando llegué al colegio el uno de febrero, vi que alguien había escrito **PERVERTIDO** con letras mayúsculas en mi taquilla. Y con rotulador negro permanente.

—¿Qué demonios...? —le pregunté a Andy y a Greg, que casualmente se encontraban por allí.

—Ni idea, tío —me dijo Andy—, pero la gente no anda escribiendo cosas así en las taquillas sin motivos.

—Mira, Oscar —añadió Greg—, si te gustaba, lo único que tenías que haber hecho era decírselo. ¿Te acuerdas de cómo prácticamente se te ofreció en bandeja nada más llegar?

Y a continuación se encogieron de hombros y se alejaron mientras jugaban a darse empujones por el pasillo.

Al poco tiempo todos dejaron de hablarme. La gente se apartaba hacia el otro lado del pasillo cuando me veía. Y murmuraban y soltaban risitas sin parar cuando yo estaba cerca, y cuando le pedí a Terry Kelly que me prestara la regla, la lanzó por los aires al otro extremo de la clase, y otro alumno la atrapó al vuelo y salió corriendo.

Un jueves después de una clase de matemáticas avanzadas me asomé a la puerta del gimnasio para ver si ya había empezado la clase, y Brian Dillon pasó a mi lado y me dijo:

—¿Qué, Oscar, otra vez haciendo el perverso?

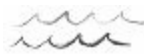


Le dije que no tenía ni idea de qué quería decir.

—Ya, claro, seguro. —Y desapareció antes de que tuviera tiempo de preguntarle a qué se refería.

Es alucinante lo rápido que puedes dejar de ser un chico normal sin ningún rasgo peculiar para convertirte en el friqui de las tartas de manzana con el que casi nadie querría hablar.

Había empezado a replantearme mi vida entera, incluso antes de conocer la verdad sobre mí mismo. Y después..., cuando lo supe todo, ya nada tuvo sentido.



Nunca conseguí pillar del todo el tranquilo a eso de saltar por la ventana y encaramarme al cerezo. Pero la noche que tomé mi drástica decisión bajé como una pequeña criatura selvática. Es curioso cómo la tristeza y la temeridad pueden ayudarte a mejorar tu destreza.

Corrí lo más deprisa que pude a buscar mi bicicleta, que relucía apoyada sobre la valla donde la dejaba siempre. Había tomado una decisión siniestra que sería irreversible, pero cada vez estaba más seguro de lo que iba a hacer. El embarcadero terminaba en una caída muy pronunciada, justo al lado de la escalera larga y oxidada que se sumergía en las profundidades.

—Meg —dije para mí—, Meg, ¿te acuerdas de cuando a veces balanceábamos las piernas en el extremo del embarcadero mientras la luz se retiraba en las tardes de invierno y nos preguntábamos que pasaría si alguno de nosotros se caía al mar?

Recuerdo que ella contestaba:

—No duraríamos mucho tiempo en esas aguas, desde luego no en invierno.

Pensaba en ello y el martilleo de mi cabeza se hizo insoportable; pero ya había decidido ponerle fin.

Solo se tardaban cuatro minutos y veinte segundos en llegar desde mi casa hasta el embarcadero, siempre y cuando se pedaleara deprisa y procurando no tocar los frenos. Además, a aquellas horas de la noche no había tráfico.

Quería vaciarme de todo lo que había en mi interior. No quería seguir aquí. Un nudo enorme imposible de desatar se apretaba cada vez más dentro

de mí. Estaba enredado y confuso y no hacía más que repetirme que lo sentía, pero no era capaz de verlo de otro modo.

Comencé a girar los pedales como remolinos y la cadena hizo un ruido relajante, como una canción lenta o un susurro tranquilizador.

«Vete de aquí», repetía aquel murmullo una y otra vez, y yo lo escuchaba porque era muy persuasivo y me reafirmaba en mi decisión.

Crucé como una bala el puente de Hallow, el de las luces que nunca funcionaban bien y se encendían y apagaban a intervalos impredecibles. Seguí al mismo ritmo hasta llegar al final del camino que conducía al embarcadero.

—Adiós, puente de Hallow —dije como un idiota, y luego continué en voz más alta—. Adiós, papá, adiós a tu silencio angustiioso y a tu dolor que no puedo soportar. Adiós, Meg, aunque a ti probablemente te dé igual, visto que has seguido tu propio camino y en realidad nuestra amistad no te importa. Adiós, Stevie, a ti sí que me da pena dejarte, pero cuando sepas la verdad sobre mí, lo cual estoy seguro de que ocurrirá algún día, también te alegrarás de que me haya ido. Y adiós, Paloma, gracias por ser la única con la valentía suficiente para decirme la verdad. Te lo agradezco. Podría decirte que nunca lo olvidaré, pero lo más probable es que me olvide de todo dentro de muy poco y ese será el punto final.

Estaba deseando terminar con aquel martilleo en la cabeza y ansioso por hacerlo.

Estaba ansioso por caer en el vacío negro que parecía arrastrarme hacia él.

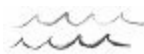
Meg. Meg Molony. Dejé que mi boca pronunciara su nombre varias veces, que serían las últimas. Meg, siento que todo saliera tan mal. Fue una tontería hacer un alegato de despedida que nadie podría oír, pero no había tiempo para escribir una nota.

Oí un extraño zumbido que sonaba cada vez más cerca y un silbido en el aire. Podía haber perdido la esperanza, pero aún conservaba mi orgullo. Y recuerdo que pensé que algo era algo, que al menos aún tenía orgullo. Fue un mínimo consuelo en medio de todo.

Creo que hasta me despedí de mí mismo, como si en mi interior hubiera dos personas, lo cual da muestra de lo trastornado que estaba.

Tomé impulso y comencé a bajar sin frenos. Es una cuesta empinada y alcancé una velocidad de vértigo, que pensé que era la explicación al silbido casi musical que se alzaba sobre los demás ruidos y cortaba el aire. Con gran estrépito y a sacudidas entré en el embarcadero, que siempre es una sorpresa tras el camino que discurre entre muros, pero esa vez no encontré ningún placer en el titilar de las estrellas ni en el destello del agua ni en el embate del mar contra las rocas, todo por mi desesperación y porque aquellos iban a ser mis últimos momentos, y en situaciones así no tiene uno tiempo para pararse a admirar el paisaje que lo rodea.

Avancé lo más recto que pude, cosa que resultó más fácil de lo que esperaba. Mi bici y yo salimos volando al llegar al final del embarcadero, y juntos caímos al mar, que es frío y enorme, y le da lo mismo si algún niño vivo se arroja sobre él o no.



Luego tuve la sensación de estar moviéndome a cámara lenta y me arañé el cuerpo contra algunas piezas de la bici. Unas algas viscosas se me enrollaron en los tobillos y perdí los zapatos. Mis brazos y piernas fueron arrastrados en distintas direcciones, como si una fuerza submarina me obligara a bailar una danza macabra.

Me sentí ligero. Pesado. Lento. Ágil. Todo eso en una rápida sucesión, pero no fui capaz de pensar en nada más que en la idea reconfortante de que pronto iba a acabar todo.

Estaba solo. Alrededor de las rocas húmedas todo estaba resbaladizo y en silencio. Mi decisión pareció cobrar un terrible sentido.

Ya no sentía pánico. No me quedaban decisiones que tomar. Creí que ya no tendría que volver a tomar ninguna más.

No sabía exactamente qué vendría a continuación. Luz y canciones, posiblemente. Quizá una hermosa música, como un arpa o algo así que sonara a lo lejos y que reconfortara mi cuerpo magullado, entumecido, muerto de frío y empapado.

Desde luego, lo que no esperaba fue lo que pasó.



Oí una voz, y esta vez no procedía del interior de mi mente. Sentí unas manos, unas manos que no eran mías y que intentaban forcejear conmigo, intentaban tirar de mí hacia arriba con torpeza.

«Así que esto es lo que se siente», me dije al tiempo que tiritaba como un poseso, pero ya sin miedo. «Es como si alguien me llevara consigo para ponerme a salvo en algún lugar. No está tan mal.»

Las manos me depositaron sobre una superficie dura e irregular, y una voz de arena y terciopelo me habló en tono bajo y suave.

Era Barney. Barney Brittle. Por supuesto, le pregunté qué demonios hacía y él me contestó qué creía que quizá algo más que rescatarme de una muerte segura en el mar. Me dijo que yo lo había salvado no mucho tiempo antes y me explicó que cada uno recoge lo que siembra; ahora le tocaba a él salvarme a mí, y allí estaba, empapado porque se había tirado al agua para sacarme. Puede que estuviera chorreando y que su aspecto fuera sombrío y desesperado, pero también era terco y percibí decisión en su mirada. Yo estaba débil y helado. Creí que sabía lo que hacía, pero no era cierto.

Me recordó que también él se había sentido muy asustado una noche, no hacía mucho tiempo, en aquel mismo lugar. Me explicó que sabía perfectamente lo que se sentía en mi estado y que no me envidiaba. Y luego me dijo que ya no tenía que pensar en nada más, porque era él quien estaba al mando. Era él quien decidiría qué iba a ocurrir a continuación, y de pronto me pareció bien. En aquel momento lo habría seguido a cualquier parte.



Seguirlo fue más difícil de lo que había imaginado. Era impresionante cómo caminaba. Al principio me propuso llevarme a hombros, pero le dije que no sería necesario. Entonces echó a andar con un paso increíblemente rápido a través del laberinto de callejuelas que se entrecruzan por todo el pueblo y llegamos hasta un muro en lo alto de Primrose Hill.

Debía de haber pasado junto al mismo muro un millón de veces, pero nunca me había fijado en la verja pequeña y frágil empotrada en él, cubierta de zarzas y enredaderas. La abrió y miró a su alrededor como si temiese que alguien pudiera vernos. Entre chapoteos, avanzamos por un sendero estrecho y tortuoso flanqueado por muros que cada vez se hacían más altos, y Barney no dejó de hablar de una manera verdaderamente extraña.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

Me respondió que estábamos subiendo hacia su casa, y el par de veces que le pregunté, para cerciorarme, si estaba muerto, me aseguró que no.

Me dijo que si lo que intentaba era suicidarme, había hecho una mala elección. Yo le comenté que no había tenido demasiado tiempo para pensarlo, que lo había planeado casi de un día para otro y después de haber estado sometido a lo que se podría denominar presión extrema.

—Me alegra poder decir que tu decisión no ha dado el resultado que esperabas. Era muy improbable que hubieras logrado acabar con tu vida con la estrategia que escogiste.

Yo me estaba quedado sin resuello al intentar mantener su paso.

—Algún sitio donde pueda refugiarse —dijo en un susurro y también entre jadeos, pero sin aminorar el ritmo ni un segundo—. Algún sitio donde pueda estar caliente y donde nadie lo encuentre. No lo echés a perder, Barney. Este chico está derrumbándose. Tienes que salvarlo.

La casa de Barney se alzaba maltrecha y melancólica, como si estuviera enfadada por haber pasado la infinita molestia primero de que la construyeran y luego de que la descuidaran hasta el punto de que parecía que allí no vivía nadie.

## EL DECIMOTERCER TROZO



Había ido al lago después de clase. Eran las seis menos dos minutos del primer jueves de febrero. Mamá tenía en las manos una enorme ensaladera de cristal llena de ensalada. Descolgó el teléfono con la mano libre y, al responder, la muñeca de la otra mano cedió y se le torció, y empezó a chorrear del borde de la ensaladera vinagre balsámico que formó un enorme charco negro en el suelo.

—Mamá, ten cuidado, lo estás poniendo todo perdido —le advertí.

Pero era obvio que no me escuchaba, porque no solo no tuvo cuidado, sino que dejó caer la ensaladera, directamente. La lechuga aterrizó a mis pies, los tomates rodaron en todas direcciones, y la ensaladera hizo un ruido increíble mientras rodaba por el suelo de la cocina como si tuviera vida propia.

Mamá tomó una bocanada de aire de una manera extraña, como a veces hace la gente cuando está ocurriendo algo terrible, incluso antes de saber exactamente qué ha pasado.



Era el señor Dunleavy. Mi madre y él hablaron un buen rato. Mejor dicho, habló él y mi madre escuchó en silencio mientras su cara se iba poniendo de un azul pálido que yo nunca había visto. Después de despedirse y colgar, me pidió que me acercara y me sentara a la mesa, y yo le dije que antes quería ducharme. Me envolvió en una toalla grande y me dijo que la ducha podía esperar.

Entonces me contó que habían sacado la bici de Oscar del mar y que habían encontrado sus zapatos.

—Bueno —dije—, que no cunda el pánico. Quizá dejó la bicicleta demasiado cerca del borde. Tiene muy poco cuidado con la bici. Y no te quiero ni contar la cantidad de veces que sale solo por ahí sin decírselo a nadie. A lo mejor perdió los zapatos porque se dio un baño.

—Cariño, ¿en febrero? No, no fue a darse un baño. Meggy, siento en el alma tener que decírtelo, pero han puesto en marcha un dispositivo de búsqueda extraordinario y... Mi vida, ya han pasado varios días y todo el mundo ha empezado a temerse lo peor.

—¿Lo peor? —dije al tiempo que levantaba la vista hacia ella—. ¿Qué significa eso?

Era una pregunta absurda, porque evidentemente sabía lo que significaba. Tenía el pelo chorreando. Deseé taparme los oídos y salir al exterior. Deseé volver al momento aún reciente en que era yo la que estaba en el agua, feliz e ignorante, sin saber nada de la bici empapada de Oscar ni de la operación de búsqueda ni de los días que ya habían pasado; días que ya no habían visto a Oscar. De pronto me sentí completamente distinta.

Corrí a mi habitación y me puse a teclear en el ordenador como una loca.

Tenía un montón de mensajes sin leer. Andy Fewer. Rob Delaney. Stevie. Y había uno de Paloma. Paloma Killealy. Me contaba lo desesperada que era la situación y me preguntaba si yo podía hacer algo que pudiera ayudar a aclarar lo que le había pasado a Oscar, porque si era así, tenía que decírselo inmediatamente, aunque era bastante improbable, dado lo lejos que estaba y que era obvio que él y yo ya no teníamos una relación tan estrecha como antes.

El mensaje de Stevie decía: «Meggy, ¿te has enterado de la noticia? Por favor, vuelve a casa. Necesito hablar contigo. Si pudiéramos hablar, estoy seguro de que lo encontraríamos. No dejes que te convenzan de que está muerto porque no lo está, Meggy. Es imposible. Vuelve a casa. Tengo que verte, en serio. Un beso. Stevie».

Leí el último mensaje de Oscar. Lo había escrito hacía dos meses. ¿Cómo podía haber pasado tanto tiempo? Entré en Facebook. Ni una publicación suya desde hacía un mes. Y ahora esta noticia. Sentí como si me golpearan en la cara una y otra vez con un objeto contundente. Oscar Dunleavy había desaparecido. Nadie era capaz de encontrarlo. Nadie sabía dónde estaba. Se había ido.

«Oscar, dice mi madre que te has largado por ahí a algún lado», escribí a la desesperada. «Dime ahora mismo que no es cierto, ¿vale? Oscar, en serio, tienes que ponerte en contacto conmigo.»

Las palabras comenzaron a temblar ante mis ojos. Aparecieron más

mensajes en mi buzón de entrada. El señor O'Leary. Otro más de Stevie.

El padre de Oscar me había enviado una lista de preguntas que daban miedo:

¿Cuándo fue la última vez que te escribió?

¿Notaste algún cambio en él?

¿De qué hablaba últimamente?

¿Mencionó en algún momento que pensaba marcharse, o quizá te contó algo que estaba planeando?

¿Se comportaba de modo raro?

¿Hay algún lugar donde suela ir y del que nosotros no sepamos nada?

¿Puede estar en algún sitio que tú conozcas?

Las preguntas ocupaban la pantalla entera y eran imposibles de contestar, cada una expresaba a gritos un mensaje de pánico mayor. Me ardía la cabeza cuando corrí de nuevo a la cocina, donde mis padres hablaban cada uno por su teléfono, en voz baja y contenida y murmurando cosas que yo no oía.

—¡Yo no quería venir a Nueva Zelanda! —grité—. Os lo dije mil veces, pero no me hicisteis caso. No quería dejar la vida que tenía en casa. No quería dejar a Oscar, y ahora... ¡Mierda, ahora mirad lo que ha pasado!

Probablemente deberían haberme mandado callar, pero no dijeron una sola palabra; ni siquiera cuando agarré una taza y la estrellé contra el suelo.



Si un amigo tuyo desaparece, es importante volver a casa para confirmar lo que significaba para ti. Tienes que regresar a los últimos sitios donde estuvo para averiguar qué ocurrió.

Era curioso que, después del trabajo que les había costado a mis padres llevarme a Nueva Zelanda, ahora volviéramos a casa por Oscar. Y por un momento pensé que tendríamos una discusión seria sobre ello, pero ni siquiera tuve que abrir la boca. Mis padres habían acordado que volver para dar el pésame al padre de Oscar y a Stevie era más importante que el hecho de que mi padre concluyese su trabajo allí.

—A veces pasan cosas y hay que echar por la borda nuestras prioridades



—me dijo.

Me alegré de que mis padres supiesen qué era lo mejor. Ya habían reservado los vuelos. Dos días después, teníamos hecho el equipaje y habíamos ultimado todos los detalles.

Jerry Dolan, un compañero de mi padre, fue quien se hizo cargo de gran parte de su proyecto de investigación. Dije que lo sentía, pero papá me pidió que no volviera a pensar en ello, que no era culpa mía, y yo no tuve valor para contarle hasta qué punto tenía parte de culpa. Continuó diciendo que los proyectos de investigación van y vienen, pero que ahora no importaba porque lo que quería era centrarse en mí y en cómo me sentía.

Sentí un inmenso amor por mi padre, incluso en medio de la niebla difusa que me rodeaba aquellos días. Mamá no hacía más que acariciarme la frente como si fuese una niña pequeña. Era un poco molesto y además no ayudaba gran cosa, aunque no le dije ni palabra porque cuando alguien trata de reconfortarte a veces tiene que hacer cosas absolutamente molestas e inútiles y no debes impedirselo.

Durante todo aquel tiempo nadie me pidió que hiciese nada. No se enfadaban conmigo si no les contestaba. Dejaron de darme las órdenes habituales tipo recoge tus cosas, haz los deberes o péinate. La única ocasión en la que no me habría venido mal tener que hacer alguna actividad trivial para distraerme fue, curiosamente, la única que me dejaron quedarme sentada en un rincón sin hacer nada.

Varios compañeros kiwis vinieron a despedirse. Se quedaron de pie con aspecto de sentirse incómodos y algunos dijeron cosas como lo mucho que sentían lo que le había ocurrido a mi amigo de Irlanda. Yo me pasé la mayor parte del tiempo sentada intentando imaginarme qué iba a decirle a todo el mundo cuando volviera. Me alegré cuando llegó la hora de tomar el taxi al aeropuerto.

Los neozelandeses son probablemente el pueblo más alegre del planeta. Cuando te enteras de que tu mejor amigo ha desaparecido, estar rodeado de un grupo de gente alegre es suficiente para volverte loca. Mis padres formaron una barrera protectora a mi alrededor y me decían que me apoyaban y que me querían y que todo iba a salir bien. Pero nada iba a salir bien, nada iba a volver a salir bien nunca más.



Llegamos a Irlanda una mañana gris. Sentí la lluvia caer como alfileres sobre mi cara; el viento me envolvió como una manta húmeda y desagradable, consiguiendo el efecto contrario de una manta. Paloma y su madre seguían viviendo en nuestra casa, así que alquilamos un piso.

La madre de Paloma nos envió flores junto con una tarjeta para decirnos lo mucho que lamentaban que hubiésemos tenido que adelantar la vuelta y para preguntar si estábamos completamente seguros de que no necesitábamos la casa, y también para comentar lo horrible que debía de ser volver por una circunstancia como aquella. Mis padres repitieron una y otra vez lo agradables que parecían la señora Killealy y su hija.

Mi nueva habitación provisional estaba tan vacía que hasta tenía eco. Mis sudaderas con capucha se habían quedado almacenadas en un guardamuebles. Ni siquiera tenía una chaqueta de punto. Pasé por delante de mi antigua casa y eché un vistazo a mi ventana por si podía ver la habitación. Curioseé la casa de Oscar y Stevie y observé nuestro cerezo y también la ventana de Oscar, donde las cortinas estaban corridas y la luz apagada. Sentí la frialdad de su ausencia como una gran losa y tuve que apartar la vista.

## EL DECIMOCUARTO TROZO



Barney me había dicho que empezara desde el principio.

—¿Desde el principio de qué? —pregunté.

—Intenta recordar cuándo comenzaron a ir mal las cosas —contestó—.

Vuelve al momento en que tomaste ese camino, ese camino al final del cual tú, un muchacho joven y agradable, un chico encantador, pensaste que sería buena idea morir ahogado en el mar. Antes de empezar a hablar, reflexiona sobre

ello. Tengo todo el tiempo del mundo.

Después recorrió entre crujidos la sala abarrotada de cosas, con su sofá roto en el medio, para sentarse en un sillón grande que había junto a él y me miró a los ojos. No tenía ordenador ni teléfono ni iPad, ni siquiera televisor, por lo que yo podía ver. Estábamos rodeados de torres de libros polvorientos.

Sentí algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Algo muy simple y difícil de reconocer, pero era la sensación de que alguien te está escuchando. Con toda su atención. Y te entran ganas de contarle las cosas tal como fueron. Y te entran ganas de tomarte tu tiempo, explicarlo y aclararlo todo.

Le conté lo mucho que echaba de menos a Meg, pero también que Paloma Killealy había sido muy bien recibida y que a todo el mundo le gustaba tenerla cerca, que tenía un pelo muy bonito y a todos les parecía guapísima.

—Muy bien, pues empecemos por Paloma —sugirió, y a mí me pareció un comienzo tan bueno como cualquier otro.

—Creo que le he enseñado muchas cosas que sé explicar bien, pero ella también me ha enseñado otras muchas. En concreto, lo que se me quedó más grabado es lo que me explicó nada más llegar sobre lo que llama «la Ratio». Es algo muy útil a tener en cuenta, y si no hubiera sido por ella, no habría sabido ni que existía.

—¿La Ratio? —preguntó Barney extrañado, mientras atizaba el pequeño fuego; formó una pila con astillas y luego colocó encima un madero más grande en equilibrio.

—Sí. La Ratio. Paloma sabe mucho de eso, porque ha hecho un total de siete mudanzas desde que empezó a ir al colegio. Y cuando cambias de sitio de esa manera aprendes un montón de cosas. No todo el mundo sabe que existe la Ratio, pero siempre es lo mismo, da igual a qué colegio vayas.

»Paloma dijo que era una especie de regla universal. Si has ido al colegio en cualquier momento de tu vida, deberías tener una noción, una ligera idea de su existencia. En una clase con un promedio normal de alumnos, más o menos sería como sigue:

»Normalmente siempre hay cuatro o cinco ejemplares alfa: cabecillas, “gente como Andy y Greg”, me dijo. Andan a cámara lenta, como astronautas, y cuando se cruzan con los demás nunca son ellos los que se apartan. Sus taquillas son siempre las que están más cerca de la puerta. Nunca tienen que

hacer cola y todo el mundo los mira al pasar. Cada alfa tiene uno o dos parásitos pegados a él. Nadie sabe muy bien qué provecho sacan esos pegotes, pero son fieles y leales de una manera que los alfa no parecen merecerse.

»Después está el grupo de los invisibles: unos siete alumnos buenos, tranquilos, inteligentes y respetables a quienes nadie presta demasiada atención y cuyos nombres, según Paloma, nadie recuerda durante mucho más de un año después de terminar el colegio. Y luego, los activos: son más o menos cinco almas felices que nunca parecen fijarse en los maleantes que acechan como reptiles vigilantes en cada clase. Participan en carreras de diez kilómetros, en las fiestas y en todos los eventos pensados para que el colegio parezca un lugar sano, feliz, simple y sin dobleces.

»También hay tres o cuatro folloneros cuya posición en la escala de popularidad cambia casi a diario: pueden perderla en un instante si fallan al lanzar una pelotita de papel masticado que impacta por error contra Andy Fewer.

»Hay un grupito de frikis: un grupito donde entran los punks, góticos, los que llevan siempre camiseta, los del pelo rosa, los de las botas negras, los que no paran de anotar cosas en sus cuadernos y los que están siempre escuchando música, que nunca saben muy bien dónde encajar y tampoco están seguros de querer hacerlo.

»Y más o menos eso es todo. Solo falta uno. Solo uno más. El pringado que está al final de la lista. Nadie quiere pertenecer a este pequeño y triste club unipersonal, pero siempre tiene algún miembro. “Parece complicado”, había dicho yo. “Porque lo es”, replicó ella; y a continuación añadió: “Pero conocer la Ratio es esencial”. “Ah, ¿sí?”.

»Le expliqué que nuestra clase no era así. Todos se llevaban bien con todos. No había ningún friki y desde luego ningún “pringado”. “Oh, sí, claro que lo hay”, dijo, “Y si no, lo habrá”. “¿Estás segura?”. “Lo estoy”, repuso.

»Mientras hablábamos, había comenzado a preocuparme la sensación de que me estaba perdiendo algo. Yo insistía en que quizá la Ratio existiera en otros lugares, como los sitios donde ella había estudiado, pero que en nuestro colegio no había visto ningún indicio de que ocurriera lo mismo. Y recuerdo que sacó un chicle plano de su envoltura y me señaló con él como si fuera una varita mágica para dar más énfasis al siguiente apartado de la lección. “Estás

equivocado, Oscar. La Ratio está en todas partes. Tienes que cuestionarte cada una de esas cosas que das por seguras. Existen impresiones superficiales y también existe la realidad que se encuentra bajo esa superficie. Alguien como tú puede ser lo bastante ingenuo como para creer que estudiar matemáticas, inglés, ciencias, geografía e historia es lo más importante que se debe hacer para salir adelante en el colegio. Probablemente sea eso lo que te han contado. Pero escucha, Oscar, te estoy haciendo un gran favor al contarte lo que sé: es mucho, muchísimo más importante estudiar la Ratio. Eso es lo que tienes que entender de verdad. Ahí es donde está el poder: consiste en quién puedes permitirte molestar y a quién no. Qué lugar ocupas y qué posibilidades tienes de moverte. Qué estabilidad tiene tu posición. Por el momento, yo estoy todavía en el aire porque para mí esto es solo el principio; porque soy nueva.” “Quizá pienses”, continuó, “que una conversación informal con una persona de aspecto inofensivo no tiene ninguna transcendencia, pero tienes que tener muchísimo cuidado. Las decisiones que tomas son importantes. Son muy importantes. Y si te implicas demasiado a fondo, es difícil dar marcha atrás. Nadie podrá ayudarte si te quedas estancado en una categoría que no te conviene. Mírame, Oscar”, dijo, y me puso las manos en los hombros. Yo noté que casi hundía sus dedos finos en mi carne; hablaba como si lo que estaba a punto de decirme fuera lo más importante que iba a aprender en mi vida. “Estas cosas no se resuelven solas. Eso no va a pasar. Estate atento. Estate muy atento. Date cuenta de que estamos hablando del resto de tu vida. No es ninguna tontería.” “Entonces, ¿ahora mismo estás estudiando la situación? ¿Ya has clasificado a cada uno en la categoría que le corresponde?” “¿Yo? Uy, no, por Dios, Oscar”, respondió Paloma en tono bastante cursi a la vez que formaba un arco pronunciado e irritante con sus cejas perfectas. “Te estoy hablando del orden mundial. ¡Esto no es invención mía! A mí no se me ocurriría etiquetar a nadie de esa manera. Solo digo que eso es lo que hace la gente. Pero ¿yo? ¿Es que aún no me conoces a estas alturas? ¿O acaso no ves que lo único que pretendo es ser amiga de todo el mundo?”

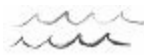


Barney dijo que, en su opinión, una cosa como la Ratio solo existía si la

gente creía en ella.

—Lo sé —respondí—. Quiero decir, que ya había pensado algo parecido. Al principio creí que Paloma se equivocaba. Creí que estaba aplicando un reglamento aleatorio a su nuevo entorno, igual que había hecho cuando creyó que los chicos invitaban a las chicas al *Energiser* y cosas así. Seguí intentando explicarle que aquí no existía la Ratio, pero ella insistía en que sí. Estaba en todas partes, dijo, y así es básicamente cómo funcionan los seres humanos. Y ya ve, Barney, resulta que tenía razón. Resulta que el puesto del pringado estaba vacante, y poco después de que me diera toda esa información fui yo quien pasó a ocuparlo. Debí de ser la persona más ingenua del planeta por pensar que todo el mundo se llevaba bien con los demás, por apreciar a mis compañeros de clase y dar por hecho que ellos también me apreciaban. Pero de alguna manera nuestros vínculos se habían deteriorado y emponzoñado, y es curioso, pero en cuanto Paloma me habló de la Ratio, comencé a verla. Fíjese, Barney, qué coincidencia, fue justo entonces cuando todo empezó a ir mal.

—A mí no me parece ninguna coincidencia.



Barney dijo que todos debían de estar preocupados. Pero entonces yo metí la cabeza entre las manos y le dije:

—Por favor, por favor, no me obligue a volver.

—No pienso presionarte en absoluto, mi querido muchacho. —Fue su respuesta.

Y así fue como comencé a vivir en su casa, que era la más desordenada que había visto en mi vida.

Después de un par de noches me acostumbré a oírlo salir entrada la noche, cuando creía que ya me había dormido, y por las mañanas siempre tenía noticias nuevas, aunque yo no es que me muriera de ganas por saberlas, porque siempre eran sobre carteles con mi foto y artículos en los periódicos de mi desaparición. Sin embargo, sí me interesó el Día de oración por Oscar Dunleavy que se había celebrado. Barney me contó que mis compañeros de clase se habían sentado en los primeros bancos y que todos comentaban lo terrible de mi desaparición.

—Ah, ya —dije sin querer demostrar demasiado interés—, ¿y ha oído alguna otra cosa?

—Sí. He oído que todo el mundo te apreciaba muchísimo.

—Sí, supongo que algunos sí. A lo mejor se referían al pasado, antes de que todo cambiara. Aun así, es fácil que la gente te aprecie cuando has muerto. Qué lástima que ninguno de ellos supiera hacerlo cuando me importaba, cuando estaba vivo.

—Sigues vivo, Oscar. No has muerto. ¿O es que te has olvidado?

—Escuche, no quiero hablar sobre si estoy vivo o muerto, y no quiero hablar sobre mi vida pasada. No quiero hablar de nada de eso.

—¿Por qué no?

—Porque me da vergüenza.

## EL DECIMOQUINTO TROZO



Durante las semanas siguientes intenté forzar un encuentro con Paloma Killealy, pero no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que intentaba evitarme. Estábamos en el mismo curso, en el mismo colegio. Recorríamos los mismos pasillos, entrábamos y salíamos por las mismas puertas, comíamos en el mismo comedor. Parecía imposible no encontrármela cara a cara. Pero no había ocurrido; no desde la misa por Oscar. No me quedaba más remedio que suponer que me estaba rehuyendo deliberadamente, y no se lo habría reprochado. Yo también me habría rehuido a mí misma si hubiera sido posible.

Ahora mi única conexión con Oscar era Stevie. Siempre me hacía sonreír, sobre todo porque era la única persona que aún creía que Oscar seguía vivo.

Con el paso de los días, sentí la necesidad de acercarme a la inmensa esperanza que Stevie albergaba en su pequeño cuerpo. A veces iba por su casa y su padre me invitaba a entrar. Pero otras veces me pasaba muy tarde, cuando

sabía que Stevie estaría ya en su cuarto, siempre con su vela parpadeante en la ventana. Daba unos golpecitos en el cristal y nos tirábamos horas hablando.

Había pasado casi un mes desde nuestro regreso cuando mamá me pilló entrando en casa a escondidas una noche entre semana, y como era lógico, quiso saber qué estaba haciendo, de dónde venía y qué andaba tramando. Antes de que me diera tiempo a contestar, dijo que era demasiado tarde hasta para tener una conversación como era debido en aquel momento, pero que al día siguiente, ella, papá y yo íbamos a tener que hablar muy en serio.

Mandé un mensaje de texto a Stevie para decirle que me había metido en un lío por salir a escondidas, y me contestó que le echase a él las culpas, si es que eso servía de algo.

Mi madre dijo que mi necesidad obsesiva de hablar con Stevie no era buena para ninguno de los dos, y afirmó que necesitaba ver a la psicoterapeuta del colegio y que, si no cambiaba de actitud, ella misma se encargaría de llamar al señor O'Leary, así que contesté que vale, de acuerdo, lo haría.

**AQUELLAS PERSONAS QUE DESEEN RECIBIR APOYO  
EMOCIONAL O PSICOLÓGICO CON RELACIÓN A LA TRAGEDIA  
DE  
OSCAR DUNLEAVY, PUEDEN APUNTARSE A LAS SESIONES  
DE TERAPIA EN LA SALA LILA CON LA SEÑORITA KATY  
COLLOPY, LICENCIADA EN PSICOLOGÍA, ASOCIACIÓN  
IRLANDESA DE MUJERES RURALES.  
  
UNA HORA POR SESIÓN.  
  
MARTES DE 10.00 A 14.00 HS.  
  
SE ATENDERÁ POR ORDEN DE SOLICITUD.**



Eso decía el anuncio colgado en el tablón junto a la Sala Lila.

Tanto el señor O'Leary como la señora Stockett me dijeron que Katy Collopy podría ser de gran ayuda. La habían contratado después de la desaparición de Oscar para ayudar a los alumnos a «procesar sus sentimientos» sobre la situación, y ya había sido un valioso apoyo para varios compañeros de clase, muchos de los cuales estaban destrozados por la pérdida de Oscar, como era lógico.

Volvía a oír el ruido de agua en mi mente, ahora acompañado de una especie de golpe y, aunque en principio no tenía intención de hablar del asunto con ningún psicólogo ni con ninguna otra persona, lo último que quería era que mi madre viniera al colegio y se pusiera a hablar de mí y de mi estado emocional.

En clase de química, el señor Grimes se comportaba como si la vida tuviera que seguir su ritmo normal, y todo el mundo se dispuso a investigar las propiedades de reacción del aluminio ante el calor utilizando latas vacías. La gente mostraba un entusiasmo exagerado. Raymond Daly se inclinó sobre los materiales que teníamos preparados y me susurró que Paloma Killealy había sido la primera en apuntarse a una sesión con Katy Collopy. Después de aquello, no pude aguantar, así que arrastré la silla hacia atrás y salí de clase sin pedir permiso. Nadie me llamó ni me preguntó adónde iba. Recorrí el pasillo luminoso que conducía a una de las puertas de emergencia que daban a la cancha de baloncesto. Eché a correr hacia ella y fui en dirección a la Sala Lila para ver con mis propios ojos la lista de apuntados. Raymond Daly tenía razón. El nombre de Paloma aparecía en primer lugar, escrito con toda pulcritud:

Paloma Killealy

Hasta su firma era bonita; vertical, fluida y soñadora.

Y entonces la vi salir, con la cabeza inclinada y un pañuelo en la mano con el que se tapaba la boca. Intenté fijarme bien, pues hasta entonces solo la había visto de lejos. Se paró ante mí unos segundos e hizo como que no me veía, y después se escabulló con su actitud habitual e inexplicable y con una sombra

de tristeza en su cara insultantemente hermosa.

Cuando desapareció, me senté en la silla a esperar mi turno. No iba a ponerme a gritar «¡Eh, Paloma, Paloma, ven aquí, quiero hablar contigo!». Y es que ya me sentía lo suficientemente mal con lo que tenía.

En aquel momento se abrió la puerta de la Sala Lila y Katy Collopy dijo:  
—¿Meg? Hola, Meg, pasa.



El suelo estaba cubierto de cojines rellenos de bolitas, de esos que se adaptan a la persona que se sienta encima, y había estanterías de mimbre llenas de libros con imágenes de niños mal vestidos. Los libros tenían títulos como *Hablando con tu adolescente* o *¿Cómo puedo ser yo mismo?*

Era algo sombría y había un montón de velas eléctricas en la estantería cuyas falsas llamas temblaban y arrojaban pequeñas sombras espeluznantes sobre las paredes.

Katy Collopy esbozó una sonrisa forzada y, muy despacio, alcanzó un cojín rojo y luego lo empujó hacia mí con el pie. Aún se apreciaba sobre su superficie la forma de Paloma Killealy.

—Muy bien, Meg, antes que nada tienes que relajarte, ponte cómoda.

Me senté con un fuerte crujido para borrar todo resto de la silueta de aquella chica.

—Cuéntame —me preguntó tras una pausa larga e incómoda—. ¿Conocías a Oscar Dunleavy?

—¿Que si lo conocía? ¿A qué se refiere con si lo conocía?

—Me refiero a si solías hablar con él. ¿Lo conocías bien?

—Soy la mejor amiga de Oscar Dunleavy.

—Ah —dijo mientras hojeaba y echaba un vistazo a su cuaderno de notas—. ¿En serio eras su mejor amiga?

—Sí, lo soy, y el motivo de que ahora esté aquí es para ver si usted me puede ayudar a descubrir qué tengo que hacer para encontrarlo.

—A ver, Meg —dijo Katy, y su voz se hizo más profunda e inesperadamente dura—. No estoy segura de que esa vaya a ser una manera fructífera de aprovechar el tiempo. Creo que sería mejor que habláramos de

qué te pasa por la cabeza, qué piensas, Meg, qué sientes. Creo que lo que menos te conviene es emprender una misión imposible para encontrar a Oscar, porque todos sabemos que sería inútil, ¿verdad? Así que, vamos, Meg, creo que te podría ayudar hablarme de tus emociones.

La miré a los ojos.

—Bueno, como ya sabe, Oscar se ha ido. Ha desaparecido. Y yo soy su amiga; es decir, lo era; o sea, lo soy. Soy yo quien lo sabía todo de él, aunque por alguna razón es por Paloma por quien todo el mundo está preocupado y a la que atienden, como si yo no hubiera existido..., como si la amistad entre Oscar y yo fuese algo sin sentido que nunca hubiese significado nada. Es como si Paloma Killealy llevara aquí toda la vida y yo fuera una recién llegada. Y encima, se ha mudado a mi casa, a *mi* cuarto, y por la noche se acuesta en *mi* cama. Fui yo la que siempre durmió en ese cuarto. Es *mi* ventana. Eran *nuestras* conversaciones. Y de nadie más.



Le conté a Katy Collopy que había comenzado a oír ruido de agua en mi cabeza y que todas las noches soñaba con el bolardo del muelle, con la bicicleta chorreante y los zapatos empapados. Y a veces soñaba que el bolardo hablaba. Como si dijera algo en voz muy baja que solo podría oír si me acercaba mucho.

Con un elegante carraspeo, me dijo que oír el chapoteo y soñar con el bolardo del muelle representaban algo significativo y comprensible. Me explicó que debía de ser tan importante para mí intentar entender el misterio de los últimos instantes de Oscar que había comenzado a desear que me hablara la piedra, único testigo de su angustia. Y me explicó que a veces, cuando se desea algo con fuerza, más o menos se materializa en nuestro interior y puede parecer real.

Le dije a Katy Collopy que si su teoría era acertada también se estarían materializando en mi interior muchas más cosas, y que serían bastante más agradables que una piedra grande que me susurraba en plena noche.

—¿Seguís siendo amigos cuando murió? —preguntó, aún algo perpleja.

—Mire, para empezar —respondí—, nadie tiene ninguna prueba de que

haya muerto, así que por favor no siga insistiendo, ¿vale? Y en segundo lugar, pregunte a cualquiera de mi clase y le dirá que su mejor amiga soy yo. Y lo he sido desde hace años.

—Vale, de acuerdo, te creo, así que ahora sigue; continúa, cuéntame qué te pasa por la cabeza.

Katy era muy guapa y tenía un cutis perfecto, y de pronto tuve la fuerte impresión de que ni remotamente había sufrido nada parecido a una pérdida en los radiantes rincones de su vida, y miré sus ojos claros y su parte blanca era blanca de verdad, casi azul, y tenía unas pestañas perfectas como abanicos, y creo que hubo algo en esas pestañas que me hizo darme cuenta de que aquella conversación era una pérdida de tiempo. Katy no iba a poder ayudarme.

—Meg, lo entiendo, de verdad que sí. Sobre todo ahora que me has contado que Oscar era tu mejor amigo.

-Es mi mejor amigo, se lo vuelvo a repetir. Estamos muy unidos. Pero es que todo el mundo es amigo de Oscar. Hable con cualquiera de mi clase. Le dirán lo mismo. Le dirán que es genial, que todo el mundo lo quiere, que no hay ni una sola persona que no lo aprecie. Y no solo en mi clase. Es el chico más popular del colegio.

Un largo silencio creció entre las dos como una burbuja. Sacudió la cabeza ligeramente y esbozó una sonrisa triste y reflexiva.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera, Meg? —preguntó a continuación, y se lo dije.

—¿Y con qué frecuencia mantenías contacto con Oscar durante ese tiempo?

Le conté que al principio todos los días, pero al final casi nunca, y me invadió una nueva oleada de culpabilidad secreta; le pregunté por qué me estaba haciendo tantas preguntas.

—Porque nada de esto me cuadra con lo que me han contado de Oscar, Meg.

—¿A qué se refiere?

—Oscar se había convertido en un chico terriblemente triste.

—No estaba triste. Estaba bien.

—Dios mío —dijo; se inclinó hacia adelante y se apoyó sobre los codos —. Estaba profundamente deprimido y atormentado.

—¡No lo estaba! Era feliz, alegre y lleno de vida.

—¿En serio? ¿Estás segura? Los datos indican otra cosa.

—¿Los datos? ¿Qué datos?

—Sin madre. Con su padre en paro. Un hermano discapacitado. En mi opinión, esas cosas representan por sí mismas una complicada amalgama de dificultades.

—Ya, visto así, al enumerar todo eso suena fatal, pero... él me lo contaba todo. Si fuese a matarse... Mierda, si fuese a hacer lo que hizo, sé que antes lo habría hablado conmigo, me lo habría contado.

—¿De verdad puedes saberlo, Meg? Estoy intentando que pienses con coherencia, que dejes de aferrarte a falsas esperanzas cuando lo que tienes que hacer es aceptar la realidad. Eso no va a hacerte ningún bien.

Estaba harta de hablar. Miré por la ventana e intenté pensar en otra cosa.

—Meg —dijo Katy Collopy, con un nuevo carraspeo, presagio de otra comunicación importante—. Creo que es hora de que sepas algunas de las cosas que ocurrieron después de marcharte. La gente estaba tratando fatal a Oscar. Entiendo que estaba sometido a cierta presión. Y Oscar se guardaba muchas cosas para sí mismo. Es muy frecuente que los adolescentes mantengan sus problemas ocultos, sellados en su interior hasta que se hacen demasiado agobiantes y no pueden más. ¿No crees que quizá estaba intentando hacer todo lo posible por mostrar su mejor cara sin hablar con nadie sobre lo que lo atormentaba porque no quería que se preocupasen, porque quería que todo el mundo fuera feliz?

De repente me sentí patética. No solo por haberle declarado mi amor en aquella carta absurda. También por muchas otras cosas. Por marearle de aquella forma con mis problemas triviales, cuando él tenía que soportar cargas verdaderamente pesadas todo el tiempo. Me hizo sentirme como una idiota.

Deseé más que nunca verlo entrar por la puerta para poder decirle cuánto lamentaba lo egoísta que siempre debí de parecerle.

Katy seguía hablando.

—Y además también hay que tener en cuenta todo lo que ocurrió en el colegio.

—¿Qué ocurrió?

—El colegio se convirtió en un infierno para él... es lo que he intentado

explicarte.

—¿Cómo sabe que estaba tan amargado en el colegio?

—He hablado con otros compañeros de clase.

—¿Con quién? ¿Con quién más ha hablado?

—Meg, por el amor de Dios, soy psicoterapeuta. Sabes que no puedo revelarte ese tipo de cosas, pero verás, se produjo lo que podemos llamar el típico comportamiento cruel de las relaciones entre adolescentes. Provocaciones y ciertas burlas. Frases con muy mala idea pintadas en las taquillas..., cosas así. Hay gente muy frágil aunque no lo aparenten. A mi modo de ver, lo que comenzó como algo que prefiero llamar «bromas» desembocó en otra cosa mucho más desagradable. Se convirtió en una especie de humillación tóxica. No podemos identificar a ningún culpable en concreto. A veces estas cosas van en aumento y una vez que se afianzan es difícil actuar.

—Tiene que explicarme de qué está hablando —susurré—. Necesito que me lo explique. Soy su amiga —dije mientras me daba golpecitos en el pecho con el dedo e intentaba levantarme del cojín sin conseguirlo; me vi a mí misma como un escarabajo al que hubieran puesto patas arriba. Me quedé medio sentada, medio tumbada, y me sentí ridícula e impotente.

—No hay ninguna lógica en las cosas que ocurren y desencadenan ese tipo de situaciones, pero, en el caso de Oscar, parece ser que uno de los detonantes principales tuvo que ver con tartas de manzana. Verás, es que Oscar hacía tartas de manzana.

—Lo sé. Por supuesto que lo sé. ¿Y eso que tiene que ver con todo lo demás?

—Bueno, por lo visto, varios compañeros comenzaron a burlarse de él porque las llevó al colegio.

—¿Y por qué iban a burlarse de él? ¡Esas tartas eran deliciosas! Y además eran mágicas. ¡Curaban todo tipo de cosas! No entiendo por qué la gente le tenía que tomar el pelo por eso.

Katy levantó uno de sus preciosos índices, me miró con atención y me dijo:

—Verás, Meg, no fue solo por lo de las tartas; había algo más. Había comenzado a circular el rumor de que Oscar se estaba comportando de manera, digamos, poco apropiada.

—¿Y eso qué significa?

Entonces Katy me contó la historia que había estado en boca de todo el mundo: que Oscar usaba su telescopio para espiar a Paloma Killealy cuando se desvestía por la noche. Estaba obsesionado con ella y se corrió el rumor, y como Paloma les había caído tan bien a todos, mucha gente se puso de su parte y adoptó una actitud protectora. Y además, como nadie podía demostrar de verdad que Oscar era un obseso pervertido, buscaron otros motivos para atacarlo, y las tartas de manzana fueron el blanco más fácil y la excusa que utilizó todo el mundo para convertir su vida en un infierno: pintaron frases desagradables en su taquilla, hacían comentarios en voz baja y orquestaron una campaña para impedir que representara al colegio en el concurso de talentos.

—Entonces fue Paloma —dije—. Lo sabía. Sabía que estaba en el meollo de todo esto... La que se hace llamar su nueva mejor amiga, que se supone que está desolada por su desaparición, y todo el tiempo estuvo haciendo circular mentiras absurdas sobre él. ¿Quién más, quién más está implicado? ¿Quién más lo hizo sufrir tanto como para que..., para que... se marchara?

—Por favor, Meg —dijo Katy con su voz sosegada y exasperante—. Este es un espacio confidencial. Como ya te he dicho, si me pongo a revelarte quién me dijo cada cosa estaría infringiendo las normas fundamentales de la psicoterapia, y no estoy dispuesta. Te lo he contado de manera confidencial porque creo que tenías que saber que las cosas pueden ser más complicadas de lo que parecen. Y otra cosa importante que necesitas tener en cuenta es que Paloma ha sufrido mucho y no quiero que le pongas las cosas más difíciles. Ha sido muy valiente, ¿sabes? ¿Te han contado lo bien que se sobrepuso cuando llegó la hora de participar en el concurso de talentos?

Le dije que no.

—Pues mira, cuando Oscar desapareció, alguien tenía que ocupar su puesto. Paloma es una diseñadora increíble y la convencieron para que se presentara. Al principio dijo que no, que no iba a ser capaz, pero al final, sorprendentemente, aceptó. Presentó cuatro diseños —incluso hizo de modelo y lució uno de ellos—, muy elegantes, exquisitos, muy creativos. Hizo un trabajo excelente al cumplir tan bien su cometido delante de los jueces solo unos días después de la desaparición de Oscar. Y no te puedes hacer una idea de cómo la afectó su pérdida. Sinceramente, no puedes ni imaginarte lo

disgustada que estaba. Todo el mundo lo comentó.

—A lo mejor es que no estaba tan disgustada —sugerí.

—No digas tonterías. Paloma adoraba a Oscar. Y Oscar a ella. Hay una cosa que tengo meridianamente clara. Estaban muy unidos. Paloma no tuvo la culpa de que él sintiera... Bueno..., una especie de... interés obsesivo. Y ella lo reconoce. Dice que ya había pasado por eso. Por lo visto, muchos chicos desarrollan sentimientos muy intensos hacia ella.

—¡Venga, cállese ya! —exclamé cuando por fin fui capaz de levantarme del cojín.

La cara de Katy se crispó durante un segundo con un destello de furia, pero al momento recuperó la calma y la compostura y volvió a esbozar su sonrisa forzada, miró el reloj y anunció que el tiempo de nuestra sesión había terminado.

—Meg, quizá quieras venir a otra sesión o dos, pero sinceramente, no estoy segura de si voy a poder serte de mucha ayuda —dijo con voz fría.

—No, ni yo tampoco.

Katy siguió hablando un poco más sobre su condición de psicoterapeuta cualificada y dijo que, según su opinión profesional, la posibilidad de que Oscar siguiera con vida era muy remota. También dijo que mi esperanza era una «forma de negación» y que, según su experiencia profesional, esa negación podía ser destructiva. Yo intenté controlar mi tono de voz.

—La esperanza nunca es destructiva. La esperanza es lo que te ayuda a seguir adelante —dije.

Y lo decía en serio. La esperanza es tan necesaria como el agua o como el aire que respiras. Sin ella, todos podríamos terminar por lanzarnos desde el embarcadero a las aguas oscuras del mar.

No pude soportarlo por más tiempo, y también estaba un poco asustada por lo que me había contado Katy. Me estiré la ropa, que se me había arrugado mientras estaba sentada hablando con ella.

—Sigo sin entender cómo cualquiera de esas bobadas pudo ponerlo tan triste. Cómo pudo llegar a desesperarse solo por unos rumores sin sentido... ¿En menos de seis meses?

Contemplé algunas de las cosas frágiles que había en aquella sala: la liviana mesa de mimbre que resbalaba hacia los lados cada vez que la tocaba,



los pequeños destellos que la sortija de brillantes de Katy proyectaba por toda la sala, el cojín incómodo en el que era imposible sentarse.

Y vi la realidad de la situación: penosa, inútil y sin sentido..., hablar con una desconocida sobre cosas que no podía soportar y que me negaba a creer.

Katy dijo que esperaba que me encontrara bien.

—Recuerda, el mero hecho de que fueses su amiga no significa que nada de esto sea culpa tuya. No puedes sentirte responsable. No debes —insistió—. Mucha gente sabe cómo te sientes y todo el mundo entiende por lo que estás pasando.

Lo dudaba, pero el tiempo se había agotado y yo quería irme.

—Gracias. Gracias por todo.

Eché a andar, medio entumecida, medio conmocionada y en silencio, de vuelta a clase. Cuando llegué, el señor Grimes ya había logrado que todo el mundo encendiera los sopletes del experimento que había causado tanto entusiasmo.

Delante de cada alumno estallaba un fragor pequeño e intenso de llamas azules que proyectaron una luz nueva sobre mis compañeros de clase.

—¿Alguien va a contarme qué coño le pasó? ¿Estaba perfectamente cuando me marché y ahora resulta que circulan rumores absurdos sobre él y todo el mundo le tomó el pelo y le dio de lado y la gente cree que está muerto? ¡Venga ya! —grité, en un intento de que mi voz se oyera sobre el chisporroteo y las descargas de los sopletes.

Con un movimiento unánime de perplejidad, se volvieron hacia mí con sus gafas protectoras. Y de pronto, dejaron de parecer personas normales. Parecían demonios uniformados con expresiones aterradoras y rostros que no reconocía.

## EL DECIMOSEXTO TROZO



—Pero ¿qué te da vergüenza, mi querido muchacho? —preguntó Barney con expresión de asombro.

—Un montón de cosas. De pronto, todo el colegio me tomó por idiota. En parte porque tenían una noción equivocada sobre Paloma y sobre mí, pero también tuvo que ver el hecho de que soy un perdedor. Lo que pasa es que no lo supe hasta hace poco. De repente nadie quiso ser mi amigo, incluida Meg. Y no es que se lo reproche. Si yo estuviera en su lugar, tampoco querría ser amiga mía. Ya no. Meg me envió una carta en la que explicaba varias cosas que también me hicieron sentirme como un idiota. No podía quitármelas de la cabeza. Intenté apartarlas, pero era difícil. La única persona que seguía hablando conmigo era Paloma, y aunque se portaba de una forma un poco rara en el colegio, seguía siendo muy amable cuando charlaba conmigo de noche desde la ventana de Meg. Pero muy, muy amable. Cariñosa y eso. La gente comenzó a odiarme. Tanto, que cada vez que alguien pronunciaba mi nombre era como si estuviesen escupiendo algo malo. Y durante mucho tiempo no supe por qué. Pero ahora sí.

Barney dijo que ningún chico se merecía que le volvieran la espalda de esa manera, especialmente alguien como yo. Me entraron ganas de llorar al hablar de ello, incluso al pensarlo. Barney dijo que no teníamos por qué seguir con el tema si me disgustaba tanto.

Nos acostumbramos el uno al otro y a pasar las tardes juntos. Tenía un jardín enorme y viejo detrás de la casa y parecía como si todo lo que lo rodeaba estuviese enmarañado y retorcido y como si fuese incapaz de separar unas cosas de otras. La casa estaba hecha un desastre.

Intentamos poner orden entre los dos. Barney no era pobre, aunque tenía toda la pinta de serlo. Tenía fajos y fajos de billetes arrugados metidos en un montón de cajas de galletas oxidadas en una alacena alta de la cocina. Dijo que no había motivo para tener las cosas ordenadas porque nunca recibía ninguna visita, pero ahora que yo estaba allí era hora de adecantarla un poco.

Dije que no había ninguna necesidad de que se molestara por mí, pero él dijo:

—No, no, tengo que enfrentarme a ello. Eres mi amuleto de la suerte y tengo que corresponder como te mereces.

Era asombroso que alguien me considerase portador de buena suerte, pero

me gustó. Encargó un contenedor y comenzó a tirar montones de cosas.

Encendió la chimenea, con lo cual toda la casa se llenó de humo negro.

Dijo que se sentía bien al poner orden en casa. Dijo que a Peggy le habría horrorizado ver lo poco que cuidaba todo aquello. Peggy era su mujer, pero había muerto. Había fotos suyas por todas partes. Tenía el pelo rizado y unos mofletes graciosos y redonditos, y en todas las fotos aparecía sonriendo.

—Tiene una cara preciosa —comenté; él asintió con la cabeza unas cuantas veces, y entró en la cocina a toda prisa, sin mirarme, mientras murmuraba entre dientes algo sobre preparar el té. Dejé que se fuese solo a la cocina.

En el pasillo había pilas de periódicos amarillentos y con los bordes ondulados que se amontonaban hasta llegar al techo. La cocina estaba cubierta de sustancias tan sólidas que era imposible determinar qué habían sido en su día.

Cada puerta que abría escondía lo mismo: montañas y más montañas de porquería que se bamboleaban peligrosamente hasta el punto de que me parecía arriesgado pasar junto a ellas por si me veía sepultado por una avalancha de escombros.

Aunque Barney estaba deseoso de hacer limpieza general en mi honor, había muchas cosas que no quería tirar. Parecía no haberse deshecho de un solo objeto ni de un recorte de periódico desde más o menos 1963. «Eso es lo que pasa si te aferras al pasado», fueron sus palabras.

Nos llevó bastante tiempo, pero Barney dijo que podríamos utilizar la «despensa», que en realidad era un cuarto lleno de porquería, y poco a poco fuimos haciendo progresos y acordamos que los montones de papeles que se habían quedado pegados unos a otros a causa del tiempo y de la humedad no volverían a servir para nada y se podían tirar a la basura. Después de hacerlo dijo que se había quitado un peso de encima. Peggy lo habría matado por dejar que se acumularan tantas cosas de aquel modo.

*Homer*, que al principio se mostraba receloso y ladraba cada vez que tiraba algo al contenedor, terminó por tranquilizarse. Se acostumbró a dormir en mi cama, que habíamos montado a base de cojines, mantas y almohadas. Cuando Barney desaparecía por la noche, *Homer* se quedaba conmigo, y en cuanto me movía, agitaba el rabo como para decirme que estaba allí y para

recordarme que él no se iba a marchar a ninguna parte.



En una estantería encontré un viejo recorte de periódico metido entre dos libros con una receta titulada «Limonada de Peggy», y le dije que tenía una pinta estupenda, así que al poco tiempo empezó a llegar a casa cada noche con bolsas y por la mañana veía que había comprado cosas como azúcar moreno, limones, y también los ingredientes que le había pedido para hacer tartas de manzana.

Había una caseta vieja medio enterrada en el jardín trasero; sacamos la cortadora de césped oxidada y nos pasamos un buen rato con ella, y no voy a decir que dejáramos el jardín como para presentarlo a un concurso, pero sí algo más arreglado y presentable, menos salvaje y enmarañado y desde luego no tan revuelto... También llenamos el contenedor de basura.

Cada cierto tiempo, Barney dejaba caer que me estarían echando de menos y que aquel no era sitio para un chico que necesitaba ayuda, pero yo le decía que allí estaba perfectamente.

—No puedo volver a casa —decía mi voz cada vez que hablaba de que la gente debía de estar angustiada con mi desaparición.

Ojalá las cosas fuesen más sencillas. Ojalá pudiera volver a mi ventana y asomarme a hablar con Meg como siempre hacíamos. Parte de mí me imaginaba saliendo de casa de Barney y bajando la colina para volver a casa como él sugería. Pero hay personas que no pueden volver a sus casas, los motivos nunca son sencillos ni fáciles de explicar. Cuando se lo dije a Barney me contestó que entendía a qué me refería.

Le hablé de mi padre y le conté que desde la muerte de mi madre cada vez pasaba más tiempo en silencio hasta llegar a dar la impresión de que no iba a volver a hablar. Con el transcurso de los años se había sumido en el silencio gris del que a menudo me preguntaba si iba a volver a salir.

Había tardado un tiempo en sufrir aquella metamorfosis, pero cuando se completó sus viejos amigos tenían que mirarlo dos veces antes de saludarlo por la calle. La gente dejó de reconocerlo en las tiendas, hasta los profesores, cuando lo veían esperándome en el patio con su abrigo raído, me preguntaban:

«¿Ese es tu padre?». Y a mí me daba vergüenza.

Después, cuando empecé secundaria y pude volver a casa yo solo en bici, Stevie tampoco vio ninguna mejora. Cuando iba a recogerlo, papá no hablaba con nadie, ni decía hola a la gente que lo saludaba. Se quedaba quieto, con las manos en los bolsillos, sin tan siquiera prestar atención cuando empezaba a llover ni cuando las gotas de agua le chorreaban por la nariz, la barbilla y las orejas.



—Bueno —había dicho Barney—, pues vamos a tener que hacer una lista, y tú, jovencito, vas a tener que pensar en un plan.

Yo no quería pensar en ningún plan; no conocía ningún plan que me pudiera rescatar de la situación en la que me encontraba, pero le dije que seguiría ayudándole con la casa y me pareció que era un comienzo relativamente bueno teniendo en cuenta el terrible estado de ánimo en que me encontraba poco tiempo atrás. Y tenía la esperanza de poder seguir ayudándole a limpiar y llegar a ser tan necesario para él que se olvidaría de intentar convencerme para que volviera a casa.

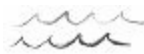
Le conté que el coche que mi padre había comprado poco después del accidente se había vuelto más ruidoso con los años en proporción inversa al silencio creciente de su dueño. Me volvía loco. Volvíamos a casa con el tubo de escape suelto y haciendo un ruido estrepitoso y papá no decía una sola palabra.

Intenté hacerle hablar. Creí que, si lo conseguía, la nube que lo seguía a todas partes acabaría por disiparse. Apenas recuerdo el rostro de mi madre, aunque en ese sentido papá hizo todo lo posible para que no lo olvidara. En vez de leerme cuentos antes de dormirme, se sentaba con el mismo libro todas las noches. No contenía palabras. Estaba lleno de fotos de mamá. Y empecé a creer que el interior de mi padre era exactamente igual: sin palabras. Solo con fotos de ella. Pasaba las páginas en silencio hasta llegar al final, y luego me daba un beso en la frente y apagaba la luz. Las fotos de una madre no son lo mismo que una madre. No recordaba su olor, ni cómo se movía al entrar en un cuarto, ni su timbre de voz. Lo único que recordaba eran las fotos: objetos

planos, inánimes y borrosos.

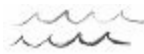
Hice todo lo que pude por mi padre. Me pasaba el tiempo ideando cosas que decirle, tonterías que podían hacerle reír. Anécdotas divertidas del colegio, información interesante que nos había dado el profesor, preguntas extrañas sobre la situación del mundo.

Me pareció que al mismo tiempo que perdió a mamá, también había perdido la voz. Pero mirándolo por el lado bueno, se volvió increíblemente ordenado. Se movía por la casa en silencio, como un fantasma, mientras colocaba todo en su sitio.



Terminé por contarle a Barney prácticamente todo; no solo le hablé de la carta de Meg, de Paloma, de papá y su silencio y de Stevie, sino también de más cosas. Y como en casa de Barney no había Internet ni televisión, nos pasábamos hablando la mayor parte del tiempo. Barney fumaba, cosa que a mí no me gustaba demasiado. Cuando se lo dije, se deshizo en disculpas y a veces se excusaba después de cenar y lo veía en el jardín envuelto en una nube de humo que lo rodeaba como un halo.

Querría no haberle hablado del fiasco de las tartas de manzana, pero, como quizá ya he dicho, Barney sabía escuchar.



El equipo de televisión había hecho una visita preliminar al colegio para prepararlo todo. Buscaban historias de niños corrientes que hicieran cosas excepcionales.

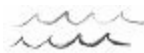
—Ese chico rezuma talento por las yemas de los dedos —había dicho el señor O’Leary un día que llevé una tarta porque mi padre había roto su silencio habitual para sugerir que lo hiciera. Y tenía que demostrar a todo el mundo cómo las hacía y las iban a presentar a un concurso. Lo curioso es que yo ni siquiera quería participar. Les dije mil veces que no tenían nada de especial y que no estaba demasiado seguro de si le interesarían a alguien. Les dije mil veces que buscaran a otra persona con una habilidad más meritoria para que fuese en mi lugar. Pero no quisieron ni oír hablar del tema. Y además

insistieron, así que fijaron una nueva visita de las cámaras y pusieron carteles en el colegio... Paloma no habló demasiado del asunto hasta que se tomó la decisión final.

Su madre vino al colegio y habló con el señor O'Leary bastante alterada.

—Pero ¿en qué están pensando? —dijo con voz estridente delante de todo el mundo—. Mi hija está entre los niños con más talento de todo el país y esta podría ser su oportunidad perfecta. Sin embargo, ¿le dan el puesto a un empollón obsesionado con la cocina? Vamos, usted y yo sabemos que no es el tipo de cosa que va a poner a este colegio en el mapa. De hecho, no es el tipo de cosa que va a conseguir nada excepto que los señalen de una manera un poco rara. Y tienen a esta maravilla de niña sentada delante de sus narices. ¡Vamos, tengan un poco de sentido común!

El señor O'Leary pidió a la madre de Paloma que se marchara porque no tenía ningún derecho a hablar así, pero todo el mundo la había oído, y cuando se dice una cosa nadie puede hacer como que no se ha dicho. Pueden intentarlo, pero a todo el mundo se le queda en la mente.



—Para la masa, utilizamos ingredientes básicos: mantequilla, harina y azúcar, amasados muy despacio y con los dedos. Manzanas reineta, peladas y cortadas con mucho cuidado en láminas finas con un cuchillo bien afilado. Jamás cortéis manzanas con un cuchillo romo; es como si utilizaseis una cuchara. Los trozos deben quedar lisos y crujientes. Se muele un poco de canela de rama, se ralla una pizca de nuez moscada, cuanto más oscura y aromática sea, mejor.

Me la había enseñado mi abuela.

—Necesitaremos paciencia y habilidad, y también un estado de ánimo determinado, pero sin los ingredientes adecuados, no tendría mucho sentido ni intentar ponerse a hacerla. Mejor que salgáis y os dediquéis a otra cosa.

En el aire flotaban murmullos y cuchicheos. Andy y Greg hicieron ruidos de pedorretas desde el fondo de la clase aunque estaban en pleno proceso de grabación. Paloma pestañeó como era habitual en ella, de manera lánguida y lenta. Y algunos otros como Christina Bracken y Paul Campion hicieron ruido

con el chicle y contemplaron mi demostración con mirada amenazadora.

—¿Tarta de manzana? Oscar, eso es un poco rarito —dijo una voz procedente de la última fila, pero yo seguí con mi demostración.

El señor O’Leary no hacía más que decir:

—Chsst, callaos todos, por favor, tened un poco de respeto y prestad atención a Oscar. —Como si fuera a servir de algo, porque una vez que una clase ha decidido volverte la espalda, poco se puede hacer para remediarlo—. Vamos, Oscar, sigue, por favor.

—Mezclar distintos tipos de ingredientes para formar una única masa deliciosa es una especie de alquimia. No todo el mundo sabe valorarlo.

—Desde luego que no —dijo el señor O’Leary al tiempo que fulminaba con la mirada al resto de la clase—. No todo el mundo sabe valorarlo.

—Una tarta de manzana de tamaño normal llega perfectamente para seis personas —continué; no quería echar a perder la grabación, y ya que había empezado, iba a terminar—. La mantequilla debe ser de color amarillo pálido, fresca y sin sal. El azúcar tiene que ser moreno, de ese medio húmedo que casi rueda solo al echárselo a la mezcla. ¿Veis? E incluso después de la cocción, la manzana debe seguir algo crujiente. La masa ha de ser extremadamente ligera para que se deshaga en la boca. Si os tomáis el tiempo necesario y os concentráis como es debido, ¡esto es lo que obtendréis!

Les presenté una tarta que ya traía preparada.

—¡Oscar, está muy bien, muy bien, en serio! Y ahora ¿podemos saber quién ha influido sobre ti? ¿Quién te ha inspirado? ¿Quién te ha enseñado este arte?

Visualicé en mi mente el álbum de fotos de mi madre y me acordé de la suya, de mi abuela, y me invadió una tristeza de esas que a veces sobreviene cuando menos te lo esperas. Pero proseguí.

—En todo lo que hacemos —intenté explicar— debemos respetar la esencia de las cosas, sobre todo al cocinar. Los ingredientes siempre deben mantener la esencia de lo que fueron antes de llegar a la mesa, como decía mi abuela. Ya no vive, pero recuerdo todo lo que me enseñó. Me tuvo practicando durante años y aunque era pequeño, ella nunca dejó de insistir para que continuara hasta que me saliera bien. «No, no es así, ni parecido», dijo las primeras veces que lo intenté. Y después: «Mejor que la última vez, desde



luego», y más tarde: «¡Oscar, creo que ya casi lo tienes!».

»Por fin fui capaz de hacerlo bien, claro, porque seguí intentándolo y nunca quise darme por vencido. Incluso antes de que mi abuela me lo dijese, supe que lo había conseguido, que había dado la talla, cuando vi el aspecto que tenía al sacarla del horno: dorada y en su punto, caliente y especiada. Mi abuela me pidió su tenedor especial de plata y cuando la probó, aplaudió, me miró a los ojos y me dijo: «¡Oscar, mi niño querido!». Una hora después, murió. Por lo visto, un exceso de alegría en el cuerpo de una mujer frágil puede ser fatal. Eso fue lo que dijo mi padre.

Oí risas procedentes del fondo del aula.

—La verdad es que no puedo soportar la idea —me oí decir a mí mismo en voz baja, porque parte de mí no quería que los demás me oyeran— de que al final todo el mundo tiene que morir y desaparecer. No puedo soportar la idea de que probablemente fui yo quien mató a mi abuela, aunque todos me dijeron que no, pero por otra parte, me consuela pensar que sus últimos momentos estuvieron endulzados por azúcar moreno, especias y el sabor de la manzana perfectamente cocida.

Ahora la clase estaba en silencio, pero los chicos se tapaban la boca con la mano. Eché una mirada a mi alrededor. Para terminar cuanto antes, dije:

—Gracias, eso es todo, muchas gracias.

Y a continuación la clase entera estalló en carcajadas; yo salí despacio del aula sin mirar a nadie y les quité la cámara a Andy y a Greg al pasar. Saqué la tarjeta de memoria y la tiré por el retrete.

Paloma quiso salir corriendo detrás de mí, según me dijo después, pero no sabía qué decirme, y oí la voz del señor O’Leary:

—¡Callaos todos! Que no se mueva nadie mientras voy a hablar con Oscar. ¿Me habéis oído?

Paloma me contó que antes de salir el señor O’Leary les dijo a Andy y a Greg que no se les ocurriese salir detrás de mí para recuperar su preciada tarjeta de memoria. Entonces Andy y Greg corrieron a la parte delantera del aula, donde por lo visto destrozaron mi tarta y se la comieron. Paloma me dijo que les había mandado parar y que me dejaran algo, pero no le hicieron caso.

—Quiere que nos la comamos —respondieron—. Si no, ¿para qué crees que se tomó el trabajo de hacerla?

Cuando volví, no quedaban ni las migas.

Después de aquello, me pasé la clase de matemáticas con la vista clavada en la pared sin mirar a nadie y sin contestar cuando la señora Fortune hacía preguntas, aunque me supiera las respuestas.



Más tarde, cuando íbamos juntos hacia casa, Paloma me dijo que tenía que hacer todo lo posible por olvidar la humillación de la tarta de manzana.

La miré, y casi sin saber cómo, me di cuenta de lo que habían estado comentando todos. Pensé que a lo mejor si pudiera besarla sería una buena manera de olvidarme de Meg y del incidente de la tarta de manzana y de todo lo demás.

Y cuando llegamos a la esquina que teníamos que doblar justo antes de llegar a nuestras casas, lo intenté. Intenté besar a Paloma Killealy. Pero ella apartó la cara y me dijo:

—Demasiado tarde, Oscar. Es fundamental aprovechar el momento oportuno. Te di tu oportunidad, pero la desperdiciaste. Paloma Killealy solo concede una oportunidad. Y no te voy a dar otra solo porque hayas cambiado de opinión. Oscar, lo siento, pero en mi mundo las cosas no son así. Además, todo está cambiando en lo referente a la Ratio. Cuando llegué creí que eras uno de los chicos alfa, pero ¿ahora? Ahora todos sabemos que no es así. Y yo solo podría salir con alguien del equipo A, no sé si me entiendes.

Sé que puede parecer que estaba frivolizando, pero en aquel momento me pareció que tenía razón. Era ella la que conocía la Ratio, no yo. Y no le habría venido nada bien, justo cuando estaba adaptándose a su nueva vida, cometer un terrible error conmigo, con mis tartas y todo lo demás cuando todo el mundo había dejado de entenderme. Lo comprendí.

Le pregunté si podíamos seguir siendo amigos y dijo algo así como:

—Claro, Oscar, por supuesto, pero lo que te propongo es: sigamos siendo amigos, pero cuando estemos en el colegio mantendremos un nivel de amistad más bajo, ¿vale?

Entonces no se me pasó por la cabeza que la amistad no debería estar sujeta a condiciones como aquellas que estaba poniendo Paloma. Si eres

amigo de alguien fuera del colegio, deberías serlo también dentro. Pero ella se mantuvo firme, así que dije:

—De acuerdo, Paloma, como quieras.

Barney dijo que, en su opinión, hay amistad o no la hay. Nunca debería tener restricciones, nunca debería ser necesario dar explicaciones o excusas.

—¿Esos son los motivos por los que quisiste acabar con tu vida, Oscar? —me preguntó Barney entonces.

Le dije que no. Y él me dijo que tenía que ser consciente de que la ciudad estaba elaborando sus propias teorías sobre mí, y que la mayoría de la gente probablemente creería que había sido por esa chica tan guapa. Yo le pregunté:

—¿A qué se refiere?

Y él me explicó que al mundo le encantaba creer que los chicos se mataban por chicas guapas que no los correspondían y le dije que no era por eso. Era por otra cosa.

—Es que ocurrió una cosa que me impide volver.

—¿Quieres que hablemos de ello? —sugirió con voz suave, y de nuevo insistió en que no me sintiera presionado. Y yo le dije que sí quería.



Pocas noches antes de la demostración de la tarta, la madre de Paloma había venido a presentarse a mi padre, y la verdad es que habló sin parar mientras se lo comía con los ojos. Al principio él casi ni la miraba y apenas dijo una palabra a pesar de que ella le hizo miles de preguntas, y yo pensaba para mí «Papá, ¿es que no puedes comportarte como una persona normal?». Pero la segunda vez que vino, mi padre estuvo un poco más hablador y la tercera vez comentó después que le parecía una mujer muy agradable.

Pero Barney, ahora puedo decirte que a mí nunca me gustó. Soltaba un tremendo suspiro cada vez que veía a Stevie como si fuera lo más triste que hubiera visto en su vida.

Una vez preguntó como si Stevie no estuviese delante: «¿Nació en silla de ruedas?». Yo le respondí que no. Creo que se dará usted cuenta de que nadie nace en silla de ruedas. Se empieza a usar cuando se necesita, después de nacer. A ella le pareció el comentario más gracioso del mundo porque le duró

la risa mucho más que a cualquier otra persona que se riese de cualquier otra cosa.

Y luego dijo:

—Bill, tienes que venir a cenar.

Pero papá dijo que mejor no, que muchas gracias y demás, pero que no le gustaba dejar a los niños solos.

—¡Ya lo tengo! —exclamó, como si hubiera tenido la idea más genial de todos los tiempos—. ¡Vengo yo y traigo la cena! ¡Tú pon el día y yo me encargo del resto!

Mi padre murmuró algo entre dientes y al final dijo:

—De acuerdo, dame tu número y ya te mandaré un mensaje.

Aquel resultó ser el peor error de su vida, porque ella insistió en que mi padre también le diera su número y se pasó una semana enviándole mensajes todos los días. Al final hasta él se dio cuenta de que era imposible eludirla por más tiempo.

El viernes siguiente irrumpió en casa con cena para todos. Fue ella quien llevó el peso de la conversación. Incluso fregó los platos, y cuando creíamos que ya había terminado todo, volvió a invitarse. Apenas habló de Paloma excepto para decir que estaba estudiando. Que era algo que yo jamás había visto hacer a Paloma, ni en casa ni en el colegio.

Así que en su siguiente visita, la señora Killealy trajo dos botellas de champán además de la cena, y papá estaba tan nervioso que se lo bebió como quien bebe agua cuando está muerto de sed, y hablaron y hablaron y hablaron toda la noche.

Tenía las ideas muy claras sobre cómo llevar un negocio.

—La única manera de salir adelante en la vida es aniquilando a tus enemigos. Arrasándolos. Quitándotelos de delante de la forma que sea necesaria, ese es el truco.

Los diamantes que llevaba en las orejas, en los dedos y en el cuello centelleaban. Juntó los dientes al esbozar una sonrisa agresiva e hizo un gesto de afirmación con la cabeza cuando se colocó detrás de mi padre, lo agarró de los hombros con sus dedos huesudos y le dio un apretón.

Rugía al hablar, y cada vez que decía algo importante se inclinaba, clavaba sus ojos en los de mi padre, daba un puñetazo sobre la mesa con su mano

huesuda para dar énfasis a sus palabras, y hacía saltar el pimentero.

Y juro que ya comenzaban a asomar los primeros rayos de sol cuando por fin se fue, y no sé de qué hablaron, pero lo que sí sé es que papá estaba llorando. Lloraba delante de la madre de Paloma Killealy, que por lo visto estaba divorciada, aunque Paloma nunca me lo había comentado. Ahora no me quedaba ninguna duda de que se estaba lanzando a los brazos de mi padre.

Al principio me pareció horrible, pero después empecé a pensar que quizá fuese bueno. Mi madre había muerto hacía mucho tiempo. Mi padre había hablado más con la señora Killealy de lo que yo le había oído hablar en años. No supe de qué habían hablado exactamente hasta después de intentar besar a Paloma, porque fue entonces cuando ella me lo contó. Barney, había algo que tenía que ver con la muerte de mi madre que yo no sabía, pero ahora que lo sé, no puedo volver a casa, y usted no puede obligarme.



Barney me dijo que ni se le pasaba por la cabeza obligarme a hacer nada, sino que tenía que actuar guiado por mi propia voluntad, y yo se lo agradecí.

## **EL DECIMOSÉPTIMO TROZO**



Cuando creces junto al mar hay una especie de magia que nunca desaparece. La plata resplandeciente de las mañanas saladas llega a formar parte de ti. El repiqueteo de las ventanas en una noche de temporal agudiza tus sentidos. El mar azul y en calma es engañoso, porque conserva toda su fuerza. Soy una chica de un pueblo costero. Sé con qué rapidez las aguas mansas pueden convertirse en una montaña de espuma oscura.



No podía ser una mera coincidencia, como decía mucha gente. Paloma Killealy me evitaba a propósito. Intenté verla cara a cara una y otra vez. Tenía un montón de preguntas que hacerle. Necesitaba hablar con ella sobre el tiempo que había pasado con Oscar y los rumores que habían circulado sobre él, y quizá llegar al fondo de lo que había ocurrido. No hacía más que dar vueltas por el colegio para encontrarla, y aquel día, después de terminar mi sesión con Katy Collopy, vi sus piernas esbeltas saliendo por el portón del colegio a toda prisa y su pelo haciendo ese movimiento elegante que hacía siempre.

Estaba hasta las narices de intentar pillarla por banda. Al terminar las clases mandé un mensaje a Stevie para decirle que iba a ir a verla a su casa.

Bueno, para ser exactos, era mi casa, pero yo no vivía en ella. Llamé a la puerta con los nudillos y luego a porrazos. Entonces oí el sonido familiar de la puerta de mi propia casa al abrirse y Paloma apareció en el umbral.

No entendí la expresión de su cara: labios apretados, ceño fruncido y ojos entrecerrados como si una luz potente la obligara a guiñarlos. Dio un paso adelante y me abrazó.

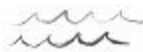
—¡Oh, Meg! —dijo casi en un susurro—. ¡Cuánto te agradezco que hayas venido! Qué amable eres al venir a darme ánimos en estos momentos tan difíciles. Quiero que sepas lo mucho que lo aprecio.

Había esperado cualquier cosa de mi primer encuentro con Paloma Killealy, pero desde luego no afecto ni gratitud.

Luego me dio la mano como si fuese una niña pequeña, me llevó a mi propia cocina y me invitó a sentarme en una de las sillas de mi familia ante la mesa donde Oscar y yo habíamos grabado nuestros nombres cuando éramos pequeños. Y le dije:

—Por favor, Paloma, por favor, dime qué le pasó.

Mi teléfono empezó a sonar, pero lo apagué.



Estaba como hipnotizada, era curioso sentirse una extraña en mi propia casa. Paloma tenía una sonrisa encantadora; al mirarla era imposible imaginarse que pudiera hacer daño a nadie.

Me contó que lo había intentado todo. Había tratado de protegerlo contra las críticas de los demás.

—Hice todo lo posible por enseñarle unas cuantas reglas básicas... que no había sido capaz de entender por sí mismo. Creí que podía darle alguna indicación, guiarlo en la dirección adecuada. Pero no se dejó ayudar. Hacía tartas de manzana. A ver, en serio, ¿quién hace semejante cosa? ¿A qué otro chico conoces que le dé por cocinar en su tiempo libre? No es normal. Andy y Greg lo grabaron cuando hizo una demostración ridícula de cómo se hacían las tartas y se puso a hablar de sus parientes muertos, porque querían colgarlo en YouTube. Le dije que, en mi opinión, tenía que olvidarse de las tartas. Le dije que era demasiado raro. Creí que le estaba haciendo un favor.

Paloma me preguntó si me apetecía pasar al salón y me mostró el camino como si yo no supiera dónde estaba. Nos quedamos unos instantes de pie delante de la chimenea y no paró de hablarme de lo mucho que se había encariñado con Oscar, cómo le había perdonado sus rarezas, lo buen amigo que era en otros sentidos y cuánto le echaba de menos, también me dijo que esperaba de verdad que no fuera culpa suya.

Me odié a mí misma y odié a mi corazón celoso y horrible. ¿Qué sentido tenía tener celos de ella ahora? Era guapísima. Oscar tenía razón cuando describió su pelo como de seda dorada. Su piel era tersa y resplandeciente. Empecé a tener la impresión de que nada de todo aquello había sido culpa suya. No quería importunarla más. Cuando estaba a punto de marcharme y decirle que sentía haberla molestado, soltó un gritito y exclamó:

—¡Oh, Meg! —Se hundió en nuestro sofá y se deshizo en llanto.

—Dime, ¿por qué lloras así?

—Verás, Meg, todo ha sido por mi culpa. Llevo todo este tiempo viviendo con ello y no sé con quién hablar, porque en cuanto lo sepan todos, pensarán lo peor de mí.

Apoyó la cabeza sobre mis rodillas y se puso a llorar. Yo le acaricié el pelo de seda dorada y me dio mucha pena porque de verdad parecía muy triste, y le pedí que me lo explicara.

—Oscar estaba profunda, desesperada y locamente enamorado.

—¿De quién?

—¿A ti qué te parece? —Frunció un poco el ceño, se apartó el pelo de la

cara e irguió su cuello de cisne.

—No lo sé.

—De mí, por supuesto. Creo que le destrocé el corazón. Porque entre Oscar y yo nunca iba a haber nada. No sé si te has enterado, pero ahora estoy saliendo con Andy y... Dios mío, pobre Oscar, fíjate, yo sabía que sentía algo por mí, eso estaba claro, pero... nunca pensé en las consecuencias y... Meg, empezó a comportarse de manera extraña. Yo también empecé a ver cosas raras. Quiero decir, que cuando llegué era un chico muy popular, pero resulta que era rarito. Me dejó alucinada.

—¿A qué te refieres?

—Me espiaba... en mi habitación. Utilizaba el telescopio para intentar verme de cerca. Invadió mi intimidad. Pero, a ver, yo lo entendí. Se lo perdoné.

—Te lo estás inventando. O lo imaginaste. Eso no lo haría nunca Oscar, el Oscar que yo conocí.

—Ya, bueno, pregúntale a quien quieras. No fui la única. Un montón de gente también empezó a pensar que Oscar era un poco raro.

—¿Gente? ¿Qué gente?

—Sobre todo Andy y Greg, pero hubo más. Intenté hacérselo ver. Intenté ayudarlo, Meg, de verdad, te lo juro.

Me invadió una ola de arriba abajo como si se hubiese desatado un vendaval cruel.

Quizá al final iba a resultar que todos tenían razón. Quizá Oscar estuviese muerto. Muerto a causa de un amor obsesivo por una chica que no lo correspondía.

Cuando me levanté para despedirme volvimos a abrazarnos en la puerta. Sentí sosiego y calidez. Hasta su olor era agradable. Paloma Killealy olía a rosas, fresas y almendras. Fragancias placenteras, fragancias puras y de las que resultaba difícil sospechar.

Pero antes de volverme para irme, noté una especie de escalofrío que flotaba entre nosotras. Algo misterioso. Algo cruel.





Al llegar a casa volví a encender el móvil y vi siete llamadas perdidas de Stevie, así que lo llamé.

—¡Meg! —susurró—. Oye, perdona que te llame tan tarde, pero tengo que contarte una cosa. Es sobre Oscar. No está muerto, Meg, ¡nunca murió!

—¿Qué? —susurré a mi vez—. ¿Cómo lo sabes?

—¡Porque ha dado señales de vida!

Contuve la respiración durante unos segundos.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—¡Sí!

—¿Cómo?

—Le dejo notitas en el embarcadero. Al principio no tenía un sistema definido. Escribía cosas importantes en esos trozos de papel. Cosas que quería que me contara, o que quería contarle yo. Pero el viento terminaba llevándoselas al mar. Así que dejé de hacerlo durante un tiempo, pero estos últimos días volví a escribirlas y las dejé al pie del muro, sujetas con una roca. Cada vez que bajaba a mirar, las notas seguían ahí. Estaba empezando a perder la esperanza. Pero esta noche, cuando fui al embarcadero, ¡¡todos los mensajes habían desaparecido!! Ha vuelto, Meg. Está en algún sitio cerca de aquí. Recibió los mensajes. Por fin tenemos una prueba. ¿A que es fantástico?

Era difícil no tener esperanza. Habría sido genial si Stevie hubiera estado en lo cierto, y durante un segundo creí que lo estaba. Quería creerlo. Por supuesto que lo creí, ¿quién no iba a querer creerlo? Me imaginé a Oscar de nuevo en el embarcadero, recogiendo y leyendo los cariñosos mensajes de Stevie y sentí que se me quitaba un peso de encima grande como una roca.

Pero luego pasó otra cosa. Unas lágrimas enormes comenzaron a rodar por mis mejillas y se estrellaron contra el cristal de mi mesilla de noche haciendo formas brillantes y transparentes como de rayos.

—Stevie, es tarde. Mañana hablamos —dije.

Colgué el teléfono y dejé de escuchar a Stevie, que hablaba entusiasmado y jadeante. Si Oscar hubiera visto alguno de los mensajes que Stevie le había dejado al final del embarcadero, no se habría mantenido oculto. No tenía sentido. Una sensación nueva comenzó a filtrarse en mi interior y a calarme poco a poco. Lancé el teléfono al otro lado de la habitación como si fuese una bomba a punto de explotar, pero lo único que pasó fue que aterrizó en medio

de la cama con un ruido amortiguado.

Katy Collopy tenía razón. Stevie estaba dominado por un hondo sentimiento de negación debido a sus deseos de que Oscar estuviera vivo, y su esperanza era fuerte y tan sólida que se podía tocar. La mía estaba empezando a desaparecer, como algo que comienza a morir.

Fue por lo que me había contado Paloma. Stevie seguía deseando que su querido hermano volviese a nuestro lado, pero teníamos que aceptar que Oscar se había ido. Y fue por Paloma, por lo guapa que era y por haberse enamorado. Ella no tenía la culpa de no corresponderlo. Los sentimientos no se pueden evitar. Pero los sentimientos de Oscar lo habían destruido. Y ahora, el hecho de imaginármelo lanzándose desde el embarcadero poseía una lógica que no había comprendido hasta entonces.

Por primera vez, me sorprendí enfrentándome a la realidad de la muerte de Oscar. Era como tropezar al pie de una escalera en la que nunca me había fijado y no poder evitar subir inexorablemente hasta lo más alto.



Poco después, la madre de Paloma se puso en contacto con nosotros para decirnos que iban a dejar la casa antes de lo previsto. Mis padres dijeron que eran muy amables y que esperaban que no tuvieran la sensación de que las estábamos echando, y ella dijo que no, que para nada, que era lo menos que podían hacer, y que además habían encontrado un sitio «absolutamente maravilloso» para vivir.

La madre de Paloma había comprado una casa de cinco dormitorios, a pesar de que solo era para ellas dos. Estaba cerca del parque. La gente decía que tenía una pista de tenis en la parte de atrás del jardín y una piscina subterránea.



En el colegio, parecía que todos habían dejado de hablar de Oscar. Un día fui temprano para limpiar el grafiti que habían escrito en su taquilla, pero cuando llegué vi que había desaparecido, porque habían arrancado la puerta y alguien debió de llevarse lo que había dentro; estaba vacía.

Creí que regresar a mi casa iba a servirme de ayuda. Supuse que al hacerlo volvería a la normalidad y me tranquilizaría, pero no fue así. Para empezar, no podía soportar dormir en mi habitación justo frente a la ventana de Oscar, vacía y en silencio. Mis padres me dejaron instalar la cama hinchable en el salón, pegada a la pared que daba al cuarto de Stevie. Desde allí podía ver parpadear y estremecerse su vela, siempre encendida.

Di un golpe en su ventana con una rama seca, como Oscar hacía conmigo, y vi su sombra acercarse al alféizar; su sonrisa me recordó muchísimo a la de su hermano y pensé que se me partía el alma.

Un día, el padre de Stevie me paró cuando iba al colegio y me dijo lo mucho que agradecía que mantuviera viva la «tradición de las ventanas» y todo lo que estaba haciendo para mantener a Stevie animado y feliz. Fue un sentimiento agradable, casi como si fuera una hermana mayor que estuviera pendiente de él y que intentara conseguir que aceptara la desgracia terrible que le había ocurrido a su hermano sin que se viniese abajo. Le hablé a Stevie de Paloma, lo amable que había sido y lo mucho que le gustaba a Oscar, y pensé que él también lo entendería y que le haría bien. Estuvimos hablando por la ventana y me dije a mí misma que si Oscar no volvía, al menos podría ocuparme de Stevie y estar pendiente de él, porque estaba segura de que era lo que Oscar hubiera querido.

Seguimos con nuestras charlas tranquilamente hasta que una noche se acercó a la ventana y me llamó mentirosa y me dijo que quería que me apartara de él y que nunca más volviera a hablarle.

## EL DECIMOCTAVO TROZO



Le dije a Barney que Paloma, por un lamentable error, me había contado una cosa sobre mi madre. Había oído hablar de aquel terrible accidente en el

que mi madre perdió la vida y que dejó a Stevie impedido. Y lo que me dijo me hizo ser plenamente consciente de mi propia mezquindad.

Al día siguiente de intentar besarla, Paloma me había llamado cuando estábamos en el colegio.

—¡Oscar! ¡Oscar! —gritó en medio del patio. Corrí hacia ella y entonces me pidió que le contase a todo el mundo lo que había querido hacer el día anterior, pero por supuesto aquello era privado, así que no iba a pregonarlo delante del resto de la clase, pero todos se habían apiñado a nuestro alrededor, y de repente Paloma dijo—: Oscar Dunleavy intentó besarme anoche, ¿a que sí, Osc?

Unos cuantos compañeros se echaron a reír. Y yo también me reí porque no quería parecer desagradable. Así que seguí riéndome un poco más y Paloma hizo lo mismo, y luego se inclinó y me dijo al oído:

—¿Has visto, Oscar?, todo el mundo se está riendo de ti. No pensarías en serio que tú y yo podíamos... Bueno, que íbamos a ser pareja, ¿no? Esto no es un juego. Nunca lo ha sido.

Le dije que no se preocupara, que no tenía que seguir machacando sobre el asunto, pero Paloma siempre seguía hablando de lo que fuera hasta que le viniera en gana.

—Lo único que quería era ser amable contigo —continuó—. Y podemos seguir siendo amigos, por supuesto.

—No tienes por qué ser amable conmigo si no te apetece —dije.

—Ya, pero me gusta serlo. Por lo valiente que eres.

Y yo le dije:

—¿Valiente? ¿Qué quieres decir con «valiente»?

Y ella contestó:

—Quiero decir valeroso. Quiero decir fuerte. Me imagino la culpa con la que habrás tenido que cargar toda tu vida.

—¿Culpa? ¿Y por qué iba a tener que cargar con ninguna culpa?

—Por lo de tu madre y Stevie —dijo muy despacio—. Te juro que no sé cómo te las arreglas para tener ese ánimo. Tienes mucha capacidad de resistencia por haber salido adelante desde el accidente de Stevie, Oscar. Debe de ser terrible convivir con un sentimiento de culpabilidad —continuó, y el modo en que lo dijo encerraba algún significado explosivo que yo no

terminaba de entender—. Quiero decir, por tener que verlo todos los días en silla de ruedas, sabiendo, y eso es lo más terrible, sabiendo que fuiste tú quien lo condenó a estar así.

—Paloma, ¿qué estás diciendo? Fue un accidente. Un accidente de tráfico. Alguien chocó contra nosotros... ni siquiera el otro conductor tuvo la culpa.

—Siempre hay alguien que tiene la culpa —dijo sin dejar de mirarme a los ojos, y luego continuó—: Oscar, a mí no tienes por qué ocultarme el secreto, porque lo sé. Me lo contó mi madre. La otra noche tuvo una larga conversación con tu padre. Te compadezco, Osc, por tener que soportar esa carga tan terrible; solo quiero que sepas que siento el mayor de los respetos por lo bien que lo llevas y por no dejar que te aplaste.

Le dije que me interesaba mucho escuchar los detalles del episodio que había contado mi padre.

Así que me lo contó. Un episodio de mi familia que nadie se había preocupado por contarme a pesar de que, por lo visto, era yo el actor protagonista.

—Tu padre le dijo a mi madre que llevaba mucho tiempo guardándose el dolor. A mi madre se le da muy bien sacar información a la gente. He visto cómo lo hace. Normalmente llena de vino las copas varias veces aunque sus interlocutores no quieran más, y así consigue que le cuenten cosas de su vida que nunca habían contado a nadie. Le contó que tú y tu familia viajabais camino de Galway, y que todos estabais muy contentos y muy ilusionados porque ibais a la playa. El sol estaba alto, porque habíais salido tarde, y Stevie estaba sujeto en su asiento con el cinturón y tú ibas cantando una canción que cantabas siempre, y solo tenías seis años, pero no parabas de sonreír y de moverte como solo un niño de seis años puede hacerlo, y era tu madre la que conducía. Tu padre dijo que no recordaba por qué no conducía él. Explicó cuánto querías a tu hermano ya entonces, cuando era pequeño, y le dijo a mi madre que Stevie debía de estar aburrido o hambriento, o algo le pasaba, seguramente por haber salido de viaje tan tarde. Tu padre continuó contándole a mi madre que deberíais haber comido antes de ponerlos en marcha, pero fue él quien insistió en que siguieseis. Y tu padre está seguro de que Stevie te tendió los brazos, porque dijiste: «Papá, mamá, Stevie quiere que lo saque», y tu padre explicó que te dijo más de una vez «No importa lo

que haga Stevie, no lo desates de su silla hasta que encontremos un sitio donde parar». O sea, que ibais a parar, pero estabais en la autopista, así que teníais que encontrar un lugar adecuado. Le contó que tu madre siguió conduciendo y que él estaba consultando el mapa y algo lo distrajo, y cuando se volvió tenías a Stevie sentado en tus rodillas y los dos teníais unas sonrisas enormes como si hubieseis hecho algo grande y os sintierais muy orgullosos. En cuanto os vio, soltó un grito ahogado, claro, porque es muy peligroso que un bebé no vaya bien atado en su asiento. Y entonces tu madre también se volvió a mirar y también se asustó, así que dejó de prestar atención a la carretera y se le fue el coche hacia el otro lado y chocó contra un camión. El conductor del camión se quedó desolado, pero la culpa no fue suya.

Mientras contaba la historia, Paloma no dejó de mirarme a los ojos.

Sentí mareos. Sentí náuseas.

Deseé tener a Meg a mi lado. Necesitaba hablar con ella. Pero Meg ya no era mi amiga. Yo no le gustaba porque era un idiota. Todos los de mi clase lo sabían. Paloma lo sabía mejor que nadie. Un idiota y un bobo. Un bobo que hacía tartas de manzana y había matado a su madre.

—Lo siento —susurré para mí una y otra vez el resto del día, aunque en realidad debería habérselo dicho a Stevie—. Siento lo que soy. Siento lo que he hecho.

Empecé a cambiar la idea que tenía de Paloma. Era más insensible, más cruel y más mezquina de lo que yo me podía imaginar, y pensé que si pudiera tener una conversación con Meg, aunque fuese corta, me ayudaría a mantenerme firme.

Pero Meg no quería hablar conmigo. Meg vivía su propia vida. No había nadie a quien recurrir, nadie que quisiera escuchar y entenderme, y me invadió el pánico, Barney, porque eso es lo que sientes cuando de repente te das cuenta de que estás solo. En mi mente se agolparon un montón de cosas malas. Todo pareció derrumbarse. ¿Tiene sentido todo esto, Barney?

Barney contestó que, considerando lo que había contado, tenía todo el sentido del mundo.

—Oscar, mi querido muchacho, espero que entiendas que aunque estoy encantado de que estés aquí, quizá deberías replantearte la estrategia de esconderte por tiempo indefinido. Sería prudente que considerases la

posibilidad de volver a casa en algún momento. Te sientes mal por algo que no debería hacer que te sintieras mal. Y si reflexionas sobre ello te darás cuenta. Necesitas hablar de todo esto con tu padre.

—No, no quiero hacer nada —dije, y volví a esconder la cabeza entre las manos sin mirarlo ni hablarle durante un rato.

Barney dijo:

—De acuerdo, querido muchacho, entonces quizá lo único que necesites sea un poco más de tiempo.

—No necesito más tiempo. El tiempo no sirve para nada. Las cosas no van a mejorar por mucho tiempo que pase.

—¿Por qué dejaste que Paloma te hablara y te tratara de ese modo? Me parece que se comportó de manera muy desagradable, muy cruel, muy falsa.

—Quizá lo fue, no estoy seguro. No creo que tuviese esa intención. Yo solo quería ser su amigo. No quería enfadarme. Quería seguir en paz.

—Puede que no sea más que un viejo medio chocho —dijo entonces Barney—, pero me da la impresión de que esa chica se propuso hacerte sentir fatal contigo mismo. Una cosa que he aprendido sobre la paz es que no siempre es buena. La paz puede ser frágil y puede ser fea y puede no ser adecuada. La paz construida sobre mentiras no es paz en absoluto.

## EL DECIMONOVENO TROZO



Conseguí averiguar la verdad sobre por qué de repente Stevie no quería tener ningún trato conmigo después de pasarme varios días dándole la lata. Seguí llamándolo y dando golpes en su ventana hasta que al final cedió por puro aburrimiento.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres hablar conmigo? —pregunté una y mil veces, y no pensaba rendirme porque no quería perder también a Stevie

además de lo que ya tenía encima.

Así que terminó por decírmelo:

—El señor O'Leary, el de vuestro colegio, vino a vernos el otro día. Quería entregarnos un paquete con las cosas que Oscar tenía en la taquilla. Pensó que nos gustaría tenerlas. Era mi oportunidad para investigar en busca de alguna pista y cosas así. Me pareció que podría ser útil. Pero papá me dijo que no tocara nada, que ya las miraría él cuando se sintiera preparado. Lo guardó en un cajón de la cocina..., pero es mi hermano. Tengo derecho a ver sus cosas. Bueno, el caso es que ¿sabes con qué me encontré, Meg? ¿Qué crees que encontré?

—No lo sé —respondí.

—Encontré una carta tuya.

—Oh, Dios mío, Stevie, lo siento —dije al saber a qué se refería y al verlo enseñarme el sobre con el nombre de su hermano escrito con mi letra—. Qué vergüenza. Es que en realidad no la escribí para que él la leyera, y total, después averigüé que él no sentía lo mismo que yo. Stevie, fue todo un embrollo tremendo. Le dije que no hiciera caso. Y tu hermano se alegró de que nos olvidáramos de ello.

—Cualquiera se alegraría de no hacer caso a una carta como esta. ¿Qué esperabas?

—¿Sinceramente? Bueno, cuando supe que la había leído, supongo que más o menos tenía la esperanza de que sintiera lo mismo que yo. No sé, me imagino que parte de mí esperaba que se mostrara de acuerdo conmigo, ¿sabes?, que compartiera mis sentimientos.

—¿Cómo podías esperar que sintiera lo mismo, Meg? —dijo Stevie. Parecía a punto de echarse a llorar y que la esperanza que siempre había visto en su rostro lo había abandonado—. Te debes de sentir fatal ahora que pasó lo que pasó.

—Sí, es otra cosa que también desearía que nunca hubiera ocurrido.

Stevie tenía el rostro crispado.

—¿Meg, cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste decirle esas cosas justo cuando más necesitaba tu amistad?

—Lo sé, Stevie, mis sentimientos hacia él cambiaron... Es difícil de explicar, y quizá tú eres aún demasiado joven para comprenderlo.



De pronto, me di cuenta de que algo no encajaba al ver su cara de enfado, así que me callé y miré el sobre que sujetaba con firmeza.

—Stevie, ¿me puedes enseñar la carta?

—¿Por qué? —preguntó con los dientes apretados y sin mirarme—. ¿Para qué quieres volver a verla? Ya sabes lo que pone. Ya conoces las palabras que escribiste... No querrías que leyera esa carta, pero aun así la imprimiste.

—¿Cómo que la imprimí? No escribí la carta en el ordenador, Stevie, la escribí a mano.

Entonces me miró, y yo lo miré y nos mantuvimos la mirada, furiosos y en silencio.

—Por favor, Stevie, enséñamela.

Stevie alisó el sobre y me lo entregó. Abrí la solapa arrugada, saqué la carta y la desdoblé. La habían abierto y vuelto a doblar muchas veces. Leí su contenido y vi que lo que decía no era nada de lo que yo había escrito ni nada que se me hubiera pasado por la cabeza escribir, ni nada que yo pensara, ni nada que fuera a decir en mi vida. Cuando terminé de leerla, me temblaban las manos de rabia, y temblaba el papel entre ellas.

Examiné el sobre para buscar pruebas de que había sido manipulado; desde luego, lo habían abierto y cerrado varias veces. La solapa tenía unas marcas verticales que mostraban que la habían rasgado involuntariamente por dos sitios. Alguien había sacado mi carta, la había cambiado por otra y había firmado en mi nombre, aunque era una falsificación burda y mal hecha, porque mi letra no era ni de lejos tan vertical y fluida como la firma que ahora estaba viendo con mis propios ojos.

—Te juro, Stevie, te juro que yo no he escrito nada de esto.

Stevie tenía el rostro y los nudillos blancos de apretar y también apretaba los labios. Parecía desconcertado, así que le dije muy despacio para asegurarme de que me entendía:

—Yo no escribí nada de esto a tu hermano, ¿me oyes? Alguien encontró mi carta, la que yo escribí, y dio el cambiazo.

La sujeté a cierta distancia de mi cara como si temiese que pudiera hacer aún más daño del que ya había hecho.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —murmuró Stevie.

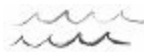
En un frío instante de lucidez supe exactamente quién había sido.

—Fue a propósito, ¿no te das cuenta, Stevie? Paloma iba a por tu hermano. Creo que quería destruirlo.

—Pero... no entiendo, ¿Por qué querría hacerlo?

—Para mantenerme apartada de él. ¿Para mantener a Oscar apartado de mí? ¿Por pura maldad e interés? ¿Para hacer que se sintiera solo, abandonado, herido, idiota y humillado?

En cualquier caso, si eso era lo que se había propuesto, desde luego lo había conseguido.



—Es culpa suya. De Paloma Killealy —le dije a Stevie—. Fue capaz de hacerle esto y al mismo tiempo fingir que seguía siendo su amiga.

—Pero ¿qué podía tener contra mi hermano?

—Por su magia, su delicadeza, su encanto... Tenía celos de él, y todo porque Oscar había brillado como una estrella y quería ser ella la estrella. Estaba furiosa con él porque no estaba enamorado de ella, porque Paloma se cree que todo el mundo tiene que estar a sus pies. Y estaba rabiosa porque con Oscar no lo consiguió. Quería destruirlo y acabar con él. Y lo pensó y lo planeó todo con una habilidad despiadada. Puso a todo el mundo en contra de la idea de que saber hacer tartas de manzana era algo bueno, digno y que merecía la pena. Fue por ahí expandiendo rumores sobre él. Mentiras e insinuaciones que hicieron pensar a todos que era un bicho raro. Puso a todo el mundo en su contra y la considero responsable al cien por cien de lo sucedido, pero yo también tuve parte de culpa, Stevie. Quiero decir, que si hay alguien capaz de impedir que te tires desde el embarcadero, ese alguien tiene que ser tu mejor amiga, ¿no? Ese es uno de los motivos básicos de la amistad.



—¡Abre la puerta! ¡Sé que estás ahí! —grité hasta quedarme afónica.

Paloma abrió y se quedó de pie en el umbral de su nueva y enorme casa mientras el viento hacía ondear su pelo como si la hubieran grabado a cámara lenta, preciosa y con su cutis perfecto. Le puse la carta a la altura de su cara, que tenía los ojos como platos.

—Por tu culpa —le dije—, todo por tu asquerosa culpa. ¿Por qué lo hiciste, Paloma? ¿Por qué sacaste mi carta y la cambiaste por otra completamente distinta, llena de mentiras, como si la hubiese escrito yo? ¿Por qué la falsificaste y fingiste que la había escrito yo, y por qué lo humillaste y por qué hiciste que se enamorase de ti? ¡Y ahora se ha ido! Lo has destruido por completo y nos lo has arrebatado. Se lo has arrebatado a su padre, que tiene el corazón destrozado, a Stevie, que no tenía madre y solo un hermano, y a mí, que nunca volveré a tener a nadie como él, porque solo podía haber un Oscar Dunleavy. Tú eres la responsable. ¡Y ahora resulta que tenía una oportunidad! Había una posibilidad de que hubiera sido para mí, y yo podría haber sido para él, pero nunca lo sabré y nunca podré perdonarte, Paloma Killealy. Ha sido culpa tuya. Y siempre será culpa tuya.

Me miró con expresión soñolienta y me dedicó un pestañeo lento, indiferente, con cara de no haber roto un plato en su vida.

—No tengo ni idea de qué demonios estás hablando —dijo—. Nadie puede probar nada de lo que estás diciendo. Ahora vete, por favor. Está claro que estás chalada.

Había pensado hacerle daño, aunque no había pensado en los detalles. Pero me di cuenta de que no tenía sentido. Estaba furiosa y eso me llenaba de fuerza, pero no iba a sacar a Oscar del fondo del mar. Era demasiado tarde.



No podía hacer nada por mejorar la situación de nadie y no se me ocurría ninguna otra cosa, así que me puse a hacer una tarta de manzana. No me salió igual que las de Oscar, pero puse mi mejor intención. La llevé a casa de los Dunleavy. El padre de Oscar me dio un abrazo y me dijo que era una buena persona y que sabía que siempre había intentado hacer lo mejor para su hijo, y Stevie vino derecho hacia mí y también se abrazó a mis rodillas.

—Meggy, si tú has perdido la esperanza, yo no. No ha muerto, sigue vivo, insisto.

Pero el padre ya no lo creía. Lo vi en la expresión de su rostro. Parecía muy cansado. Quizá se sintió mejor al darse por vencido. Alentar una esperanza puede resultar agotador.



Oscar siempre decía:

—Si alguna vez te sientes confusa por algo, es una buena idea acercarse al mar. Las cosas parecen más claras cuando te encuentras en el lugar donde el agua se funde con la tierra, y puedes escuchar cómo sube la marea y la grandeza pura del mar, enorme y salado, que hace encajar unas cosas con otras.

Sé que no es en absoluto normal levantarse de la cama sigilosamente en plena noche y escabullirse a escondidas para ir a sentarse al borde del embarcadero, pero aquellos días tenía la sensación de que el bolardo del muelle no hacía más que llamarme. Recordé que le había hablado a Katy Collopy del bolardo susurrante, pero no me había servido de nada.

Sabía que no iba a encontrarlo de repente, por supuesto. Pero necesitaba estar un rato a solas cerca del lugar donde Oscar había desaparecido cuando todo estuviera en silencio y nadie viniera a decirme que dejase de torturarme y que todo tenía un límite.

—¡Oscar! ¡Oscaaaaaaar!

Sabía que no iba a servir de nada gritar su nombre, pero a pesar de todo me sentí mejor en medio de aquel sosiego.

Si hablabas desde el embarcadero, nadie te oía. Es una de esas cosas curiosas que a veces pasan. No sé con seguridad si es por la manera en que la bahía envuelve el sonido, o si el mar causa su propio efecto sordina, pero era algo que Oscar y yo habíamos descubierto mucho tiempo atrás. Podíamos contarnos secretos a gritos en el embarcadero y nadie oía una palabra.

—Oscar, ¿adónde has ido? —grité—. Oscar, ¿dónde estás? —pregunté—. ¿Por qué te marchaste sin despedirte? —supliqué—. Oscar, lo siento —gemí—. Oscar, vuelve —susurré.

Me senté en el extremo del embarcadero con las piernas colgando y mirando el agua, allá abajo.

—No creo que pueda oírte desde ahí —dijo una voz.

Me volví y me puse en pie de inmediato. Había un hombre, sereno e inmóvil, inclinado sobre un amarre.

Creo que di un respingo sobresaltada, pero no me acuerdo bien.

—Siento muchísimo haberte molestado —dijo.

—¿Molestado? ¿Y qué esperaba, apareciendo de la nada en plena noche?

—Bueno, no quiero resultar pedante, pero, técnicamente, fuiste tú quien apareció y me pilló desprevenido. Yo ya estaba aquí cuando llegaste.

El hombre encendió una linterna y todo adquirió un brillo tenue bajo aquel haz de luz lechosa. Llevaba un traje claro. Tenía aspecto elegante y unas manos preciosas y de apariencia suave.

Se inclinó sin apartar la vista de otra cosa que tenía en las manos. Estaba enrollando un pequeño fajo de tabaco en un rectángulo de papel blanco arrugado. Una sencilla alianza de oro brillaba en su dedo meñique. Pasó la lengua por el borde del pequeño papel y lo pegó a lo largo, y de ese modo lo convirtió como por arte de magia en un palito blanco y recto. Un trabajo limpio y delicado, que al final dio como resultado un cigarrillo.

Sacó una caja de cerillas de un bolsillo interior de la chaqueta y la protegió con la mano. Oí el sonido áspero y el pequeño fogonazo que se producen cuando se enciende una cerilla. En el extremo del cigarrillo, un puntito de luz naranja se avivó y se atenuó de nuevo cuando le dio un par de caladas.

Hice lo que pude por aparentar que nada me estaba molestando. Es difícil recobrar la compostura cuando te han visto gritar el nombre de tu mejor amigo, probablemente muerto, ante una inmensidad oscura.

El hombre no dijo nada de lo que puedes imaginarte que diría un adulto si se encuentra a una chica en pijama en plena noche. No me preguntó qué hacía allí, tampoco hizo comentarios del tipo «vas a pillar una pulmonía» o «qué dirán tus padres si se enteran».

Era una noche tranquila y sin viento y el mar estaba como una balsa de aceite. Una pequeña voluta de humo azulado del cigarrillo se elevó en el aire.

—Por favor, vuelve a sentarte —dijo—. Siento muchísimo haberte asustado de esa forma.

Una parte de mí me decía que lo más prudente sería marcharme antes de que me asesinara y me descuartizara, pero tenía una voz suave que me resultaba vagamente familiar, así que volví a sentarme y a notar cómo el frío de las losas de piedra penetraba en mis músculos. Apoyé los codos en las rodillas y aspiré el aire salado. Y casi sin ser consciente de lo que sucedía,

dejé escapar un sollozo.

—Mi querida niña... —dijo el hombre.

No se movió ni hizo ningún amago de ponerse en pie para acercarse; pero su voz grave y aterciopelada transmitía bondad, y el nudo terrible que me atenazaba por dentro comenzó a aflojarse como una llave cuando la giras con suavidad.

—¿Qué es lo que te atormenta?

Le dije que había tenido un amigo que se llamaba Oscar Dunleavy, que le había causado una terrible decepción y que ahora estaba muerto y la culpa era mía.

—¿Cómo que la culpa es tuya? —preguntó.

Al principio no fui capaz de responder. Pero cuando empecé a hablar, intenté explicarle cómo lo había abandonado cuando más me necesitaba, y cómo mi orgullo y mis celos me habían impedido escribirle y que ya no podría volver a enviarle más mensajes. Nunca más. Apreté las manos contra la piedra rugosa y lloré durante un rato.

—También era amigo mío —dijo el hombre cuando dejé de llorar, tras una larga pausa—. Él y sus legendarias tartas de manzana.

Levanté la vista y fue en ese momento cuando lo reconocí.

—¿Barney? ¿Barney Brittle? ¿Es usted?

—Sí —contestó con una especie de risa ahogada—. El mismo.

—¡Pero si parece otro!

Le pedí disculpas inmediatamente, porque pudo resultarle una impertinencia, pero no parecía ofendido. Sonrió y me dijo que las cosas le habían ido mucho mejor desde la última vez que nos habíamos visto en aquel mismo lugar.

—Soy un hombre nuevo. El hombre que conocisteis se encontraba en un estado lamentable. Afortunadamente eso ha cambiado. Tengo que agradecerle a tu amigo Oscar que me ayudara a darle un giro a mi vida, y también a ti, Meg.

Barney dijo que la tarta de manzana había tenido un efecto mágico.

—Verás, a menudo la gente no presta atención a las desgracias ajenas. El mundo es un lugar sin corazón, pero no siempre porque la gente no se preocupe por los demás. A veces es porque se sienten incómodos, porque no

saben qué decir o sencillamente porque no son capaces de mirar a los ojos de una persona que sufre. Tu amigo Oscar inventó su solución particular a los problemas ajenos. En cuanto se encontraba con una desgracia, se aplicaba a fondo en la única tarea que le parecía adecuada para esas situaciones. Hacía una de sus deliciosas tartas de manzana.



Durante varias noches seguidas, Barney se convirtió en la persona en quien siempre podría confiar. A medianoche, se sentaba tranquilamente en el bolardo del muelle, cuando a su alrededor solo había silencio y no se veía apenas nada excepto el puntito naranja de su cigarrillo siempre encendido.

—Hola de nuevo, guapa —decía, y siempre era como si nos encontrásemos a una hora normal en un sitio normal, no en el embarcadero en plena noche.

Me contó que había hecho muchas cosas en su vida, pero que recientemente alguien le había dicho que sabía escuchar, y se había dado cuenta de que probablemente era de lo que más orgulloso se sentía. Escuchar, dijo, quizá sea la habilidad más importante que puede aprenderse.

Y era cierto. Se le daba muy bien dejarme terminar todo lo que empezaba a decir. Nunca hacía preguntas tontas, sino que me animaba a seguir hasta el final de cada cosa que le contaba. Quedarse a medias nunca es bueno para nadie. Y no sé por qué, pero el hecho de explicarle las cosas me ayudó a entenderlas.

Le hablé sobre la Ratio, algo que Paloma había intentado explicarme.

—Por eso la gente como Andy Fewer siempre se lleva a la chica con la piel perfecta, los ojos color castaño oscuro y el pelo como seda dorada.

—¿Y sabes qué tipo de persona es esa chica?

—La verdad, no del todo. Solo sé unas cuantas cosas sobre ella, pero me parece un horror. Una persona horrible con cara de ángel.

Aquella noche había un hatillo con astillas y un madero apoyados en el bolardo, y al otro lado, un maletín de un color parecido al morado cubierto de arañazos y deteriorado por paso del tiempo, con un cierre metálico reluciente. Aparte de eso, casi todo era igual que las demás noches.

Barney se frotó las manos y se inclinó.

—Creo que no te vendría mal calentarte un poco —dijo mientras abría el maletín y sacaba una manta verde enorme que desdobló con un gesto elegante.

—Toma, envuélvete en ella.

Encendió un fósforo bajo el nido de astillas. Crepitaron y chisporrotearon durante un segundo y después dieron paso a una llamarada de luz. Una gaviota graznó sobre uno de los botes y el viento formó pequeños pliegues en la superficie del mar.

Mi rostro se calentó junto al fuego y la manta, que parecía ligera cuando Barney me la entregó, comenzó a pesarme como si me presionara los hombros y los brazos con su peso reconfortante y me mantuviera firmemente instalada en mi sitio.

—Meg, querida —dijo—, ¿te está resultando una carga muy pesada la pérdida de tu amigo?

—Es una tortura —respondí—. De hecho, creo que casi me está volviendo loca. Cuando volví me negué a creer lo que todo el mundo parecía dar por hecho desde el principio. No he dejado de buscarlo, Barney, hasta cuando no tenía intención de hacerlo. He buscado su cara entre la gente, por las esquinas, en sitios a los que podría haber ido. Empecé con mucha esperanza, mucha seguridad, mucha convicción, pero mi esperanza está desapareciendo y casi me he olvidado de su cara.

—Eso sí que sería una tragedia —repuso Barney.

—¿Cree que hay algo que debería saber? —le pregunté entonces, pues me pareció muy inteligente y muy sensato.

—Mmm... No estoy seguro, pero a veces presiento cosas aquí dentro que podrían proporcionarnos alguna pista.

—¿A qué se refiere?

—El viento me trae señales desde el mar.

—¿En serio?

—Sí. Cosas como dolor, un fuerte sentimiento de pérdida y preocupación. Humillación y culpabilidad. Y amistad, amor y decepción.

—Barney, ¿tiene usted alguna idea de lo que le ocurrió?

—A esa pregunta no puedo contestar, pero te diré un par de cosas que sé.

Creí que me iba a proporcionar alguna información, algo para continuar,



alguna dirección que seguir, pero lo que dijo fue:

—Nada es como tú piensas. Hay muchas cosas que no son lo que parecen. A veces parecen de una manera, pero quizá no es así como son en realidad. A veces la gente necesita que se la siga buscando, o al menos que se hagan preguntas en su nombre. Y muchas veces, la gente no puede hablar y necesita hablar por boca de otros. Cuando los pierdes de verdad es cuando dejas de buscar, hablar y preguntar. No te rindas, Meg.

—Entonces, ¿usted cree que puede estar vivo?

—Lo que importa no es lo que yo piense —contestó. Me irritaba lo misterioso que estaba siendo, pero me hacía bien hablar con él, y de pronto me sorprendí a mí misma hablándole de la carta.

—Le escribí una carta en la que básicamente le decía que lo quería, pero luego me enteré de que Paloma se la cambió por una carta horrible que escribió ella misma.

—¿Perdona? ¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Tuve que explicárselo de nuevo, le volví a contar que Paloma había escrito una carta simulando que era mía. Como era un hombre mayor, me pareció que no me habría oído bien la primera vez.

—¿Lo querías? ¿Tú querías a Oscar? ¿No solo como amigo, sino en el sentido tradicional? ¿Como las chicas han querido a los chicos desde que el mundo es mundo?

—Sí, claro, ¿cómo si no?

—¿Y Paloma hizo *qué* con tu carta?

Se lo volví a explicar.

—La muy bruja sinvergüenza.

Le dije que no se me habría ocurrido mejor insulto. Y luego se puso en pie con dificultad, apagó el fuego, se irguió muy derecho y de repente le entró una prisa terrible.

—Vaya, Meg, lo siento, pero acabo de acordarme de una cosa. Tengo que irme, gracias. Quiero decir, adiós, es que tengo que irme a casa inmediatamente. Espero que me disculpes.

Y antes de que me diera tiempo a abrir la boca, había desaparecido.

## EL ÚLTIMO TROZO



Barney era incansable. Sus salidas nocturnas comenzaron a preocuparme. Llegaron a tal punto que no parecía capaz de dormirse de noche sin antes levantarse y salir a dar algún que otro paseo misterioso. Suspiraba, se quedaba mirando la chimenea y decía «Cielo santo» entre dientes, mientras yo seguía haciendo tartas, pero estaba empezando a pensar que lo que tenía Barney no se iba a poder curar ni con mil tartas de manzana.



Así que esa noche me quedé despierto mientras acariciaba la cabeza de *Homer* y con ganas de que Barney regresara. Me alegré cuando oí el ruido de la verja exterior.

—¡OSCAR! ¡OSCAR! ¡OSCAAAR!

Gritaba como si tuviera que contarme algo urgentísimo, así que corrí a la puerta y lo vi afanándose por subir la cuesta a toda prisa como si tuviera que cumplir una misión importante. Se quedó apoyado junto a la verja. Esperé, pero no se movió de allí, y luego se abrazó a la columna. Decidí entrar y poner el hervidor porque aún quedaban dos porciones de mi última tarta y qué podía ser más agradable en mitad de la noche, como él mismo habría dicho.

Pero Barney no llegó a la puerta. Seguí haciendo el té y serví los dos trozos de tarta en los platos de Peggy, que estaban decorados con dibujitos de faros y puestas de sol. Y entonces, de pronto, sentí miedo. Fue como si supiese que Barney no iba a entrar, y supe que le había pasado algo y no podía soportarlo. No podía soportar la idea de salir a ver qué había ocurrido. Solo quería seguir haciendo el té y preparar bien la mesa, porque quizá si fingía que no pasaba nada, quizá si continuara como si todo fuera perfectamente normal y como si Barney estuviera bien, todo sería también normal.

Pero Barney no entró.



Cuando me acerqué a él, estaba tumbado sobre la hierba, y exclamé

—¡Barney, Barney, levántese, por favor!

Pero no podía. Casi no podía ni hablar. Me dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza y no supe qué hacer. Le pregunté si necesitaba algo, pero negó con la cabeza y lo único que dijo fue:

—Mi querido muchacho, ¡todo fue un engaño!

Yo no tenía ni idea de qué estaba hablando y creí que deliraba o algo parecido, así que le dije:

—No intente hablar, Barney, se va a poner bien.

Sabía que si no se ponía bien también sería culpa mía y empecé a creermelo de verdad que yo era como una sentencia de muerte. Deseé tener poderes y fuerza, pero yo no servía para nada: era débil y mataba a la gente que apreciaba con tartas de manzana y actos absurdos, y ni siquiera podía soportar verlo.

Salí corriendo de casa de Barney; bajé la cuesta, tropecé y me caí, y me hice daño en un brazo, en una mano y en la cara. Cuando me levanté seguí corriendo y agitando los brazos y diciendo:

—¡Socorro! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Es Barney, Barney Brittle! Creo que se está muriendo. Necesita un médico. Tenemos que llevarlo a un hospital inmediatamente. ¡Por favor, que alguien me ayude!



Los sanitarios de la ambulancia se portaron de maravilla; acomodaron a Barney y se mostraron muy pacientes a pesar de todas las preguntas que les hice sobre lo que le pasaba, si se iba a poner bien y si le habría sentado mal comer tanta tarta de manzana como había tomado últimamente. Me dijeron que no estaban seguros de lo que tenía, pero que era un hombre mayor, y que aunque vistiera ropa impecable y se cuidase, como parecía obvio, a menudo era complicado decir cómo se recuperaría una persona de su edad de un «episodio» como el que por lo visto acababa de sufrir. Me dijeron que el pobre Barney estaba algo agitado y yo quise sentarme junto a él, pero tenía que verlo un especialista.

—¡Querido muchacho! —exclamó de nuevo—, ¡ella nunca escribió esa carta! No la escribió ella. ¡Fue un engaño!

Ninguno sabíamos a qué se refería, y cuanto más intentaba hablar Barney, con más prisa preparaba una jeringuilla uno de aquellos sanitarios tan amables, y luego le inyectó su contenido en el brazo, con lo cual sus palabras se fundieron en un murmullo sordo y al final se quedó dormido.

Por una parte me sentí aliviado, porque no quería que estuviera inquieto, sufriendo, con dolores, pero el problema fue que la imagen de Barney al respirar con normalidad provocó que la atención de los dos sanitarios se centrara en mí.

—¿Y tú quién eres? —me preguntó uno de ellos.

Le mentí y le dije que era el nieto de Barney. Me hicieron unas preguntas muy incómodas, como el nombre de mis padres y mis hermanos y si estaba solo con Barney en casa y también se interesaron sobre otros muchos detalles. No quería que me liaran para prolongar la conversación, así que les dije que estaba demasiado disgustado por la salud de Barney como para que me sometieran a semejante interrogatorio.

—Eh, perdonen, pero es que estamos en una ambulancia. ¿Podríamos volver a dedicar nuestra atención al enfermo?

Los dos contestaron que sí, por supuesto, pero noté que me miraban con recelo. Yo me limité a contemplar a Barney y en mi interior rogué para que se pusiera bien.

Ya en el hospital, me dejaron esperar a la puerta de su habitación y me dijeron que me permitirían entrar en cuanto se hubiese recuperado lo suficiente para poder hablar. Me encantó volver a verlo. Aunque estaba enganchado a monitores y tubos y cosas así, tenía buen ánimo y estaba espabilado; dio unos golpecitos en la cama y me pidió que me sentara.

—Oscar —me dijo—, puede que las cosas estén a punto de cambiar para los dos.

Yo insistí en que no sacara conclusiones precipitadas. A lo mejor se trataba de un achaque leve y podríamos volver a su casa antes de que anocheciera.

Respondió que era posible, pero que quizá tendríamos que explicar un par de cosas. Yo sabía que estaba en lo cierto, pero intenté con todas mis fuerzas

no pensar en ello.

—Estaba intentando contarte una cosa..., una cosa que debes saber. Tu amiga Meg... quería que supieras que se estaba enamorando de ti y que fue eso lo que escribió en su carta. Esa otra..., como se llame..., esa bruja sacó del sobre sin contemplaciones las preciosas palabras que Meg había escrito, y esa... mocosa engreída... —Barney comenzó a toser y tuve que darle un poco de agua, aunque me quedé medio paralizado ante las novedades que me estaba contando—. Esa mocosa engreída... sustituyó las hermosas palabras de Meg por otras completamente falsas. Oscar, no dejes que este malentendido predomine sobre lo demás, ¿me oyes? Esta es tu oportunidad para aclararlo todo.

No estaba muy seguro de si Barney sabía exactamente de qué estaba hablando. A lo mejor se lo estaba imaginando, o había tenido un sueño demasiado vívido; dicen que a veces le pasa a la gente que está muy enferma.

—Pero Barney, me lo prometió, usted me prometió que podía quedarme en su casa y que nunca me pediría que volviese.

—¡Eso fue antes de esto otro! —exclamó—. Esto lo cambia todo y anula e invalida mis promesas. Meg deseaba que supieras que te quería. Querido amigo, ahora tienes que enfrentarte a todos. No solo a Meg, sino también a tu pobre padre y a tu hermano pequeño y a tus amigos, y tienes que decirle a esa chica horrible, Paloma como se llame, que ha tenido el peor comportamiento imaginable. Tiene que saber que tú no eres capaz de intentar hacer daño a nadie de la manera que ella intentó hacerte daño a ti.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe todo esto?

Me contó que había estado con Meg en el embarcadero. Que era allí a donde iba cada noche. Que por lo visto había tenido largas conversaciones con ella sobre un montón de cosas, y también sobre Paloma.

—Hemos llegado a conocernos bastante bien. Es una persona excelente —dijo—. Fue ella quien me habló del Día de oración por ti y me dijo que todo el mundo lloraba por tu pérdida y todo eso. Fue ella la que me dijo dónde viven ahora Paloma y su madre. The Paddocks, número 2. Ya sabes, al otro lado de la ciudad.

Pensé en Meg y en las tremendas ganas que tenía de verla y explicárselo todo, pero parecía demasiado tarde y me pregunté cómo iba a poder

enfrentarme a todo el mundo, sobre todo a ella, después de lo que le habían contado sobre mí y el accidente y fingir que había muerto y esta mentira enorme que había dicho al mundo.

—Pero, Barney, ¿qué puedo decirles? ¿Qué puedo decirle a Meg? ¿Cómo se lo voy a explicar? ¿Cómo voy a volver ahora?

—¿Cómo no vas a hacerlo? —preguntó Barney con una sonrisa.

Rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó un fajo de papелitos amarillos arrugados.

—¿Qué es eso? —quise saber.

—Son mensajes de Stevie.

Me puse a leerlos.

—Perdona, ¿por casualidad te llamas Oscar Dunleavy? —me preguntó una señora con gafas y coleta que apareció de la nada.

Supongo que solo era cuestión de tiempo. Quiero decir, mi foto había estado por todas partes, se había organizado una búsqueda multitudinaria y todo el mundo había visto mi cara. Le expliqué a Barney que, si volvía, lo haría a mi manera. El móvil de la señora de la coleta empezó a sonar y desapareció. Fue el detonante. Besé la mano arrugada de Barney, me metí los mensajes de Stevie en el bolsillo y salí corriendo.



Las gotas de lluvia eran como miles de latiguillos diminutos que me azotaban desde todos los ángulos. Me incliné para encarar al viento como el lado de un triángulo y caminé a paso rápido y constante, sin dudar, sin detenerme y sin volverme a mirar atrás, porque estaba decidido y cuando se toma una decisión hay que seguir hasta el final.

Llegué al número 2 de The Paddocks y me quedé un buen rato en el porche mientras observaba los adornos del buzón. Apoyé la mano en la puerta durante más o menos un minuto para recobrar el equilibrio. Me dije que tenía que mantenerme firme, aunque pensaba que en cuanto la viera, mi cordura y mi nueva fuerza anímica se derretirían y volvería a ser el Oscar de antes, dispuesto a soportar cualquier cosa con tal de seguir en paz. Pero la paz construida sobre mentiras, me recordé a mí mismo, no es paz en absoluto.

Me puse de puntillas y miré por el agujero de la puerta.

Paloma se estaba acercando y su rostro aparecía distorsionado. Su nariz se veía grandísima; uno de sus ojos, enorme, y el otro, muy pequeño.

Sentí valor, ese sentimiento está ahora grabado en mi mente, como un mensaje en forma de tatuaje imborrable que nunca olvidaré.

Apreté los dientes porque me habían empezado a castañetear a causa del frío y de haberme empapado con la lluvia. No funcionaba el timbre. Apoyé un dedo en la solapa del buzón y la moví hacia afuera y hacia adentro para arrancarle un sonido lastimero que probablemente nadie iba a oír. Así que golpeé la puerta por lo menos diez veces con el puño cerrado y susurré el nombre de Paloma y apareció Paloma. Al verla, me sentí azotado por una ráfaga de viento como si me hubiera movido yo en lugar de la puerta. Tenía el pelo envuelto en una toalla y la cara cubierta de una mascarilla blanca.

—Paloma, soy yo. No he muerto.

Abrió la boca un segundo y luego la cerró, al mismo tiempo que sus ojos. Se desmayó como una actriz de película mala, y al caer se formó un revoltijo de toalla, mascarilla y piel suave, aunque milagrosamente la toalla siguió enrollada en su cabeza como un turbante. Le ayudé a levantarse. Tenía que hacerlo. Yo era la única persona que había allí.

—Cambiate la carta de Meg por otra que habías escrito tú, ¿verdad? ¿Y fuiste tú quien convenció a todo el mundo de que mis tartas de manzana eran cutres y patéticas? Fuiste tú, ¿verdad? Y te inventaste lo de la Ratio porque es así como tú quieres que funcione el mundo aunque no tenga por qué ser así, ¿verdad? Y sabías que yo no sabía nada sobre el accidente que mató a mi madre y dejó impedido a Stevie y me lo dijiste con toda la intención, ¿verdad? Intentaste destruirme, Paloma, pero has fracasado. Estoy vivo. No me maté.

—Pero Oscar, alguien tenía que hacerte ver ciertas cosas sobre ti mismo. Eras un friqui. Me espiabas todas las noches con ese telescopio que me ponía nerviosa. Me acosabas dentro de mi propio cuarto.

—Paloma, utilizaba ese telescopio para observar las estrellas. ¿Por qué iba a usarlo para mirarte a ti?

—Porque soy guapa —dijo mientras el pulso le latía con fuerza en el mentón.

Quise darle una oportunidad para que se explicara, pero nada de lo que

dijo resultaba creíble. Entonces buscó un enfoque distinto a sus argumentos. Dijo que no sabía que sus actos acabarían por conducirme al suicidio.

—Y no lo han hecho —dije.

—¿Por qué has decidido volver? —preguntó mientras ladeaba la cabeza como solía hacer.

—Por amor.

—Oscar, me caes muy bien, me caes mucho mejor de lo que todo el mundo decía. Pero no te quiero. No estoy enamorada de ti.

—Pues entonces perfecto, porque yo tampoco estoy enamorado de ti.

—Entonces, ¿por qué intentaste besarme aquella vez?

—Porque era lo que querías y estaba confundido. Pero ahora no lo estoy.

—Y entonces, ¿por qué estás aquí? —insistió, y yo me pregunté cómo se podía ser tan iluso.

—Estoy aquí porque tengo que decirte que estuvo muy mal todo lo que intentaste hacerme. Y puedes seguir fingiendo, pero eso no va a cambiar nada. Estoy aquí para preguntarte qué ponía en la carta de Meg.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella? —dijo, después intentó cerrar de un portazo, pero interpuso un pie y se lo impedí.

—Te esfuerzas mucho por hacer que los chicos sueñen contigo. Bien, pues para tu información, te diré que yo no sueño contigo. Sueño con Meg. El hecho de que se enamoren de ti te hace sentir importante y poderosa, pero eso no es más que un espejismo. Creo que tienes que empezar a pensar en otras maneras de sentirte bien contigo misma. Ese es mi consejo, Paloma; tómalo o déjalo.

Me dio las gracias y yo le dije que era un placer, y me dijo que tenía razón y que me merecía a alguien mejor que ella, que es algo que las chicas guapas suelen decir independientemente de que sea cierto o no, aunque en este caso tenía toda la razón.

Me dijo que incluso Andy y Greg me echaban de menos y yo le contesté algo así como «sí, ya, claro, te creo, por supuesto», e insistió:

—No, en serio, Oscar, es cierto.



No voy a extenderme demasiado sobre mi reencuentro con mi padre y con



Stevie. Lo que sí contaré es que al principio se produjo un silencio y a continuación un estallido de júbilo, y papá se echó a llorar y no paraba de repetir «Santo Dios», dos palabras que, bien pensado, son un tanto redundantes cuando van juntas.

Stevie salió a recibirme en su silla y tampoco estaba enfadado. Se abrazó a mis rodillas como hacía siempre.

—¡Lo sabía! ¡Se lo dije a todo el mundo, pero nadie me creyó! —exclamó.

Se puso a dar vueltas y luego volvió a abrazarme, y sentí de nuevo el tacto de sus brazos delgados, aunque no tan delgados como yo los recordaba. Y hablaba a toda prisa y decía cosas como:

—¡Yujuuu! No fue un sueño. ¡Tenía razón, tenía razón!

Y también me habló de los mensajes que me había dejado en el embarcadero.

Sorprendentemente, los tres nos echamos a reír. Nos reímos hasta que tuvimos que sentarnos en el césped del jardín para recobrar fuerzas.

Saqué de mi bolsillo los mensajes llenos de palabras de esperanza. Eran cortos, cargados de ánimo y entusiasmo; los guardaré el resto de mi vida. Hablan de cómo hay que seguir adelante sin darse nunca por vencido y de lo bueno que soy y lo mucho que valgo. Algunos hacen preguntas, principalmente sobre lo que se necesita para hacer una buena tarta de manzana.



Stevie y yo nos pasamos hablando todo el día y parte de la noche, y papá no nos mandó callar ni nos dijo que era hora de ir a la cama. Hablamos de la vida. Le conté que lo había sacado de su sillita cuando mamá estaba conduciendo y por eso tuvimos aquel accidente. Y le pregunté cómo iba a ser capaz de perdonarme, pero me contestó que no había nada que perdonar.

Salimos al exterior y Stevie echó a rodar su silla sobre el asfalto.

—Escucha, Oscar, y mírame. Así es como soy ahora. Si estás lleno de remordimientos por algo que probablemente ni siquiera sea culpa tuya, harás que me sienta como una especie de inválido. Y no soy un inválido. De hecho, estoy muy feliz conmigo mismo —dijo, y se puso a girar en la silla, a dar vueltas y más vueltas y a inclinarse hacia adelante y hacia atrás en una

sucesión de movimientos impresionantes que desafiaban la ley de la gravedad —. ¡Mírame! ¿Lo ves? Dímelo en serio, Oscar, ¿quién más es capaz de hacer esto? Ya hay bastante gente que se me queda mirando o cruza de acera o me habla a voces como si fuese retrasado. No me conviertas en tu triste secreto. Soy tu hermano, ¿de acuerdo? ¿Oscar? ¿Te das cuenta de lo que te quiero decir?

Me daba cuenta.

Stevie siguió haciendo sus maniobras sobre ruedas. La silla brillaba bajo la luz, mi hermano despedía chispas como si estuviese hecho de gotitas de rayos de luna que, mientras él giraba, saltaban a su alrededor y proyectaban un reflejo pálido y hermoso en su cara.

Nunca tuve demasiados recuerdos de mi madre, pero mi padre ha empezado a hablarme de ella. Por lo visto era muy guapa. Pero lo más importante es que era muy amable. Supongo que lo debió de aprender de mi abuela, que también era una persona increíblemente amable.

Papá dice que la amabilidad es mágica. Parece algo dulce y suave visto desde fuera, dice, pero en su interior tiene poderes mágicos. Sé con seguridad que es absolutamente cierto. Por ejemplo, tiene el poder suficiente para despertarme y hacerme salir de la cama a horas intempestivas como las tres de la madrugada para ponerme hacer tartas.

Podría pensar que comer una tarta de manzana sería lo último que a alguien le podría apetecer cuando está pasando por un mal momento, pero resulta que un solo bocado puede hacer que todo vuelva a resultar llevadero, incluso si la tristeza va acompañada de un enorme dolor o si está cargada de grandes dosis de desesperanza.

Han venido periodistas y gente de la tele con el único propósito de hacerme entrevistas y preguntas sobre ello, pero cuando me preguntan cuál es el secreto, me encojo de hombros, porque es difícil de explicar.



Me daba cuenta de que la estaba evitando porque no se me ocurría nada que decirle. Pero no podía esperar más. Así que a la noche siguiente, me siento en mi ventana, empiezo a preguntarme cómo será la vuelta al colegio y

se enciende la luz de su cuarto. Y entonces la veo. Es Meg, por supuesto, y se acerca la ventana y parece como si nada hubiera sucedido y estuviésemos los dos solos como siempre, porque no dice «¿Cómo se te ocurrió?», ni «¿Dónde has estado?» o «¿Cómo pudiste hacerlo?». Además, tiene una expresión dulce.

Le digo:

—Tengo que hablar contigo.

Y ella me dice:

—Bueno, ya estás hablando conmigo, ¿no? —Y sonrío.

Le hablo del accidente y de lo que hice y también dice que no es culpa mía, y sus lágrimas hacen que su cara resplandezca en la oscuridad. Y siento tantas cosas a la vez que apenas puedo respirar. Por encima de todo, no quiero que Meg se ponga triste. Quiero hacer desaparecer toda la tristeza que siente en este momento, toda la tristeza que ha sentido y toda la tristeza que puede llegar a sentir, aunque sé que no puedo hacerlo.

Luego le digo que lo que quiero decirle no puedo decírselo de ventana a ventana. Y me pregunta a qué me refiero, porque siempre nos lo hemos contado todo desde allí. Pero le explico que no es el sitio más adecuado para lo que tengo que decirle ahora. Y le pido que me espere junto a su verja.

—Bajo dentro de dos minutos —contesta.

Y allí está. Antes de tener oportunidad de decir nada, apoya su mano abierta sobre mi pecho y la deja allí durante un buen rato. Y aunque el futuro parece frágil e incierto, el presente tiene algo nuevo. Algo seguro.

Sea lo que sea lo que me espere mañana, la semana que viene o un futuro más lejano, la mano de Meg sigue sobre mi pecho, inmóvil, abierta, pequeña y fuerte. No soy capaz de imaginarme a nadie más hermoso.

Y si de nuevo vuelvo a encontrarme en el extremo del embarcadero, pensando o saltando, o si vuelvo a sentirme perdido y sin esperanza, o si creo que no tengo ningún sitio adonde ir, siempre permanecerá ahí la huella de la mano de Meg, mucho tiempo después de que la haya apartado. Y eso será lo que me salve.

Inclino mi rostro hacia el suyo, y ella acerca más su cara y yo le pregunto:

—¿Puedo?

Y ella responde:

—Sí.

Contengo la respiración al besarla. Ella cierra los ojos y me devuelve el beso. Yo no cierro los ojos. Los mantengo abiertos para poder verla bien de cerca.

Todavía me quedan muchos retos que afrontar; por ejemplo, mi primer día de vuelta al colegio, Andy y Greg y las cosas que la gente puede seguir pensando o diciendo sobre mí.

Pero en este momento, solo existimos Meg y yo diciéndonos el uno al otro algo que los dos ya sabíamos. Estamos solos, pero desearía que el mundo entero nos estuviera mirando. Es de noche, pero ya estoy deseando que llegue el nuevo día.



## Agradecimientos



Gracias a Ben Moore, que entiende y guarda como un tesoro los primeros borradores mejor que nadie, a los demás Moores de mi vida —Elizabeth, Paul, Meredith, David y Morgan— y a los poderosos clanes O’Dea y Fitzgerald.

También un agradecimiento especial a Melanie Sheridan, Sam Ronan, Sarah MacCurtain, Fionnuala Price, Julie Hamilton, Terry Barrett, Caroline O’Dea, Liz Hefferman, Jennifer O’Dea, Clare Zbinden, Helen O’Dea, Eoin Devereux, Liz Devereux, Terry Maguire, Maura Murphy, Karen Young, Aelish Nagle, Fiona Geoghegan, Joe O’Dea, Milo Egan, Mika Egan, Ella Nethercott, Alannah Nethercott, Stella Byng, Declan Byng y James y Martha Joyce.

Mi inmensa gratitud a Jo Unwin, mi fabulosa agente, a Fiona Kennedy, mi soberbia editora, y al gran equipo de Orion Children’s Books.

Gracias a mis queridísimos hijos Eoghan, Steffie y Gabriela, que han hecho desaparecer de mi vida todo riesgo de monotonía, y a Ger Fitzgerald, por tantas y tan maravillosas cosas que ni siquiera voy a intentar enumerarlas aquí.

Sarah Moore Fitzgerald

Título original: *THE APPLE TART OF HOPE*

Diseño de cubierta: Leo Nickolls

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Sarah Moore Fitzgerald, 2014

© de la traducción, Sarah Moore Fitzgerald, 2014

© Maeva Ediciones, 2014 Benito Castro, 6 28028 MADRID  
emaeva@maeva.es www.maeva.es

ISBN: 9788415893844

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.